

MALISMO

MAURO

ENTRIALGO



Capitán Swing®

La ostentación
del mal como **PROPAGANDA**

MALISMO

La ostentación del mal
como propaganda

MAURO ENTRIALGO

Capitán Swing 

*«Conocer el nombre
significa controlar la cosa».*

URSULA K. LE GUIN

MALISMO

La ostentación del mal
como propaganda

Para Adri, que me pidió
que escribiera esto.

Introducción

A qué llamamos malismo

En junio de 2012, el entonces presidente Mariano Rajoy anuncia en el Congreso el recorte a las prestaciones de desempleo más duro de la historia de la democracia. La diputada por Castellón Andrea Fabra lanza en ese instante —dos años antes de que su padre Carlos Fabra ingrese en la cárcel— su famoso grito: «¡Que se jodan!». El exabrupto tiene una repercusión espectacular. No solo es muy criticado en las redes sociales y medios de comunicación españoles, también se convoca una concentración de protesta ante la sede nacional de su partido en Génova y algunos grupos políticos piden la dimisión de la parlamentaria. En Change.org, una iniciativa con idéntica exigencia recoge 221.718 firmas. Periódicos argentinos, peruanos, mexicanos y estadounidenses se hacen eco de la noticia y reprueban la salida de tono de la diputada. Finalmente, Andrea Fabra se ve obligada a realizar una de esas declaraciones tan habituales en las que los políticos torpes pero soberbios hacen como que piden disculpas por alguna metedura de pata procurando, al mismo tiempo, no disculparse de nada. Fabra explica que no se dirigía al colectivo de los parados cuando lanzó entre risas y aplausos su «¡Que se jodan!». Afirma que se refería a «la bancada socialista». Esa endeble y tróspida justificación genera indignación y mofas, pero las aguas se van calmando. No dimite; es más, a finales de ese mismo año, en una cena navideña organizada por diputados de su mismo grupo, recibe un premio de cariz jocoso —denominado sin complejo alguno «Emilio Castelar»— «por decir tanto en una sola frase».

El «que se jodan» de Andrea Fabra es la primera aparición que recuerdo en el Congreso posfranquista del fenómeno que aborda este librito. Con anterioridad, por supuesto, se habían escuchado una gran variedad de maldades en ambas cámaras de las Cortes Generales, pero siempre ocultas tras una declaración de intenciones que manifestase pretender algún tipo de bien para algo o alguien. Ahora se deseaba un mal abiertamente. La contundente respuesta colectiva y el escaso apoyo fanático indican que la sociedad no aceptaba todavía esta clase de comportamientos, pero la ausencia de cualquier penalización tangible mostraba ya una atractiva senda.

En septiembre de 2022, Begoña Villacís difunde unas llamativas fotos promocionales a través de sus redes sociales y de los medios de comunicación. Ostenta el cargo de primera teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid, aunque ella prefiere presentarse con un término no oficial que suena más importante: vicealcaldesa. En esas imágenes aparece muy bronceada junto a dos compañeros de partido. Mira al horizonte en una cuidada pero artificial pose, con la cabeza girada en una disposición poco natural. Luce vaqueros tobilleros desgastados de pata ancha con bordes bajos deshilachados a lo pobre chic y una prenda de abrigo de la prestigiosa firma Mía Marina, que en su página web se describe como «gabardina o *trench* combinado en cámel con mangas en kaki y cuello y detalles en color teja con botones en carey y cinturón, ligeramente *oversize*». Tras ella, unos operarios municipales provistos de cascos de obra blancos y chalecos amarillos desmantelan unas chabolas situadas en un terraplén dejado de la mano de Dios junto al estruendo del tráfico de la M-30, sin acceso público y apartado de la zona de viviendas del barrio. Los enseres íntimos de las personas sin un verdadero hogar que se refugiaban en ellas están dispersos sobre una extensión de matojos secos: una puerta partida que parece haber sido utilizada como mesa, unas chanclas hechas polvo, una toalla violeta, un peine de plástico, unas bolsas con trapos y botellas de agua mineral, un trozo de hule usado para aislar el suelo. Villacís enmarca esta correría execrable sufragada con recursos públicos dentro de «la lucha contra la okupación». En Telemadrid, en una píldora informativa emitida con

posterioridad pero grabada en el mismo día y localización, asevera que ya han demolido 597 de estas infraviviendas. También reconoce que a sus pobladores se les ha ofrecido una alternativa habitacional, pero que todos ellos han rehusado «por razones en las que no vamos a entrar ahora». En efecto, la pieza televisiva no entra en ese relevante detalle y, además de comprar el disparatado marco de justificar el acoso institucional a seres humanos que no les queda otro remedio que vivir en la calle, los estigmatiza tildándolos de supuestos okupas. «El modelo de ciudad de la vicealcaldesa es incompatible con la okupación», aseguran. Pocas semanas después, como era de esperar, refugiadas de forma precaria entre cartones y plásticos, aparecen muchas de estas personas durmiendo en calles y plazas comerciales de un amplísimo sector de la ciudad con epicentro en el emplazamiento arrasado. No es descartable que algunas de ellas se animaran a okupar de verdad alguna propiedad abandonada.

En las grandes ciudades, bajo una estrategia más humanitaria o más cruel, el derribo de construcciones precarias espontáneas es una innegable actividad institucional habitual. La diferencia es que unos años antes, o incluso durante el desvergonzado franquismo, se llevaba a cabo evitando toda publicidad. Casi a escondidas. Si no había otro remedio, las autoridades implicadas hacían hincapié en el realojo o en la necesidad de intentar integrar a las personas sin hogar, y, en el caso de que se publicaran imágenes, siempre mostraban lo constructivo: los pisos nuevos o los hogares sociales, nunca la humillante destrucción de lo poco que tienen los que menos tienen. En 2022, la propia culpable directa de destrozar las exiguas pertenencias de centenares de ciudadanos sin hogar y dejarlos en la puta calle, sin siquiera un techo de chapa y ramas, no solo no esconde su participación, sino que estima publicitariamente provechoso alardear de ser la responsable de tal baja. El malismo ya se manifiesta con rotundidad.

En la década transcurrida entre el protomalismo de Andrea Fabra y el malismo de libro de Begoña Villacís han estallado muchas transformaciones en el campo de la sociopolítica doméstica e internacional, todas imbricadas entre sí y respaldadas con una nueva

formulación de la comunicación de ideas basada en la falta de escrúpulos: Cambridge Analytica, el Brexit, el auge de las iglesias neopentecostales, la eclosión de los medios digitales de bulos, la proclamación de un nuevo califato integrista independiente, la crisis de la prensa clásica, la presidencia de Trump, una pandemia mundial, la popularización de los movimientos conspiranoicos, el asalto al Capitolio, la irrupción de los *influencers*, la salida del armario de los *incels*, el ascenso de la ultraderecha o la certidumbre definitiva de la presencia de unas cloacas judiciales, políticas y mediáticas activas en el interior de las estructuras de nuestro propio Estado. Estas páginas no pretenden analizar o inventariar semejante tsunami de procesos. Tan solo señalan indicios de la existencia de un fenómeno contemporáneo relacionado de modo estrecho con ellos que me he atrevido a denominar «malismo». Defino el malismo como el mecanismo propagandístico que consiste en la ostentación pública de acciones o deseos tradicionalmente reprobables con la finalidad de conseguir un beneficio social, electoral o comercial.

Naming malista

La tendencia a denominar productos, pertenencias o establecimientos comerciales con nombres que celebran el mal

El 20 de mayo de 2022, el rey emérito realiza su primera visita al territorio español desde agosto de 2020, momento en el que comenzó su exilio dorado en una dictadura árabe. Al poseer la consideración legal de «inviolable», Juan Carlos de Borbón nunca ha llegado a ser imputado, pero es notorio que muchas de sus acciones poco ejemplares habrían sido estimadas delitos, si hubiesen sido cometidas por una persona perteneciente a otra familia. El exmonarca aprovecha esos días de descanso extraordinario en Galicia de su descanso estable en Abu Dabi para participar con su velero en una regata de la clase 6 metros.

Dos meses después, su nieto Felipe Juan Froilán de Marichalar y Borbón, cuarto en la línea de sucesión al trono del Reino de España, celebra su vigesimocuarto cumpleaños con unos colegas en una discoteca marbellí cuando, por causas no aclaradas, se produce un tiroteo entre bandas que se salda con cinco heridos, dos de ellos de gravedad. El día de Navidad de ese mismo año, en compañía de su amiga la Pechotes y otros treinta jóvenes, añade a un largo historial de fechorías su implicación en una trifulca a navajazos a las puertas de una discoteca madrileña. Él mismo acompaña al hospital a uno de sus amigos, que durante la reyerta ha recibido un corte de unos veinticinco centímetros de longitud.

La dimensión mediática de estas dos últimas polémicas, que son la punta del iceberg de una larga lista de gamberradas que a menudo traspasan los límites de lo legal, acaba por inflarle las narices a su

madre, la infanta Elena de Borbón y Grecia, que, harta de su primogénito, decide enviarlo a Abu Dabi, lugar de residencia fiscal de su abuelo. Al fin y al cabo, ambos parecen congeniar y comparten abundantes aficiones, como las juergas desmadradas, las conductas poco edificantes, las tarjetas de crédito con acceso a fondos opacos y los accidentes juveniles con armas de fuego.

La duración de su estancia en Abu Dabi en esa ocasión es breve. En febrero de 2023, a las nueve de la mañana de un domingo, la policía de Madrid desaloja un *after* puticlub de la calle Orense con aforo para noventa y nueve clientes en el que encuentran a doscientas veintinueve personas puestas hasta el culo, cachimbas, un cuchillo de grandes dimensiones, cocaína rosa, menores de edad y, en una de sus saunas privadas, a Froilán pasándoselo teta.

Destaquemos los nombres comerciales de las localizaciones: el club marbellí del tiroteo se llama OPIUM; la discoteca madrileña de los navajazos, VANDIDO (sic); el puticlub desalojado, CLANDESTINO, y el yate con el que su abuelo compite en regatas, BRIBÓN. Todas ellas denominaciones malistas que jueguetean con el concepto de ilegalidad y del proceder poco virtuoso. Entre la clase alta y la clase media con pretensiones que aspira a ser alta creyéndoselo mucho y votando a opciones electorales que benefician a los que sí son clase alta, están muy de moda este tipo de nombres. El restaurante madrileño pijo *wannabe* en el que en mayo de 2023 murieron tres personas en un incendio horrible —que reveló descontrol en la concesión de licencias y vista gorda en las inspecciones municipales de las normativas de seguridad— se llamaba EL BURRO CANALLA. Según el diccionario de la Real Academia, el sustantivo «canalla» posee en castellano tres acepciones principales: «gente baja, ruin», «persona despreciable y de malos procederes» y, en desuso, «muchedumbre de perros». Sin embargo, en la actualidad, se utiliza hasta la saciedad para denominar a cualquier producto o servicio cuyo público objetivo sea moderadamente adinerado pero pretenda desvincularse del concepto de lujo tradicional, más asociado a lo rancio. De esta forma, existen establecimientos canallas, cócteles canallas, cocina canalla, las sudaderas canallas que promociona el Pequeño Nicolás y que se

pueden adquirir en la web canallita.com, mercadillos canallas y, sí, decoración canalla ilegal de plástico cutre que arde como la gasolina cuando se le acerca un flambeado también muy canalla. Solo en la capital del Reino de España, algunos locales que utilizan esta muletilla en sus nombres en el momento de escribir estas líneas son: la coctelería Canalla, The Canalla Club, la Taberna Kanalla, la cervecería Los Más Canallas de Malasaña, el Canalla Lounge, La Canalla Live, The Canalla Irish bar o el Templo Canalla Malinche, una carpa situada en el aparcamiento de la parte trasera del pabellón 12 de IFEMA en la que, de viernes a domingo, se representa un espectáculo «musical y gastronómico» creado por Nacho Cano. Sí, el estafalario empresario, músico y titán del ripio, condecorado en 2021 con la Gran Cruz del 2 de Mayo por su amiga Isabel Díaz Ayuso, en una ceremonia bochornosa que me voy a ahorrar relatar aquí un poco por no irme por los cerros de Úbeda pero, sobre todo, por la vergüenza ajena que me produce recordarla. «Un gesto que engrandece a ambos», lo definió el *ABC*.

Cuando yo era crío, si las empresas utilizaban los adjetivos sustantivados para denominar a productos y comercios, casi siempre recurrían a aquellos que indicaban características consideradas positivas, como en los casos de las gaseosas La Primorosa, La Casera o La Cantarina. Solo recuerdo una marca un poco atrevida de ese tipo de bebidas: La Revoltosa. Hoy, por el contrario, existe un vermut llamado Bandarra, un vino La Vanidosa, una sidra La Prohibida, unas tiendas de moda Snob, otro vino Tunante, una librería Tipos Infames e incluso un Bastardo Hostel. Pero es en bares y restaurantes donde la tendencia ha triunfado con mayor rotundidad. Algunos ejemplos: El Embaucador, La Burlona, Bribón de Madrid, La Peligrosa, La Descarriada, La Malcriada, La Lianta, Arrogante, Fanático, El Perro Gamberro, La Infame, La Celosa, La Cabezona o La Indigna. Todos los propietarios que pusieron nombres a esos establecimientos consideraron que asociar su imagen a un calificativo poco modélico resultaba beneficioso comercialmente. Es decir, de forma consciente o inconsciente, captaron la realidad del fenómeno malista. Entrañables denominaciones comerciales como la del vino Honorable de las bodegas Gómez Cruzado de Haro, la

desaparecida corsetería-lencería La Positiva del Paseo de Delicias de Madrid o la bodega La Servicial Vinícola de Pamplona se perciben para el gusto contemporáneo ridículamente anacrónicas por demasiado cándidas.

A finales del siglo pasado, ya era conocida la propensión de don Juan Carlos de Borbón, en el plano privado, a mantener numerosas relaciones amorosas en paralelo, y en el plano mercantil, a cobrar y acumular comisiones ilegales como si no hubiera un mañana. Pero en aquel momento no se veía todavía bien declarar tu propia naturaleza con un nombre malista: su barco no se bautizó EL BRIBÓN hasta el año 2000. Sin embargo, sí que era permisible insinuar con un pequeño guiño tu mayor interés en la vida: su anterior barco se llamaba FORTUNA.

Un último dato revelador: la embarcación de la infanta Elena de Borbón y Grecia, con la que en ocasiones compite en regatas contra EL BRIBÓN de su padre, se llama ALIBABÁ II.

La Agenda 2030

Un montón de buenos propósitos que suscitan odio

La Asamblea General de las Naciones Unidas estableció en 2015 un conjunto de diecisiete objetivos de desarrollo sostenible denominado «la Agenda 2030» con la intención de lograr un futuro mejor para los habitantes de este planeta. En esencia, se trata de una plétora de buenos deseos que se pueden calificar de utópicos, sobre todo si tenemos en cuenta que, tal y como apunta su propio nombre, la intención es lograrlos en el año 2030, que está a la vuelta de la esquina. Todos ellos son aspiraciones tan de mínimos y han sido redactados buscando un consenso internacional tan amplio que rozan lo naíf: el fin de la pobreza, hambre cero, educación de calidad, agua limpia, igualdad de género, trabajo decente...

Quizás se podría debatir si determinada corporación o Gobierno ha utilizado la Agenda 2030 para justificar acciones concretas con fines distintos a los revelados. O acusar de buenista su creación debido a lo poco realista que resulta llegar a alcanzar alguno de sus puntos para la fecha prevista. También es esperable que a las teocracias que discriminan a las mujeres o a las plutocracias que exprimen a los pobres la idea de la igualdad les parezca una carga de profundidad contra un pilar fundamental de sus regímenes. Pero, de entrada, es difícil pensar que algún ser humano que no padezca un trastorno antisocial de la personalidad pueda oponerse con saña a la integridad de este concepto benévolo.

O, al menos, eso debía de creer José Manuel García-Margallo, político de larguísima carrera en la derecha conservadora española, cuando en marzo de 2023, en una calmada intervención en un programa de radio en el que se abordaban las supuestas diferencias

del Partido Popular con Vox, se le ocurrió asegurar que «la Agenda 2030 es el evangelio». Le cayeron hostias por todas partes. Lo más florido de los *influencers* de la ultraderecha conspiranoica, en compañía de la habitual horda cavernícola de troles anónimos, se lanzó en tromba en las redes a por su cabeza descargando sobre él su recurrente surtido de consignas deshumanizadoras, memes hirientes, extensas homilías en *streaming* y amenazas varias. «Genocida», «liberticida», «comunista», «bolivariano», «transhumanista», «eugenista», «esclavista» o el castizo «masón» de regusto franquista son solo algunos de los calificativos concretos que recibió. El pobre hombre estaba completamente desconcertado. Se le notaba convencido de que debía haber sido víctima de alguna extraña confusión. Incluso intentó razonar con aquella turba que procedía de lo que él entendía como su propio bando ideológico. «La Agenda 2030 persigue erradicar la pobreza y el hambre, proteger el planeta, garantizar el progreso, la paz y la solidaridad» fue uno de los mensajes conciliadores que acertó a tuitear. La lluvia de descalificaciones se incrementó, marcándolo ya para siempre en ese entorno como otro «lacayo de Soros». Por si fuera poco, con unas formas un poco menos hirientes, pero con un fondo desquiciado semejante, también recibió críticas del sector más ultra de su partido, como por ejemplo de Esperanza Aguirre, que en un medio digital regre perteneciente a unos millonarios venezolanos aprovechó para manifestarse contraria a la Agenda 2030 sin entrar en detalles y bajo la siguiente argumentación gruesa: «Es un disparate que nos está arruinando a todos y está hundiendo la agricultura y la ganadería españolas».

Visto el espectáculo desde fuera, el exministro de Rajoy parecía una ingenua participante en un concurso de mises que hubiera manifestado su deseo de paz mundial y, solo por ese motivo, hubiera cosechado una inesperada lluvia de escupitajos, cacas de perro semiblandas y pedradas a mala idea. Hasta ese momento, debido a que no había sufrido en sus propias carnes nada parecido, García-Margallo no había sido consciente de la fortaleza e intensidad del colectivo de los nazis del misterio y sus engranajes asilvestrados de persecución y acoso. Pero, sobre todo, no podía comprender qué era

aquella interpretación de la realidad tan rara que desafiaba violentamente un marco racional democrático en el que los grandes objetivos en política se declaraban compartidos por todo el arco ideológico —la paz, el trabajo, el estado de bienestar, etc.— y en el que solo se discutían ya las estrategias para alcanzarlos. De pronto, el simple hecho de sugerir buenos deseos para toda la población era ya un atrevimiento izquierdista muy controvertido. Había faltado a la clase de ultraderechización irracional, no solo de la sociedad, sino de su propio partido.

En junio de 2023, el partido de extrema derecha Vox coloca una lona de varios pisos de altura en la confluencia de las calles Goya y Alcalá de Madrid. Solo llega a estar instalada en esa localización algo más de una semana, ya que, tras diversas denuncias, la Junta Electoral Central, pese a no manifestarse sobre su contenido, ordena su retirada por incumplir los plazos designados por la ley para realizar acciones en la campaña electoral, que todavía no había comenzado. En el fotomontaje de la lona, una mano con una pulserita con la bandera española en la muñeca tiraba a la basura a muchas personas y conceptos representados por distintos símbolos. Entre ellos, además de los tradicionales enemigos de la regresía española como el feminismo, los catalanes, los okupas, los comunistas o el colectivo LGTBI, destacaba uno acompañado con una leyenda explicativa de lo que representaba: la Agenda 2030. Es decir: un partido político que, antes de gastar mucho dinero en esta propaganda, había tenido que encargar un estudio de opinión sobre su conveniencia, consideró beneficioso electoralmente proclamarse contrario al fin de la pobreza, el hambre cero, la educación de calidad, el agua limpia, la igualdad de género o el trabajo decente. Hoy en día, presentarse como partidario del mal puede dar votos. Es una propaganda cimentada en un conocimiento profundo de los mecanismos que se desencadenan en el fenómeno del malismo.

En febrero de 2024, se producen movilizaciones y tractoradas de los trabajadores del campo que se desarrollan, para un espectador externo al sector, de una forma muy confusa. En los medios de comunicación aparecen representantes de asociaciones agrarias de

importante implantación exponiendo reivindicaciones más que respetables y justas, pero también desquiciados nazis del misterio de una plataforma de reciente creación llamada 6F Sector Primario Español, cuyos autodenominados dirigentes claman contra los *chemtrails*, las «élites pedófilas», el Nuevo Orden Mundial y, por supuesto, la «agenda globalista 2030». Su lideresa Lola Guzmán, cuyos adeptos comparan con Agustina de Aragón, preguntada por el periódico digital *El Plural* acerca de su postura antivacunas, declara: «¿A ti qué te importa si yo me he vacunado? ¡Gilipollas! [...]. Pilla un cactus sin vaselina y métetelo por el culo. ¡Y otro para el Marlaska!».

El 18 de febrero de ese año, justo en mitad de esas protestas, se celebran las elecciones autonómicas gallegas, en las que el PP obtiene, una vez más en ese feudo, la mayoría absoluta. Como es habitual, los representantes de los partidos comparecen después del recuento para dar sus impresiones sobre los resultados obtenidos. Los de aquellas fuerzas que no han conseguido representación y reconocen su fracaso producen penica; los que echan balones fuera, mucha vergüenza ajena. Entre estos últimos destaca por grotesca la valoración de Santiago Abascal tras el 2,18 por ciento de votos obtenido por su partido: «Ha perdido el separatismo y su cómplice socialista, pero no mucho. Porque ha ganado la estafa política, que aplica las políticas separatistas de imposición lingüística y la que condena a muerte a través de la Agenda 2030 al campo, la pesca y la industria».

Habría estado bien que de verdad hubieran ganado aquellas elecciones los partidarios de garantizar una vida sana, promover el bienestar para todos en todas las edades, poner fin al hambre y la pobreza, luchar contra la desertización, garantizar la disponibilidad de agua para todos o lograr la igualdad entre los géneros y empoderar a todas las mujeres y las niñas, por mencionar solo algunos de los objetivos de la Agenda 2030. Lamentablemente, no fue ese el caso.

Con finalidades experimentales de sondeo social directo, desde hace años exhibo un pin de la Agenda 2030 en la solapa de mi americana como el que suelen portar los principales dirigentes del planeta. Su

símbolo es un rosco con proporciones similares a las de un caramelo Chimos dividido en diecisiete secciones de vivos colores, cada una de las cuales representa un objetivo de desarrollo. Debido a que el entretiem po no se extiende durante una temporada muy larga en la comunidad en la que vivo, no son muchas las oportunidades que tengo de lucirla, pero aun así he sido interpelado en varias ocasiones por desconocidos que solicitan explicaciones.

O no tan desconocidos, porque, en septiembre de 2022, a la salida del restaurante El Rana Verde de Aranjuez, el padre de los hijos de Ana Iris Simón, cuyo nombre no me apetece ahora googlear, en compañía de un amigo suyo igual de desenvuelto, sin saber quién era yo, se dirigió a mí simulando ignorar el significado del símbolo y con la evidente intención de vacilarme. No recuerdo haber sido nunca abordado en los 70 por la chapita pacifista que exhibía con una flor saliendo de un casco de guerra, un emblema que conocí gracias a las historietas antimilitaristas del *Sargento Rock*, de Joe Kubert. Tampoco me pasó nunca en los 80, en mi periodo anarcopunk, por llevar en mi chupa de cuero otra insignia con la letra A en blanco rodeada de un círculo del mismo color sobre fondo negro. Ni ningún amigo jevi oscuro de los que lucen símbolos satánicos me ha contado nunca que nadie por la calle le haya espetado algún improprio por tal razón. Pero, en este ecosistema social malista contemporáneo, el emblema de los objetivos de buena voluntad de la Agenda 2030 resulta tan perturbador que muchas personas, al observarlo, sienten la necesidad de amedrentar a quien lo exhibe y mostrar su oposición pública a lo que representa.

Buenismo

Mejor ser cándido con buenas intenciones que un
mierdas

Como la mayoría de las tácticas, consignas y expresiones que utiliza la regresía de este siglo, autoconsiderada españolista, el «buenismo» es un concepto importado del extranjero. En concreto, se trata de una traducción del término anglosajón *do-gooder*. Lo introdujeron en nuestro país la fundación FAES y sus periodistas afines en 2004. La superioridad moral de la izquierda siempre ha traído por la calle de la amargura al neoliberalismo, y se necesitaba buscar alguna brecha en esa percepción generalizada. Reconozcamos que la estrategia triunfó, que la palabreja ha sido comprada y absorbida por la sociedad, y que se utiliza con frecuencia no solo en entornos ultras. La acepción más extendida se aplica a aquellas acciones o ideas que, pese a aspirar al virtuoso propósito de solucionar algún problema, ya sea por desconocimiento de la complejidad del mismo o por ingenuidad a la hora de valorar el factor humano menos noble, resultan poco eficientes o incluso contraproducentes. En 2017, el diccionario de la RAE recogió el término con la siguiente acepción: «Actitud de quien ante los conflictos rebaja su gravedad, cede con benevolencia o actúa con excesiva tolerancia».

Pero una vez conquistado en el léxico común ese significado concreto y la clara connotación negativa que conlleva, determinados elementos partidarios del egoísmo extremo han pasado a utilizar el neologismo para descalificar a cualquier individuo, argumento o iniciativa que tenga la más mínima empatía con el prójimo, resulte o no eficaz para paliar aquello que pretende combatir. He escuchado el

uso del calificativo «buenista» para intentar desacreditar a un enviado de la ONU para el Sahara Occidental, a un banco de alimentos vecinal surgido durante la pandemia ante la inacción de las autoridades de una ciudad, al ingreso mínimo vital, a cualquier ONG, a Cáritas, a una protesta contra una tala masiva de árboles, a alguien que se molestó en localizar y devolver a su propietaria un iPhone encontrado en un parque infantil, al salario mínimo interprofesional, al padre Ángel, a los taxistas que realizaron carreras gratuitas para trasladar al personal sanitario durante la pandemia, a los hiphoperos jipis Arrested Development, a Juan Manuel de Prada, a Greta Thunberg, a Ismael Serrano, a Angela Merkel, a un protocolo de medidas anticontaminación, a un festival de cine documental, a un carril bici o a una ración de albóndigas veganas.

La hagiografía anónima *I fioretti di san Francesco*, del siglo XIV, narra una de las más conocidas historias de fray Junípero. En una ocasión, este discípulo de san Francisco de Asís le preguntó a un enfermo al que había ido a visitar si podía hacer algo por él. Este le confesó que le apetecería mucho comer jamón. Junípero se dirigió a la por aquel entonces pequeña comunidad de los hermanos menores, entró en la cocina, agarró un cuchillo de grandes dimensiones, salió al campo, le cortó una pata al primer cerdo que vio y, a continuación, la cocinó con gran esmero y se la entregó al enfermo, que se la zampó muy contento. El resto del animal mutilado quedó abandonado en el lugar en el que lo había encontrado fray Junípero, con el justo y comprensible cabreo del propietario.

Aunque finalmente el porquero acaba confraternizando con la congregación, el episodio, seleccionado por Rossellini para aparecer entre los recogidos en su conmovedor largometraje *Francisco, juglar de Dios*, ilustra con exactitud en qué puede consistir una obra de caridad que hoy llamaríamos buenista.

En cualquiera de sus acepciones, la aplicación del calificativo «buenista» a un sujeto siempre reconoce buena intención en este. Pero como se trata de desactivar políticas empáticas mirando por encima del hombro a quienes las aplican y estigmatizando cualquier

aproximación bondadosa a las calamidades y conflictos, en la práctica suele resultar solo una forma sutil de llamar imbéciles a todas aquellas personas no dispuestas a pisar cabezas de los demás para enriquecerse o imponer su voluntad.

En *Los Soprano*, Tony tiene dificultades para esconder la gran cantidad de dinero en metálico conseguido a través de medios ilícitos, pero, al mismo tiempo, es capaz de arriesgarse a un posible percance con la autoridad solo por negarse a pagar una botella de vino en un garito. Conductas similares son habituales entre individuos inmensamente ricos que, sin pensárselo demasiado, gastan lo que haga falta en propiedades inmobiliarias, automóviles de alta gama, ropa de marca o restaurantes de lujo, pero luego regatean medio euro en el precio de una camisa de seda en un mercadillo tailandés. O se niegan a pagar el impuesto de vehículos de tracción mecánica y las multas de aparcamiento, como Alberto González Amador, célebre caradura y pareja sentimental de Isabel Díaz Ayuso. Hace unos cuantos años, un trabajador del restaurante Tony Roma's de Madrid me confesó que a ciertos clientes, que solían ser aquellos que hacían más ostentación estética de su supuesta clase social superior a la del resto, los llamaban «los marrones» debido a que, como propina, solo dejaban las moneditas de bajo valor de ese color.

Son formas de comportarse que parecen contradictorias si pretendemos entenderlas en función del grado de disposición de alguien a deshacerse del dinero. Pero que tienen todo su sentido si las observamos como los juegos de poder que son. En determinados entornos, no ser mezquino con los que es fácil serlo puede interpretarse como una debilidad buenista.

En el contexto del gran saqueo intersecular de las comunidades madrileña, valenciana y andaluza, entre los cientos de casos de corrupción, los que más se suelen recordar son los protagonizados por grandes personajes esperpénticos con divertidos pseudónimos — el Yonqui del Dinero, el Bigotes, el Albondiguilla, el Pocero...— y aquellos que se calcula que ocasionaron mayor quebranto en las arcas públicas, como el Malaya o el de los ERE. Sin embargo, por su

condición de especialmente miserable destacaré aquí uno de los varios por los que fue condenado Luis Fernando Cartagena, exalcalde de Orihuela y exconseller de Obras Públicas de la Comunidad Valenciana del Partido Popular.

En 1993, la hermana Bernardina de la comunidad de la Beatísima Virgen del Monte Carmelo hizo entrega de 8.166.426 pesetas en metálico (unos 49.000 euros) al concejal de Servicios Sociales de Orihuela para que se dedicasen a obras sociales. La suma había sido recaudada entre los ancianos del Hospital Municipal San Juan de Dios, que acababa de ser cerrado y que había sido regentado por la monja y sus compañeras. El concejal, según dicta la sentencia, hizo entrega del sobre al alcalde. Este, según contaron sus compañeros, lo escondió bajo la tapa de un piano de cola y fue pillando gallina del mismo para sus gastos personales del día a día, que debían ser refinados y abundantes, porque la cantidad se agotó en poco tiempo.

En 1998, Luis Fernando tuvo noticia de que se estaban desarrollando investigaciones judiciales relativas a este chanchullo y pidió ayuda a un viejo colega suyo, cuya dedicación profesional, por cierto, coincidía con la de Tony Soprano: gestor de residuos. Ángel Fenoll Pérez, también condenado por distintas causas de corrupción, falsificó tres facturas con fecha de 1993 por el importe del dinero afanado y por conceptos de labores que nunca se llevaron a cabo: una por rehabilitar unas viviendas, otra por destruir unas chabolas y otra por indemnizar a las personas de etnia gitana que las habitaban. En este caso, precedente del episodio de destrucción de infraviviendas protagonizado por Villacís que vimos en la introducción, sí que se consideró necesario indemnizar a sus ocupantes. Lástima que esto fuera solo en la ficción que idearon los dos compañeros de pillaje, tal y como quedó acreditado en el juicio, ya que, por supuesto, la estratagema cutre de las facturas truchas no coló.

Puede que la hermana Bernardina pecase de buenista al confiar un dinero obtenido honradamente y con buenos propósitos a los integrantes de una banda con numerosos delincuentes en sus filas. Y es cierto que los sinvergüenzas capaces de saquear hasta los cepillos

eran bastante más espabilados que ella. Pero, por otro lado, convendremos en que ni la hermana Bernardina ni fray Junípero eran unas mierdas humanas andantes.

Ya lo dijo el propio san Francisco de Asís después de que sus discípulos se quejaran muy enojados por los frecuentes movidones en los que los implicaba el más buenista de sus allegados: «¡Quién me diera un bosque de juníperos!».

El canal de Telegram de tus propios crímenes

La moda de grabar tus delitos solo por gusto o para presumir ante los colegas

Es llamativo que en la actualidad cualquier indagación policial sobre cualquier tipo de delito comience con el repaso exhaustivo de las redes sociales de los implicados. Más sorprendente resulta la gran cantidad de investigaciones que se inician a partir de un vídeo en el que se está realizando un delito y que ha sido subido a internet por el propio delincuente. En marzo de 2024, por ejemplo, un motorista fue detenido en Parla por delitos contra la seguridad vial después de una investigación llevada a cabo por los agentes de la Unidad de Ciberdelincuencia. El acusado se grabó a sí mismo circulando a trescientos kilómetros por hora en la carretera de circunvalación madrileña M-50, yendo a ciento quince en un tramo de la A-42 limitado a cincuenta, o a doscientos ochenta por hora donde el límite está establecido en noventa y, orgulloso de sus infracciones, decidió compartir esos vídeos en sus redes sociales.

Existen *youtubers* que han basado toda su carrera en acosar a otras personas y que, gracias a la experiencia, son lo suficientemente conocedores del Código Penal para mostrar en sus vídeos solo aquello que si bien roza el delito, no puede considerarse legalmente que lo sea. Otros, quizás no más miserables pero sí más torpes, no fueron conscientes de que estaban difundiendo pruebas que los implicaban.

En 2016, un joven creador de contenidos, mientras creaba un contenido consistente en tocar los cojones llamando «caraanchoa» a

un repartidor que estaba trabajando, recibió por parte de este uno de los bofetones mejor dados y más célebres de la historia del andar tocando los cojones. Tras un extenso recorrido judicial, el caso obtuvo una sentencia firme de la Audiencia de Alicante en 2023. El *youtuber*, ahora ya conocido popularmente como el Caraanchoa, fue condenado a pagar veinte mil euros al trabajador en concepto de indemnización por daños morales debido a una intromisión ilegítima en el honor. Por su parte, el repartidor fue multado con treinta euros por un delito leve de lesiones.

Un incidente más extremo es el del denominado por estos lares como el Caraanchoa americano, otro *youtuber* aficionado a vacilar a trabajadores que también recibió una reacción inesperada de un mensajero al que estaba molestando con insistencia. En este caso, la víctima de la broma sacó un revólver y disparó al *youtuber*. La sentencia consideró que el repartidor había actuado en legítima defensa y lo exculpó de cualquier responsabilidad.

En 2017, el joven de veintiún años Kanghua Ren, más conocido en la escena digital como ReSet, subió un vídeo a su canal de YouTube en el que enseñaba cómo reemplazaba la crema de unas galletas Oreo por dentífrico y, tras volverlas a introducir en su envase, se las regalaba a una persona que vivía en la calle. «A lo mejor me habré pasado un poco, pero mira el lado positivo: esto le ayudará a limpiarse los dientes, que creo que no se los limpia desde hace un par de días o desde que se volvió pobre», explicó a cámara para entretener a sus 1,1 millones de seguidores. Las autoridades locales intervinieron, acabó siendo juzgado por un delito contra la integridad moral y fue condenado a no poder utilizar YouTube durante cinco años, al pago de una indemnización de veinte mil euros a su víctima y a quince meses de cárcel.

Más allá del posible perfil psicopático de los *youtubers* especializados en incordiar al prójimo, es irrefutable que sus motivaciones para divulgar acciones en las que ellos mismos se muestran como seres asquerosos son económicas. Cuanto más pasados de vueltas son sus hostigamientos, más atención reciben. Y la atención redundante en fama, y la fama en ingresos.

En otras ocasiones más graves, el delincuente graba su delito por algún tipo de desviación morbosa, pero es lo bastante avisado como para al menos intentar mantener oculto ese material. En julio de 2023, Francisco Javier C. V., más conocido entre los habituales de la parroquia de Santa María de Micaela de Melilla como «el padre Fran», fue denunciado por su novia, con la que vivía amancebado desde que se conocieran el año anterior en el confesionario de la misma iglesia. La mujer había encontrado tres mil fotografías y varios vídeos en el ordenador del sacerdote en el que este aparecía violando a numerosas mujeres narcotizadas. Algunas de ellas fueron localizadas por la policía y desconocían que habían abusado de ellas, pero sí que declararon haber participado en fiestorros de despiorre alcohólico con el curita, que por cierto resultó ser hijo de una monja clarisa.

El padre Fran grababa sus violaciones por perversión personal, pero no las difundía. Es un violador, pero no un idiota. Por el contrario, son incontables los casos de violaciones grupales grabadas y difundidas por canales privados como grupos de WhatsApp o Telegram por los propios criminales, generalmente muy jóvenes o incluso menores de edad. La recompensa en términos de reputación que creen que les otorgará en su entorno ser conocidos como capaces de semejante vileza les parece lo suficientemente atractiva como para arriesgarse a que el vídeo se filtre a una red social y acaben siendo detenidos.

Por supuesto, en el terreno de la geopolítica contemporánea, los Estados de cierta entidad siempre procuran no dejar pruebas de sus atropellos a los derechos humanos o al derecho internacional. Los vídeos y fotografías que demostraron las torturas y violaciones de prisioneros iraquíes de la prisión de Abu Ghraib, a manos de la policía militar de Estados Unidos y agentes de la CIA, no fueron realizados por órdenes superiores, sino que se produjeron con las mismas intenciones malistas que los que registran las manadas de violadores españoles.

El terrorismo se articula con engranajes muy relacionados con el malismo. En realidad, tradicionalmente, las bandas armadas no presumían del correspondiente mal que producían sus acciones, pero lo vendían como algo inevitable y de la difusión mediática de esas acciones dependía su razón de ser. La guerra asimétrica, por su propia naturaleza, utiliza el terror para atemorizar y desestabilizar a una fuerza superior, para llamar la atención internacional sobre una causa o incluso para buscar adeptos fascinados por el hecho de que el pez pequeño pueda mordisquear al grande, aunque sea incumpliendo las reglas de lo considerado admisible en una contienda militar convencional. La reacción que busca la acción del terror no se consigue sin el conocimiento colectivo de que esa acción se ha cometido.

El 7 de enero de 2015, dos yihadistas enmascarados armados con fusiles de asalto irrumpen en la redacción del semanario satírico francés *Charlie Hebdo* y asesinan a los humoristas gráficos Georges Wolinski, Philippe Honoré, Jean Cabut «Cabu», Stéphane Charbonnier «Charb» y Bernard Verlhac «Tignous», y a otras seis personas. También hieren de gravedad a algunas otras, entre ellas al periodista Philippe Lançon, que tres años después escribiría *El colgajo*, el escalofriante relato de su —dentro de lo posible— reconstrucción facial y anímica. Aunque afortunadamente las grabaciones de este atentado no trascendieron a los medios, sí que se supo que los dos asesinos fanáticos islamistas que lo cometieron llevaban cámaras GoPro fijadas a su frente, de esas que emplean los aficionados a deportes de riesgo para grabar en primera persona hazañas deportivas de las que quieren vanagloriarse.

El 7 de octubre de 2023, Hamás realiza una sorpresiva operación relámpago desde Gaza: ataque informático, destrucción de torres de vigilancia, lanzamiento de misiles para mantener entretenido al escudo antiaéreo e incursión de combatientes terrestres a pie, en motocicletas o incluso en parapente por una veintena de pasos de las vallas que rodean el *apartheid* de la franja. Se supone que el servicio de inteligencia que siempre se ha vendido como el mejor del mundo no lo vio venir. Una vez en territorio israelí, los incursores

asesinan y secuestran a cientos de personas sin hacer distinciones entre civiles, soldados y colonos ilegales militarizados. Graban y distribuyen vídeos de muchas de estas acciones, que llegan a las pantallas de nuestros dispositivos el mismo día. Su primer objetivo para cometer este ataque terrorista —captar la atención mundial sobre la vergonzosa situación de Palestina en general y sobre el *apartheid* de Gaza, sobre los asesinatos impunes y sobre los menores secuestrados en la Cisjordania ocupada— se consigue con rotundidad.

La descomunal venganza del Gobierno sionista de Netanyahu sobre la población civil palestina no se hace esperar. Israel corta la luz y el agua de Gaza, impide el paso de alimentos, ordena un éxodo de un millón de personas al sur del territorio y bombardea viviendas, escuelas de la UNRWA, hospitales, monumentos históricos, carreteras, ambulancias, las columnas de civiles desprotegidos que se dirigían al sur, mezquitas, bibliotecas, iglesias ortodoxas, universidades, cementerios y, una vez concentrada la mayoría de la población desplazada en un campamento improvisado de refugiados en Ráfah que en pocas semanas se convertirá en inmenso, también bombardea Ráfah. Con el evidente propósito de contener la información sobre las masacres de civiles que se propone cometer, Israel prohíbe desde el primer día de su ofensiva la entrada de cualquier periodista extranjero a la franja. En las siguientes semanas, además, irá asesinando a cientos de periodistas presentes en la zona, a poder ser junto al mayor número de sus familiares para intentar desalentar mediante el terror a todo informador que se atreva a contar lo que está ocurriendo.

Sin embargo, a pesar de este bloqueo periodístico, y de forma contradictoria, el presidente Netanyahu, cuyo proceso judicial por corrupción se ve interrumpido, nada más comenzada la operación «Espadas de Hierro» tuitea personalmente un montaje de varios vídeos que muestran la destrucción de muchos edificios civiles por parte de la aviación de las IDF (Israel Defense Forces). Es ahora el propio jefe de Estado de un país el que, al igual que cualquier otro terrorista, estima que difundir pruebas de sus propios delitos contra el derecho internacional puede ser, por algún motivo, beneficioso.

El 27 de octubre Israel invade Gaza a sangre, fuego y crímenes de guerra. La mayor cárcel al aire libre del mundo ha pasado a ser el mayor campo de exterminio. Israel destina ingentes partidas de dinero a la contratación de agencias de reputación que siembren dudas sobre las noticias que consiguen superar el bloqueo informativo. En las redes, sus troles a sueldo aseguran que los cadáveres de los miles de niños asesinados que aparecen en muchos *posts* son muñecos; en los medios de comunicación occidentales, los portavoces de desinformación de su ejército están presentes todos los días. El asesinato sistemático de periodistas prosigue para intentar impedir que los repugnantes detalles de las matanzas lleguen a la opinión pública y que Estados Unidos pueda seguir financiando el genocidio.

Pero el fenómeno malista es más fuerte que cualquier bloqueo informativo. Los propios oficiales y soldados israelíes que están cometiendo atrocidades creen conveniente alardear de ellas en sus cuentas de redes sociales, como TikTok, con vídeos grabados por ellos mismos. En uno, un soldado enseña a cámara una delicada joya de compromiso robada en la casa de unos gazatíes que acaban de ser asesinados y, entre risas, proclama que ya tiene regalo para su novia. En otro, un oficial explica que su unidad va a proceder a la explosión de una escuela que se ve al fondo: dedica la voladura a su niña por su cumpleaños y procede a accionar el detonador. En otro, un plano corto nos muestra a un soldado que no puede contener la risa llamando a una puerta de una casa a la que no responde nadie; cuando el plano se amplía, vemos que ese trozo de muro con esa puerta es lo único que se mantiene en pie de una enorme extensión de edificios civiles derribados con sus habitantes dentro. En otro más, dos soldados israelíes saquean un pequeño comercio de Jabalia y sueltan carcajadas por lo modestos que son los juguetes, que van agarrando y destrozando uno a uno. El chorreo de autoinculpaciones involuntarias es inacabable: unos soldados rezan burlonamente sobre los restos de una mezquita arrasada; otros derriban edificios de una población con una excavadora mientras gritan divertidos «estamos destruyendo vuestras casas»; otros celebran la devastación de una guardería jugando en los dos únicos columpios

que quedan en pie; otro confiesa haber aplastado con su tanque a varios seres humanos... Las fotografías de cientos de personas desnudas con los ojos vendados, arrodilladas, con las manos atadas y rodeadas de militares fuertemente armados en mitad de las ruinas de Gaza, que recuerdan demasiado a los métodos del régimen que ideó y aplicó «la solución final de la cuestión judía», son distribuidas por el propio ejército israelí.

Durante toda esta sucesión de masacres, el canal de Telegram «72 vírgenes: sin censura», aprovechando el anonimato y la ausencia completa de moderación de contenidos que ofrece esta aplicación de mensajería, distribuye entre sus seguidores sangrientos vídeos de asesinatos cometidos por israelíes, mensajes de odio racial deshumanizante que animan a exterminar a «las cucarachas» y profanaciones de cadáveres de palestinos que son orinados encima o arrastrados por el barro. En un primer momento, representantes de las IDF niegan su implicación en la elaboración del canal de Telegram de sus crímenes y achacan la responsabilidad a elementos descontrolados. Pero, tras una detallada investigación del periódico israelí *Haaretz*, en febrero de 2024 acaban reconociendo, sin propósito de enmienda alguno, ser los creadores y únicos encargados del mantenimiento de sus sanguinarios contenidos audiovisuales. Muchos de estos vídeos, y otros de declaraciones de gobernantes sionistas en sus televisiones confesando sus deseos de perpetrar una limpieza étnica, serán parte de las pruebas que se presenten en el juicio por la demanda interpuesta por Sudáfrica contra Israel por genocidio ante la Corte Internacional de Justicia.

Tras el asesinato de decenas de miles de inocentes, los dirigentes israelíes y su ejército han demostrado ser, por supuesto, capaces de cometer crímenes de mucha mayor envergadura que los del padre Fran. Pero, en el terreno de la comunicación, quizás embriagados por la impunidad que les han regalado los países occidentales durante décadas, han demostrado tener la misma capacidad de entendimiento de lo que supone no contener la difusión de tus propios delitos que un Caraanchoa.

Comunicación comercial malista

Cómo vender servicios y productos
sin dejar de insultar a tu posible clientela

Mayo de 2022. Un cliente protesta en un tuit por el ridículo espacio en el que debe comprimir sus piernas durante un viaje en un avión de la compañía Ryanair y lo acompaña de una fotografía que lo atestigua. El encargado de mantener las redes sociales de la empresa no aplica el manual canónico de contención de daños para evitar una eventual crisis de reputación a partir de una queja pública —fundada o no—, que suele consistir en dos acciones: rebajar la agresividad del cliente con buenas palabras e intentar desviar el debate sobre las deficiencias del servicio a canales privados. Hace todo lo contrario, lanza gasolina a la lumbre. Responde: «A doblar las piernas». Reconoce con orgullo aquello de lo que se acusa a la compañía y se burla del cliente de una forma inapropiada que sabe que creará una gran repercusión. Es consciente de que a muchos consumidores les parecerá detestable este matonismo de comunicación empresarial contra uno de sus propios clientes, pero calcula que el rifirrafe proporcionará una considerable visibilidad a la marca. Y, asimismo, que en un caldo de contemporaneidad malista, también atraerá a un importante número de malotes a los que esta actitud chulesca, que sacará de sus casillas al denunciante y a los consumidores con una visión tradicional del contacto entre cliente y vendedor, les parecerá divertida y les proporcionará un objetivo de burla y acoso. Tratar como el culo a alguien beneficia a la empresa. Ser mala gente proporciona popularidad y receptividad entre posibles clientes. Malismo.

Obviamente, el método de actuación de ese *community manager* en esta anécdota concreta no constituye una decisión aislada personal, sino que forma parte de la táctica empresarial bajo la que ha sido aleccionado. En realidad, más que en la venta de viajes en avión a particulares, el verdadero negocio de Ryanair se ha basado desde sus orígenes en la captación de subvenciones millonarias de Gobiernos locales que querían presumir de tráfico turístico en sus innecesarios y a menudo sobredimensionados aeropuertos en localizaciones de escaso tirón. Reconozcamos, sin embargo, que esta compañía aérea fue una de las primeras que repararon en que la escalada de ir ofreciendo mayor cantidad de servicios o mejoras para poder ir incrementando los precios tenía poco recorrido. Su estrategia diferencial, pionera en su momento, consistió en ofrecer unos servicios mínimos a precios ajustados, pero, además, acompañados de un trato horroroso y de detalles que parecen ideados solo para importunar al viajero.

En esta dirección, una de las estratagemas publicitarias de Michael O'Leary, consejero delegado de la aerolínea, son las periódicas declaraciones en las que advierte de que se va a ver obligado a rebajar aún más la calidad de sus servicios con medidas cutres, que, por delirantes, obtienen resonancia gratuita en los medios de comunicación, pero que, por ilegales, rara vez pueden llevarse a cabo en la práctica, como la pretensión de cobrar por el uso de los lavabos durante los vuelos.

En una ocasión, el estudio de diseño de un compañero ilustrador y publicista confeccionó el catálogo de ofertas de un supermercado. Al cliente no le gustó el resultado y lo tuvieron que remaquetar. No se quejaron de que fuera feo. Se quejaron de lo opuesto: era poco feo. El buen diseño se asocia inconscientemente con lo caro, y el cliente que busca lo barato ni siquiera repara en una publicación que lo aplique. La maquetación adecuada para un catálogo de productos que han de percibirse como baratos debe contener tipografías descompensadas, colores mal combinados y, en general, un aspecto desastrado. De igual manera, la ausencia de la cortesía más elemental y los detalles concebidos solo para incomodar se

interpretan como falta de recursos, y la falta de recursos se vincula a lo barato. Si nos tratan como el culo —razonamos— debe ser porque con los precios tan ajustados que tienen no les alcanza para prestar atención a esas menudencias prescindibles.

En los 70 y los 80, cuando florecieron los primeros comercios especializados en coleccionismo de productos de cultura popular, como discos, cómics o maquetas militares, era habitual que sus responsables también trataran fatal a su clientela. Abundaban los propietarios y empleados condescendientes, cuando no directamente groseros, que parecía que no querían vender nada a base de hacerte sentir mal por no conocer a determinado grupo musical o por haberte equivocado al pronunciar el nombre de un autor de historietas de tercera categoría. Uno llegaba a pensar que tenía mala suerte y le habían tocado en las tiendas de su población los dependientes más bordes del territorio. Pero la tesitura era global, como comprobamos al descubrir en los dibujos animados de *Los Simpson* al avinagrado caradura de Jeff Albertson, el propietario de The Android's Dungeon & Baseball Card Shop, y pudimos constatar que se comportaba exactamente igual que los tenderos autóctonos. En estos casos, el mecanismo que opera es similar al utilizado por Ryanair, pero no es exactamente el mismo. No se trata de hacer creer que algo es muy barato. Se trata de poner dificultades al cliente, de tal forma que conseguir comprar algo se convierta en un objetivo arduo para que el precio excesivo pase desapercibido y nos parezca un simple trámite no comparable al resto de los obstáculos. Y eso se consigue a base de ser un borde del copón.

El primero de mis amigos que se compró un teléfono móvil a mediados de los 90 fue, sin sorpresa para nadie, el que disponía de mayores ingresos. La utilidad de aquel cacharro enorme que le costó un pastizal era limitada debido a lo incipiente de la red de cobertura y a que el precio excesivo de las llamadas desaconsejaba un uso ordinario. Pero mi colega lo llevaba encima en todo momento. Cuando iba a comer a algún restaurante, lo colocaba encima del mantel junto a su plato. Llamaba la atención porque no era común ver uno en directo. A medida que las prestaciones de estos

dispositivos mejoraron, se fue extendiendo su uso y ostentación. Todavía recuerdo con bochorno los correaes cruzados sobre la camisa para portar el móvil a modo de pistola bajo el sobaco que se atrevían a lucir algunos ejecutivos con aspiraciones. Cuando, comenzado el siglo ^{XXI}, los precios y tamaños se habían reducido mucho y me decidí a adquirir un asequible Nokia, mi amigo adinerado ya no usaba móvil. Lo consideraba una invasión del espacio personal, una dependencia psicológica innecesaria y una horterada.

La popularización de un aparato, un servicio o una costumbre aleja de ellos a quienes los adoptaron prematuramente no por necesidad, sino como señal de ser diferentes a los demás. La publicidad de artículos de lujo, cuando se dirige al posible cliente que es guiado por este interés, se refiere a ellos de modo diáfano como «objetos de distinción».

Otro término comercial de similar fin es «exclusivo». Es obvio que todos los bienes son exclusivos de todos aquellos que se pueden permitir pagarlos, pero incidir en esta característica en la descripción propagandística de un producto supone destacar como una cualidad el simple hecho de que hay personas que no pueden acceder a él. Desconozco cuándo se consiguió que el adjetivo «exclusivo» no conllevara connotaciones negativas instantáneas. Lo deseable debería ser lo inclusivo, no lo exclusivo. Los parques y plazas, cuando están bien gestionados por las autoridades y no son vendidos o alquilados al mejor postor para actividades promocionales o negocios privados, son inclusivos. Una fuente que funcione con normalidad —es decir, que no haya sido clausurada con alguna excusa por un consistorio que quiera ahorrarse su mantenimiento— es inclusiva. Un banco público tradicional, en el que se podía sentar o tumbar cualquier persona, era inclusivo. Uno contemporáneo, manipulado bajo los dogmas de la arquitectura hostil con el objeto de desalentar su uso por parte de las personas sin hogar, es exclusivo. Las pretenciosas terrazas de establecimientos hosteleros que okupan excesivo espacio público de las aceras que rodean la glorieta de la Puerta de Alcalá incomodando

la libre circulación peatonal se promocionan mediante contenidos patrocinados en los medios de comunicación como «muy exclusivas». Y tienen razón. Son eso y cosas aún peores.

En todo caso, el concepto propagandístico de *lo exclusivo* ha mutado mucho en los últimos años. Un flamante y costoso reloj de pulsera siempre ha sido un exclusivo símbolo de estatus. De hecho, hoy incluso más que ayer debido a que su utilidad práctica original es ínfima, en esta época en la que vivimos rodeados de dispositivos electrónicos que nos facilitan la hora en todo instante. Los cantosos pelucos de lujo de caballero cumplen ahora mismo idéntica función que las joyas de gran valor en mujeres de clase alta: señalar el poder adquisitivo de quienes los lucen. Pero es que, además, los gestores de las ciudades han empezado a cobrar por actividades que, como pasear por unos jardines o entrar en una plaza, eran gratuitas. Y las empresas han convertido meras preferencias de sus clientes a la hora de usar determinado servicio, que siempre estuvieron incluidas en su precio general, en extras exclusivos por los que se exige el pago de sobrecostes: como viajar en el asiento contiguo al de tu pareja en un tren, adquirir una entrada para un espectáculo por internet, llevar equipaje de mano en el avión o poder colocarse de pie en la zona que a uno le apetezca en un concierto. El tradicional discurso comercial según el cual «todos nuestros clientes tienen a su disposición...», seguido de un listado de las prestaciones del servicio ofertado, ha quedado obsoleto.

Y lo que es peor, en muchos casos, los privilegios exclusivos que se consiguen pagando más se alcanzan despojando a los demás usuarios de sus derechos. Un pase exprés adquirido en un parque de atracciones no te permite acceder mágicamente con mayor rapidez a las atracciones. No. Los tiempos absolutos de espera por persona dentro del recinto no desaparecen, siguen siendo los mismos. Solo que, si pagas lo suficiente por ello, puedes endosar tu tedioso tiempo de espera personal a los usuarios que no pudieron permitirse ese tipo de entrada. Cada pago individual por equipaje de mano extra en un vuelo provoca que el equipaje de mano de otro viajero se coloque en la bodega del avión. No son en realidad verdaderos extras en los que la compañía haya empleado recursos propios por

los que deba cobrarnos. Lo que nos venden son derechos que pertenecían a otro cliente hasta el momento que se los arrebatamos. No son de ningún modo servicios añadidos reales, sino más bien servicios sustraídos. Y cuando, con el objetivo de vender más, se publicitan explicitando esta naturaleza y presentan como beneficioso para el cliente el hecho de joder a alguien, se está echando mano del malismo como herramienta de persuasión. «Adquiere tu pase Correcaminos y podrás colarte a quien quieras» es una clara comunicación comercial malista.

Y recordemos: invertir tus ahorros en pagar por una entrada en las exclusivas zonas vip de los conciertos de música popular no te convierte en una *very important person*. Las personas realmente importantes, las que tienen dinero de verdad, nunca pagan por fruslerías. El rey emérito se quejó en 2016 al sultán del Reino de Omán de que no le sufragaba los gastos de comunidad del ático de 62 millones de euros que le había regalado en Londres; el novio de Ayuso no apoquina las multas de su Maserati, que aparca donde quiere, y ya dijimos hace dos capítulos que Tony Soprano se negaba a soltar la mosca por unos vinos. Por eso, entre otras cosas, es tan cara tu entrada vip. Porque has pagado por ella y por varias de las que deberían haber pagado los que las reciben gratis. O sea, los vips de verdad.

Las justificaciones del mal

La decadencia de las explicaciones a la opinión pública

En el 71 a. C., la crucifixión a lo largo de la vía Apia entre Roma y Capua de los seis mil supervivientes de la última batalla de la guerra de los Gladiadores a manos de los romanos era una advertencia que decía: «Si os rebeláis, podéis acabar así».

Tras la batalla de Clidio, en el siglo XI, el victorioso emperador bizantino Basilio II capturó, según los historiadores de la época tendentes a exagerar cifras, a quince mil combatientes búlgaros. Hacerlos prisioneros suponía una inversión en infraestructuras, guardias y alimentación insostenible incluso a corto plazo. Asesinarlos a todos a sangre fría tampoco le pareció la mejor opción, no por ninguna convicción moral nacida de su fe cristiana, sino porque se le ocurrió una mejor idea. De cada grupo de cien enemigos mandó cegar a noventa y nueve y dejar al que quedaba solo tuerto para que pudiera guiar a sus compañeros hasta su hogar. De esta forma no solo descalabraba a un ejército, también condenaba a una sociedad a encargarse del mantenimiento y los cuidados de un número enorme de sus miembros. El conflicto del Imperio bizantino contra el Primer Imperio búlgaro, que había durado medio siglo, terminó apenas unos años después con la ocupación de este último por el primero. La crueldad tuvo una finalidad práctica directa indiscutible. Cuando Tamerlán, en el siglo XIV, construía gigantescas pirámides con las cabezas humanas de los habitantes de las ciudades que iba conquistando en la expansión del Imperio timúrida, estaba avisando a los de las siguientes en su avance que era mejor rendirse.

Después del reparto del continente africano entre las potencias europeas que participaron en la Conferencia de Berlín de 1885, el rey Leopoldo II de Bélgica se convirtió en soberano y único propietario de una colonia personal inmensa que se denominó Estado Libre del Congo. En ella instauró, controlado por un ejército de mercenarios, un férreo régimen de esclavismo, violaciones, saqueo de recursos naturales como el caucho y marfil, mutilaciones punitivas y asesinatos en masa. Hacia 1900, gracias a los testimonios de primera mano de misioneros protestantes, periodistas o escritores como Mark Twain o Joseph Conrad, la prensa norteamericana y europea comenzó a denunciar las atrocidades sangrientas que se cometían en el territorio. Concienciaron a la opinión pública mundial, que presionó para que se llevaran a cabo intervenciones diplomáticas que acabaron forzando al execrable mandatario a renunciar a su propio Estado particular, que en 1908 pasó a convertirse en una colonia de Bélgica: el llamado Congo Belga.

Cualquier episodio de suma crueldad que se nos ocurra a lo largo de esa sucesión de crueldades que es la historia de la humanidad nos indica que, por una razón u otra, siempre ha habido decisiones políticas que han producido sufrimiento a un importante número de personas. Pero esas decisiones necesitaron pocas justificaciones mientras no existió una opinión pública informada que, debido a su capacidad de producir cambios, requiriese ser moldeada o contenida por el poder a base de informaciones o desinformaciones. Por ello, desde la primitiva aparición en la Edad Contemporánea de algo parecido a eso que ahora llamamos comunicación política, los dirigentes implicados en determinadas resoluciones se empezaron a ver obligados a dar de vez en cuando algunas explicaciones sobre su aplicación.

Entre las excusas más habituales: la pretensión de haber ejecutado dichas resoluciones con el fin de evitar un mal mayor, la autodesvinculación de las mismas aduciendo desconocimiento de su existencia y, directamente, negar que se llegaron a tomar. Un ejemplo de la primera excusa es esa desvergonzada exculpación,

que todavía en este siglo XXI se puede escuchar en barras de bar y programas divulgativos de televisión, que afirma que los lanzamientos de las bombas atómicas con las que los aliados asesinaron a cientos de miles de civiles en Hiroshima y Nagasaki fueron efectuados para evitar el hipotético número de muertes superior que una guerra larga, isla a isla en el Pacífico, podría haber producido. Un ejemplo de la segunda lo podemos encontrar en los Juicios de Núremberg, en los que numerosos miembros y altos mandos del Partido Nazi juraron desconocer su propio plan de exterminio del pueblo judío. Y el ejemplo más clásico de la tercera lo encontramos pocas décadas después, cuando los neonazis de primera hornada negaban hasta que el Holocausto hubiera tenido lugar.

Lo cierto es que, en nuestra época más reciente, las excusas de infracciones graves contra la legalidad internacional cada vez se aceptan más holgadamente. En 1804, Napoleón, siendo todavía primer cónsul, ordenó que un destacamento de mil hombres del 22.º Regimiento de Dragones secuestrara al duque de Enghien en Ettenheim, territorio del electorado de Baden, y lo llevara a Francia, donde fue juzgado por un tribunal militar, declarado culpable de actos de armas contra la República y fusilado. Esta acción militar ilegal que tenía como objeto eliminar al cabecilla de un complot —al que hoy en día llamaríamos terrorista— pesaría sobre la reputación de Bonaparte durante toda su vida. Los Estados europeos se llevaron las manos a la cabeza por un caso tan flagrante de saltarse la legalidad internacional, y todavía hoy se cita en el listado de metidas de pata del corso más famoso de todos los tiempos, incluso junto a algunas de evidente mayor gravedad como, por ejemplo, el degollamiento a sangre fría de mil prisioneros turcos tras la caída de Jaffa en la campaña de Siria.

Poco más de dos siglos después, sin embargo, un dispositivo similar que terminó con la vida de Abu Ibrahim al Qurashi, segundo califa del Estado Islámico, junto a trece personas, seis de ellas niños, a manos de un operativo de soldados norteamericanos en el norte de Siria guiados telemáticamente por un mando encabezado por el

presidente Joe Biden, fue vendido a la opinión pública de todo el planeta sin ningún problema como un éxito indiscutible de la guerra contra el terror.

Pero está lejos de mi intención, con este azaroso espiguelo de casos, dibujar una línea temporal del mal político y sus pretextos que vaya desde el mal sin justificaciones, pase por el mal con justificaciones públicas, avance por el mal con justificaciones públicas cada vez más endeble y acabe con una fase malista en la que tras cometer un mal, se presuma públicamente de haberlo cometido. La realidad es mucho más compleja. Al menos desde el éxito de Cambridge Analytica en la campaña del Brexit, la propaganda contemporánea de cierta entidad, ya sea comercial o ideológica, es siempre híbrida y segmentada. Dependiendo de para qué medio de comunicación se desarrolle y qué público objetivo busque se modifica como las ofertas comerciales personalizadas. Si el producto no va destinado a un nicho muy especializado y pretende llegar a un público más amplio, a cada porción de público concreto se le adjudica un argumentario personalizado para convencerle de lo que haga falta, haciéndoselo llegar por canales específicos. Da igual si se pretende vender una bebida energética o justificar un genocidio.

Esto explica la aparentemente muy contradictoria propaganda sionista durante la limpieza étnica que el Estado de Israel está llevando a cabo en Gaza. Sus representantes políticos pueden presumir en una televisión israelí de estar convirtiendo la Franja en un solar sobre el que ya tienen preparados proyectos de urbanizaciones de chalets para nuevos colonos ilegales el mismo día que, en el programa de Risto Mejide, un representante de las IDF afirma que están esforzándose en realizar una «operación quirúrgica». En Twitter, a cada imagen de madres llorando con los cadáveres de sus bebés asesinados en brazos, los troles que operan a sueldo de Israel argumentan, con el abyecto *hashtag* #pallywood acompañado de emojis de llorar de risa, que se trata solo de actrices y muñecos. Pero la postura de sus embajadores ante dirigentes occidentales no se atreve a tanto y solo asegura que las víctimas colaterales son inevitables en cualquier conflicto y que Israel tiene

«derecho a defenderse». En el mismo instante, en un canal de Telegram, un sádico oficial de las IDF comparte un vídeo grabado desde su propio carro de combate en el que se ve cómo arrastra por el suelo, atados con una cuerda a su vehículo, los restos del cadáver de un ser humano.

El 2 de febrero de 2024, *The New York Times* publica un artículo sobre las inminentes elecciones en El Salvador que incluye algunas declaraciones de su vicepresidente Félix Ulloa. Una de ellas, de indudable índole malista, atrae la atención de la prensa internacional, que la reproduce profusamente: «A esta gente que dice que se está desmantelando la democracia, mi respuesta es: sí. No la estamos desmantelando, la estamos eliminando, la reemplazamos con algo nuevo». Dos días después, el presidente Nayib Bukele, que se ha presentado a la reelección contraviniendo el artículo 152 de la Constitución de su país, que prohíbe repetir mandato, ofrece una rueda de prensa en plena jornada electoral. Interrogado por la prensa por las afirmaciones de su vicepresidente, asegura entre diversos exabruptos: «Nosotros no estamos sustituyendo la democracia porque El Salvador jamás tuvo democracia. Esta es la primera vez en la historia que El Salvador tiene democracia». Dos representantes del mismo Gobierno pueden afirmar una cosa echando mano del malismo y, casi al mismo tiempo, otra opuesta utilizando la tradicional negación política de la evidencia. No pasa nada. Ese mismo día arrasan en las elecciones.

Una de las justificaciones clásicas de los atentados terroristas cometidos con bombas es el «ya avisaron». Esta extendida forma de intentar rebajar la responsabilidad achacando parte de la culpa a las autoridades se utilizó, por ejemplo, con la matanza de Hipercor ejecutada por ETA que causó la muerte de veintiuna personas. Lo que ya no es tan común es que en la propia placa de recuerdo de una masacre cometida por una organización terrorista figure la justificación de la propia banda. En 1946, durante el Mandato británico de Palestina, la banda armada sionista Irgún perpetró un atentado con explosivos en el hotel Rey David de Jerusalén que produjo noventa y una víctimas. Su innovadora intención de asesinar

al mayor número de personas de manera indiscriminada inspiró a muchos otros grupos terroristas de todo el mundo e inauguró una sangrienta y larga tradición. En 2006, en el 60.º aniversario de la masacre, se coloca una placa en el hotel que, más que un homenaje a las víctimas o un gesto de arrepentimiento, resulta ser una exculpación de los asesinos. Su texto, en hebreo e inglés, dice así: «Hotel King David. El hotel albergaba la secretaría del Mandato británico y el cuartel general del Ejército. El 22 de julio de 1946, los combatientes del Irgún, por orden del Movimiento de Resistencia Hebreo, colocaron explosivos en el sótano. Se realizaron llamadas telefónicas de advertencia a la central del hotel, al *Palestine Post* y al Consulado francés instando a los ocupantes del hotel a abandonarlo inmediatamente. El hotel no fue evacuado y, después de veinticinco minutos, las bombas explotaron. Toda el ala occidental fue destruida y, con el pesar del Irgún, murieron noventa y dos personas». Nótese el detalle granuja final de victimizar a los criminales y contabilizar en el recuento de asesinados a uno de los terroristas, que fue disparado en su huida. La Embajada del Reino Unido protestó oficialmente en su día al Estado de Israel exigiendo la retirada de la infame placa, pero ahí sigue todavía. Menajem Begin, líder del Irgún desde 1943 hasta 1948, fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz en 1978. El Irgún, junto a otras dos facciones sionistas terroristas en distintos grados —la Haganá y el Lehi—, fueron las semillas de las que nacieron las Fuerzas de Defensa de Israel, esas mismas que hoy están llevando a cabo una limpieza étnica en Gaza con la financiación de Estados Unidos y con completa impunidad internacional.

A fin de cuentas, el tiempo y los relatos pueden alterar cualquier apreciación de cualquier acción o ser despreciable. En Uzbekistán, después de que el país proclamara su independencia de la Unión Soviética en 1991, las estatuas de Lenin fueron sustituidas por monumentos de Tamerlán que rinden homenaje como héroe nacional a este excepcional estratega y mejor genocida. La necesidad de construir leyendas fundacionales de las naciones Estado es así. O de las empresas: un rincón muy cuco del jardín del hotel Flamingo de Las Vegas está presidido por un monumento a

la memoria del gánster Bugsy Siegel. O de las ciudades: en Valencia, las autoridades del consistorio surgidas de las elecciones municipales de 2023 modificaron la denominación del Puente de las Flores que atraviesa el Jardín del Turia y su nombre oficial es ahora «Puente de las Flores-Alcaldesa Rita Barberá», que fue una regidora que posiblemente no mató a nadie, pero que desde luego no fue ninguna política ejemplar digna de honor alguno.

En la película *El castañazo*, de George Roy Hill, Reggie Dunlop es el entrenador de un equipo de *hockey* sobre hielo de las ligas menores norteamericanas interpretado por Paul Newman. Acude a comisaría para solicitar que liberen a los salvajes hermanos Hanson, detenidos en una reyerta sobre el terreno de juego. «Son unos héroes», alega. «Son unos criminales», le responde el oficial al cargo. «La mayoría de los héroes comenzaron como criminales», concluye Dunlop.

Malismo entre amigos

Confesar faltas a tus discípulos entraña menos riesgo

En el maremágnum de pareceres y contrapareceres que son las redes sociales, la inmediatez de las reacciones ante cualquier opinión o testimonio y su posible repercusión mediática motiva que muchas celebridades conocidas por su actividad en algún ámbito profesional —o, sin más, un poco cautas— procuren moderar sus opiniones y no desvelar anécdotas que puedan comprometerlas. Sin embargo, cuando se encuentran en otros espacios de difusión que, en apariencia, se dirigen a un público reducido y cercano ideológicamente, se crea una falsa sensación de intimidad que permite que los comparecientes bajen la guardia y, a menudo, acaben yéndose de la lengua. Esto sucede, por ejemplo, en charlas universitarias, presentaciones de productos culturales, volúmenes de memorias autobiográficas o incluso en esos libros elaborados por periodistas a partir de entrevistas a un mismo personaje que suelen venderse como si los hubiera escrito este último.

En 2010, la editorial Planeta publica *Dios los cría... y ellos hablan de sexo, drogas, España, corrupción...*, una serie de conversaciones entre el dramaturgo Albert Boadella y el escritor y periodista Fernando Sánchez Dragó. Dirigido a los incondicionales de ambos, Dragó no debió de estimar que la siguiente revelación autobiográfica que aparece en la página 164 pudiera escandalizar a alguno de sus lectores habituales: «En Tokio, un día, me topé con unas lolitas, pero no eran unas lolitas cualesquiera, sino de esas que se visten como zorritas, con los labios pintados, carmín, rímel, tacones, minifalda... Tendrían unos trece años. Subí con ellas y las muy putas se pusieron a turnarse. Mientras una se iba al váter, la otra se me trajinaba. El

crimen ha prescrito, así que puedo contarle, aparte de que las delincuentes eran ellas y no yo». Pero alguien que leyó el libro sí que debió alertarse, porque siete semanas después el testimonio se convierte en noticia y pequeño escándalo mediático. Dado que el encuentro sexual con las niñas se produjo, según el pederasta confeso, en 1967 y que la edad de consentimiento sexual en Japón entre 1907 y 2023 estaba fijado en los trece años, el debate se habría zanjado hoy en día con el típico «se trata de algo perfectamente legal» con el que se disculpan en la actualidad muchos casos de corruptelas, chanchullos e inmoralidades manifiestas. Pero en 2010 nos encontramos todavía en una etapa premalista y tales argumentos no son suficientes para amansar el chorreo de reacciones en prensa y redes. Así las cosas, Dragó da a entender que todo el episodio era una fabulación a partir del hecho real de que conoció a un grupo de chicas y chicos en Tokio, pero que no se folló a ninguno. Tampoco acaba de convencer. Finalmente, se ve obligado a proclamar: «Juro por mi honor que nunca he tenido trato erótico con menores». Y esta vez sí que consigue calmar las aguas. Sea cierto el testimonio original o simple fanfarronada de ultra casposo pedófilo, Dragó decidió que contarle a Boadella, en una charla que iba a recogerse en un libro, que se había tirado a unas niñas le otorgaría algún extraño tipo de prestigio. Malismo claro.

El 17 de diciembre de 2013, la Fundación para el Mecenazgo y el Patrocinio Social, el último chiringuito en el que Esperanza Aguirre colocó a su discípulo Santiago Abascal —donde este no llegó a finalizar ningún proyecto con éxito, pero donde cobró del erario público, además de jugosas subvenciones, un sueldo personal de 82.491 euros—, acuerda disolverse. No es difícil aventurar a qué dedicó este arribista todo el tiempo libre que le proporcionó tal sinecura cuando se repara en que el mismo día del cierre oficial de la entidad se registró el partido político Vox, escisión de extrema derecha del Partido Popular. Algunos meses después, se publica el libro *No me rindo. Sin miedo contra ETA y contra la cobardía política* (La Esfera de los Libros, 2014), en el que Abascal confiesa sin complejos el palmario fraude de ley que cometió para alcanzar su

condición de diputado del Gobierno vasco por el Partido Popular tras las elecciones al Parlamento Vasco de 2005. Poco antes de que se convocaran los comicios, la reforma electoral del Gobierno de Zapatero implantó las listas cremallera igualitarias. En las propias palabras del actual cabecilla de Vox, este fue el sencillo sistema que utilizó para eludir la medida: «[...] aunque por Álava salieron seis diputados del PP y yo iba el siete, la candidata que me precedía renunció a su acta —así lo teníamos pactado— y yo ocupé su escaño».

El 5 de octubre de 2023, dentro del ciclo de charlas Foro La Región, el polémico juez Manuel García-Castellón protagoniza una conferencia almuerzo que se desarrolla en el restaurante A Carballeira de Santa Cruz de Arrabaldo, bajo un ripio de resonancias de la escuela Bruguera como título: «La Audiencia Nacional, un tribunal excepcional». En ella, el magistrado de dicha audiencia relata orgulloso cómo, en una reunión en la que participaba oficialmente como juez de enlace con España, engañó a sabiendas a representantes de la judicatura francesa para que firmaran un documento que pretendía establecer entre los dos países el intercambio inmediato de información en el marco de la lucha antiterrorista. «A mí se me ocurrió decir una mentira. [...] Colonna está localizado en España; en cuanto lo detengamos no les vamos a pasar la información, no les puedo decir dónde, pero digamos que en el entorno de la Costa del Sol. [...] Era mentira. Lo firmaron».

Los ejemplos de este tipo de comportamiento abundan, pero me he ceñido a estos tres por su trascendente procedencia: un conocidísimo periodista y dos destacados integrantes de los poderes legislativo y judicial. Tanto los libros de Dragó y Abascal como la conferencia de García-Castellón son, en esencia —o así lo entendieron ellos—, dispositivos propagandísticos sociopolíticos dirigidos en principio a adeptos y simpatizantes de su ideología. Jactarse en público de haberse «trajinado» a unas niñas de trece años, de haber urdido una triquiñuela para saltarse una ley que no te gusta o de haber amenazado a jueces de otro país a través de un embuste son malismos de primera división. Pero los tres poseen la

característica de haber sido emitidos en un ambiente considerado como cercano y receptivo. Son malismos entre amigos.

Masas malistas

Linchar al inocente o mantener como presidenta de tu comunidad autónoma a una granuja a sabiendas: solo no puedes, con cómplices sí

Siempre escalofrían las multitudes congregadas durante horas a las puertas de los juzgados que aplauden y jalean a delincuentes que han sido declarados culpables. Folclóricas o futbolistas que han defraudado cantidades exorbitantes al fisco, políticos implicados en todo tipo de corruptelas o personajes populares condenados por acoso, maltrato o incluso violación suelen ser los agraciados con estas muestras de afecto provenientes de personas *a priori* desocupadas o con horarios laborales muy laxos. Lo tradicional y acostumbrado era que los integrantes de estas masas, consultados uno por uno, confesasen desconfiar del dictamen oficial y creyesen sinceramente, a menudo de manera acrítica, en la inocencia de sus ídolos. Sin embargo, cada vez es más común que entre estos insensatos surjan algunos cuya motivación para posicionarse en el lado de los malhechores no sea la convicción personal en su inocencia, sino su identificación con ellos, hasta el extremo de justificar o incluso celebrar sus delitos.

Cuando se juzgó a algunos de los responsables de los atentados de los GAL —banda terrorista creada para el mantenimiento de una guerra sucia contra ETA por elementos con responsabilidades gubernamentales en el Estado español—, un posicionamiento popular en aquella coyuntura, y que no es difícil escuchar de nuevo hoy, consistía en marcar distancias con los criminales no por el hecho de serlo, sino porque la planificación de sus asesinatos y secuestros había sido «una chapuza». «Si por lo menos hubiesen

hecho las cosas bien...», se argumentaba. Es decir, no se criticaban ni los asesinatos ni los secuestros ni el uso de fondos reservados sufragados por todos los ciudadanos para cometer estos delitos. Solo parecía mal que se hubieran dejado pillar. Según este planteamiento, «hacer las cosas bien» consiste en actuar al margen de la ley todo lo que te dé la gana, pero sin que te pillen. Y reafirma esta idea el hecho de que los indultos con los que fueron agraciados miembros destacados de la organización por el Gobierno de Aznar obtuvieran muy escasa contestación popular o mediática.

Existen convocatorias sociales que, según van ganando relevancia histórica o prestigio cultural, ocasionan el prodigio de que, con el paso del tiempo, aumente la cantidad de gente que recuerda haber participado en ellas. Por mucho que en los 80 los empresarios del ocio nocturno se saltaran a la torera los aforos oficiales de sus locales, el 17 de diciembre de 1983 no podrían haber cabido en la discoteca Alcalá veintitantas personas como las que sostienen que salieron de allí cinco minutos antes de que se incendiara. Tampoco las fotografías del único concierto que ofrecieron los Beatles en Las Ventas en 1965 nos muestran una asistencia tan nutrida como para poder haber contenido a la enorme plétora de gentes de esa generación que, en cuanto se les deja, aseveran haber asistido. Por el contrario, las convocatorias que con los años se aprecian como bochornosas ven reducido el número de osados que confiesa en público haber participado en ellas. Es el caso de la manifestación contra el matrimonio igualitario de 2005, a la que asistieron nada más y nada menos que 1,5 millones de sujetos, según las organizaciones convocantes, o 166.000, según la Delegación del Gobierno. Entre ellos, numerosos dirigentes del Partido Popular, veinte obispos de la Iglesia católica y muchos menores de edad adoctrinados en el odio a la diferencia.

En lugar de clasificar las manifestaciones en función de si son de izquierdas o de derechas, resulta preferible hacerlo entre aquellas que solicitan derechos para los ciudadanos y aquellas que exigen quitárselos a algunos de ellos. La ignominiosa y multitudinaria protesta homofóbica contra el matrimonio igualitario se encuadra sin

duda en este último grupo. Sin embargo, al tener lugar en una época premalista en la que la exhibición de la propia vileza no se veía todavía beneficiosa, se intentó disculpar con el argumento de que no iba contra nadie. Se deseaba solo defender a la familia tradicional, que estaba siendo atacada por los socialistas. Semejante relato demenciado ni caló ni coló. La modificación del Código Civil que permitió el matrimonio de parejas del mismo sexo se aprobó al mes siguiente sin perjuicio de ningún grupo familiar. El PP presentó un recurso de inconstitucionalidad que tardó siete años en ser desestimado por el Tribunal Constitucional. En 2015, Javier Maroto se casa con su novio en el restaurante El Caserón de Armentia, en un bodorrio que cuenta con la asistencia del presidente del Gobierno Mariano Rajoy. Y aquí no ha pasado nada. Desde que se produjo el enlace, parece imposible encontrar a algún político, periodista o personaje público que recuerde haber participado en aquella concentración. Pero, en vista de cómo va extendiéndose el malismo, no es descartable que en breve algún descerebrado regre acabe reivindicando la manifestación de 2005 contra los gais como un hito en el desarrollo de la ultraderecha española sin complejos.

En mayo de 2022, un corto vídeo que circula en internet causa sorpresa. A su llegada a una urbanización, un vehículo utilitario deportivo es recibido con júbilo por parte de una treintena de personas que aplauden, vitorean y lanzan gritos de «Viva España». El conductor acciona el claxon con decisión elaborando distintos patrones rítmicos. En el interior del sobredimensionado automóvil gris plateado viaja, junto a unos amigos, Juan Carlos de Borbón. Tras su autoexilio en una dictadura islámica, regresa por primera vez a Sanxenxo de visita. En la red social X, un periodista se pregunta por la motivación que puede llevar a los congregados a ovacionar a un individuo de una calaña moral tan poco ejemplar. Una cuenta anónima le responde con sinceridad malista. No defiende al rey emérito y sus pillajes con alguna gastada consigna justificatoria del tipo «son más sus luces que sus sombras». Confiesa con precisión el percal. Explica: «Se le aplaude a este por el asco que os tenemos a

vosotros, que sois unos hijosdeputa y que os odiamos como a enemigos».

Ese mismo año, tres meses antes, como colofón a las hostilidades entre distintas facciones del PP que habían ido escalando de intensidad en los últimos meses, el propio presidente del partido, Pablo Casado, destapa que Tomás Díaz Ayuso, hermano de la presidenta de la Comunidad de Madrid, había cobrado comisiones por vender mascarillas a esa misma institución en un negociete muy turbio. El dirigente concede una entrevista en la COPE el viernes 18 de febrero y resume así el meollo: «La cuestión es si cuando morían 700 personas al día se puede contratar con tu hermana y recibir 286.000 euros». Dos días después, una multitud de más de tres mil militantes y simpatizantes del Partido Popular se manifiesta frente a la sede en la calle Génova bajo una narrativa desconcertante. Los reunidos no piden ni investigación interna ni responsabilidades políticas a la implicada en el posible caso de corrupción. Sus motivaciones no son de índole ética. Exigen la dimisión del presidente de su propio partido, en esencia, por haberse chivado. Consideran a Isabel Díaz Ayuso una elementa con mayor capacidad para captar votos que Pablo Casado, y los cadáveres que pueda almacenar en los armarios prefieren dejarlos bien metiditos en su interior. Desean deshacerse del chota. Es una masa indudablemente poco espontánea, casi con toda seguridad urdida y azuzada por Miguel Ángel Rodríguez, director de gabinete de la presidenta, y la iniciativa, como la mayoría de sus planes de comunicación, se asienta en un planteamiento de calado malista. Tres días después, Pablo Casado es obligado a dimitir como presidente del PP, y, en los dos primeros días de abril, en un apresurado Congreso Extraordinario del partido, un 98,35 por ciento de los compromisarios vota como nuevo presidente al único candidato al que se podía votar: Alberto Núñez Feijóo. Pese a que las dimisiones voluntarias de los partidarios de Casado son anecdóticas, para desarticular la corriente interna basta con una moderada purga entre sus adeptos más destacados para que el resto de los cargos del partido que se habían significado en esa dirección, como Cuca

Gamarra o José Luis Martínez-Almeida, varíen de criterio en un pispás y se arrimen sin sonrojo alguno al nuevo sol que más calienta.

Es cierto que no a todo el mundo le pareció muy normal este disparatado —y al mismo tiempo trascendente— episodio en la trayectoria moral del PP, si bien en general se entendió como una arriesgada pero ingeniosa jugada política que dio la vuelta a la partida. En realidad, solo unos años antes, sin la arraigada implantación de las artimañas del malismo en la sociedad, el hecho de que una multitud mostrara su apoyo a una persona sospechosa de un caso de corrupción habría sido algo inconcebible, y ningún asesor de ninguna escuela de comunicación previa a Trump habría recomendado la organización de semejante desvarío.

Pero no todas las congregaciones de masas malistas políticas consiguen de manera eficiente resultados tan concretos. A principios de noviembre de 2023, el PSOE y Junts ultiman los acuerdos de un pacto de investidura que incluirá una ley de amnistía para los independentistas catalanes. Sectores de la derecha ultramontana española emplazan a sus fieles a manifestarse por todo el país ante las sedes del PSOE. Sin la notificación pertinente a la Delegación del Gobierno, el llamamiento de Madrid anima directamente a asaltar la sede federal socialista situada en la calle Ferraz, convirtiéndose en el que cosecha más éxito de convocatoria, mayor repercusión mediática y más anécdotas estrafalarias. La convocatoria congrega a una variopinta multitud integrada por modos dispares de entender lo facha —nazis embozados, nostálgicos falangistas, ultracatólicos, mamarrachos con disfraces o niños bien de pelucón y fachaleco— y, quizás por eso, se revela muy contradictoria en sus actos y argumentaciones. El relato de los medios afines afirma que protestan contra una decisión que juzgan poco constitucional, pero entre las pancartas de los convocados destaca una enorme que, sobre orgulloso fondo rojigualda, reza: «La Constitución destruye la nación». Son partidarios de la organización territorial centralizada del Estado mediante la supresión de las autonomías, pero en algunas banderas españolas de diseño decimonónico han incorporado

desacomplejada y anacrónicamente el águila de dos cabezas de los Habsburgo y del Sacro Imperio Romano Germánico, una de las entidades políticas más descentralizadas de la historia de Occidente. Uno de los cánticos que corean con brío es «¡Esto es una dictadura!», pero muchos que lo braman son declarados admiradores de regímenes totalitarios que gustan de levantar el brazo para realizar repetidos saludos nazis sin reparo alguno en ser grabados en vídeo para la posteridad. Las banderas con el águila de San Juan de la sangrienta dictadura franquista son abundantes, y tampoco escasean los tatuajes con las siglas «AHTR», el acrónimo de «Adolf Hitler tenía razón». «Que quede claro que somos franquistas porque fue la mejor época que ha habido en España, y si no lo haces valer, eres un maricón», asegura un exaltado a cámara. Interpretan la ley como un indeseable golpe de Estado encubierto, pero al mismo tiempo solicitan con gritos vehementes y carteles de voluntariosa confección doméstica un «alzamiento nacional». Se dicen defensores de «la igualdad de todos los españoles», pero los lemas homófobos que señalan al diferente son constantes en sus proclamas y un reducido destacamento de pijos malotes que surge de sus filas asedia un piso cercano por lucir una bandera LGTBI en el balcón. En suma, estiman que la ley de amnistía —cuyo texto en ese momento ni siquiera se conoce— no es legal. Pero, para oponerse a tal ilegalidad, convocan una concentración ilegal —inaugurada por Esperanza Aguirre con un corte ilegal de tráfico— cuyo objetivo de asaltar la sede de un partido democrático es, obviamente, ilegal.

Las algaradas ultras de Ferraz se convierten en endémicas y diarias. Los episodios de violencia entre facciones y los torpes enfrentamientos con los antidisturbios van remitiendo según ganan protagonismo las patochadas grotescas más cercanas al teatro aficionado de calle que a la demostración política. Durante un par de meses hay reparto gratuito de pinchos de tortilla, delirantes enarbolamientos de muñecas hinchables, desfile habitual de *cosplayers* e intercambio de virus mediante el besuqueado colectivo de una figura de escayola del niño Jesús. Un día se instala un puesto con una poco meditada doble finalidad: regala chuches a los niños y, además, ante las extrañadas miradas infantiles, también exhibe

generosas rayas de cocaína de atrezo que, al parecer, pretenden denunciar hipotéticos excesos socialistas. Otro establecimiento improvisado administra combinados alcohólicos y utiliza como reclamo publicitario un rótulo con el ingenioso eslogan «Ron con limón, Marlaska maricón». Al llegar el fin de año, la Nochevieja se celebra con el ahorcamiento y posterior aporreo con estacas de un muñeco que representa a Sánchez. El Partido Socialista presenta una denuncia por presunto delito de odio, pero esta es desestimada mes y medio después por la jueza Concepción Jerez porque, según ella, la imagen de «un varón unicejo, con orejas prominentes y nariz larga no reproduce la imagen del presidente del Gobierno». La función es retransmitida en directo por notorios medios de desinformación y bulla regre.

Como sabe cualquiera que haya participado en una guerra de ediciones en la Wikipedia, en un enfrentamiento entre diversas posturas irreconciliables, quienes ganan siempre son aquellos que disponen de más energía y, sobre todo, de más tiempo libre para dedicar a la disputa. Es decir, los más pesados. Y pocos individuos más pesados que los fanáticos religiosos. En consecuencia, los elementos de la extrema derecha menos devota, frustrados por el cariz demasiado caricaturesco que ha tomado el espectáculo y conscientes del rotundo fracaso en sus desmedidos objetivos iniciales, van dejando de acudir a la cita diaria. El sector ultracatólico se erige vencedor por desgaste. Las protestas acaban estabilizándose en un pintoresco y diario rezo callejero del rosario, conducido por un repelente niño Vicente armado con un megáfono como maestro de ceremonias, ante un escaso medio centenar de participantes con banderas de España fabricadas en China atadas al cuello a modo de capa.

Del «que te vote Txapote» al «me gusta la fruta»

Comunicación política malista

Durante la campaña de las elecciones generales de 2023 del Reino de España, la inmensa mayoría de las encuestas —y otros artefactos pseudodemoscópicos de menor credibilidad y coste que nos intentan colar como encuestas— pronosticaban que Alberto Núñez Feijóo, candidato del Partido Popular, obtendría una victoria aplastante que lo alzaría a la presidencia del Gobierno. Esta perspectiva, que luego se reveló poco realista, convenció incluso a los dos principales candidatos y ambos decidieron invertir las tradicionales posturas de defensa y ataque que, por lógica, habrían correspondido respectivamente a presidente y aspirante. Pedro Sánchez, en plena ofensiva, propuso nada más y nada menos que seis debates a dos al candidato Feijóo. Este, muy a la defensiva, en un principio rechazó los seis, tal y como había hecho con todas las demás propuestas de debates a tres o cuatro con otras fuerzas políticas, pero finalmente cedió a disputar uno con Sánchez si le dejaban jugarlo en casa. Es decir, en una cadena de televisión de su cuerda, con un presentador afecto y bajo algún otro condicionante de menor envergadura. Sánchez aceptó todas las imposiciones.

El día del debate, Feijóo sorprendió con una técnica dialéctica denominada ametralladora de falacias, también bautizada como «galope de Gish» por la antropóloga Eugenie Scott en referencia a la forma marrullera de discutir del creacionista Duane Gish. La estrategia consiste en apabullar con la mayor cantidad de argumentos posibles sin preocuparse por si estos son inexactos, tergiversaciones o trolas como una catedral. De esta forma, el

oponente se ve obligado a malgastar su turno de palabra en intentar refutarlos, en vez de poder plantear los suyos.

Algunos analistas políticos señalaron en los medios que Sánchez también había mentido algo, pero ninguno negó que Feijóo había soltado una cantidad de patrañas descomunal, jamás antes escuchada en boca de un solo candidato electoral en tan poca cantidad de tiempo. Pese a ello, con independencia de su afiliación ideológica, todos ellos estuvieron de acuerdo en una cosa: Feijóo había ganado el debate. Sánchez había mostrado un patente desconcierto y había sido incapaz de reconducir la embrollada refriega verbal hacia un intercambio de ideas cabal. Ergo había perdido. Es como si en un combate por un título de boxeo, el aspirante atizara al adversario con un bate de béisbol y todos los comentaristas deportivos le otorgaran la victoria por el colapso de su contrincante, sin reparar en los métodos utilizados. En la nueva percepción malista de la pelotera política no se descalifica al tramposo. Mentir es solo una herramienta más: gana quien reparte más fuerte.

Pero ¿cómo llegamos a esa inaudita situación del tramo final de la campaña de las elecciones generales del 23-J en la que mentir en un debate electoral no penaliza? Retrocedamos unos meses. En septiembre de 2022, Joaquín Corchero, fotógrafo de la Agencia Europa Press Andalucía, capta un instante de una visita de Pedro Sánchez al sevillano barrio de Pino Montano. El presidente conversa con un nutrido grupo de alegres seguidoras que lo rodean y no es consciente de que, dos metros por detrás, un individuo con camisa blanca de manga corta y un silbato verde fosforito en la boca alza con sus dos manos un pequeño cartel con una frase escrita a rotulador: «QUE TE VOTE TXAPOTE». Pocos días después, en una rueda de prensa de Vox en su propia sede, la instantánea se proyecta como fondo de la acostumbrada homilía catastrofista con la peculiar voz atiplada de su portavoz, Jorge Buxadé, pero obtiene una repercusión limitada.

Ya en enero de 2023, un equipo del programa matinal *Hablando claro* de RTVE acude a Cazalegas, provincia de Toledo, por una

polémica local. El ayuntamiento ha contratado a una empresa privada para que se encargue de la gestión de los radares de detección de exceso de velocidad en la zona y, partiendo de estos datos, el municipio sanciona a los infractores. La legalidad de la privatización de este proceso es dudosa y, al parecer, un vecino quiere dar su opinión sobre el asunto. Se llama Chema y, con chamarra marrón claro, gorra gris de cazador y bufanda roja, espera rígido al reportero. Sostiene en su pecho un papel con algo impreso del que sobresale, agarrado por su mano derecha, la cámara de un móvil blanco. Así se desarrolla su intervención, cuya transcripción, por su evidente naturaleza teatral, voy a permitirme formatear como un texto dramático:

REPORTERO

[...] y eres el que pregunta que si eso es legal. Es la pregunta que se hacen todos los vecinos. Aquí tienes una multa. Porque te multó, ¿no?

CHEMA

(Tranquilo). Que te vote Txapote, Sánchez. Que te vote Txapote.

REPORTERO

Chema, si te parece, vamos a hablar de lo que nos atañe, que es el caso del radar, porque creo que no viene al caso lo que acabas de decir. Estamos hablando de un radar, que te han multao...

CHEMA

Los medios de comunicación al servicio del pueblo.

REPORTERO

(Confundido). Bueno...

CHEMA

(Comenzando a enardecerse). ¡Que te vote Txapote, Sánchez!
¡Socialista hijo de puta! ¡Genocida! ¡Que te den por culo, Sánchez!

REPORTERO

(Dándose la vuelta hacia cámara). Bueno, creo que estamos fuera de...

CHEMA

(Ya fuera de sí, gritando por detrás del reportero). ¡Hijo de la gran puta, Pedro Sánchez! ¡Televisión Española, a la mierda todos!

REPORTERO

No creo que... A lo que hemos venido
no es a esto, evidentemente.

CHEMA

(A lo suyo, gritando por encima del reportero). ¡Hijoputa! ¡Socialista!
¡Rojo de mierda! ¡Que os follen, que te vote Txapote!

PRESENTADORA

LOURDES MALDONADO

(Desde el estudio). Dani, entendemos la situación y, bueno, eh...
Intentaremos restablecer la comunicación contigo.

Hasta aquí lo que pudo verse y escucharse en la emisión en directo.
Pero el móvil de Chema ha seguido grabando unos segundos más y
capta su propio discurso íntegro.

CHEMA

*(Dirigiéndose al reportero y demás trabajadores de su equipo. Se
desgañita).* ¡Ja, ja, ja! ¡Que os follen, hijos de puta!

*(Cambia súbitamente de voz y, en un aparte, se dirige a alguien fuera
de plano, quizás una conocida).* Gracias, Yaiza, encantado.

(Vuelve de sopetón otra vez al alarido mientras se aleja del lugar).

¡No te acerques a mí, hijo de puta de la tele! ¡Te mato a hostias!

¡Fuera de mi puto pueblo! ¡Os mato a los dos a hostias!

¡Chupasangres, hijos de puta, manipuladores!

Una vez divulgado en las redes por el propio autor, este *happening* ultraderechista es recibido con júbilo en la fachosfera. «Chema» resulta ser Chema de la Cierva, uno de los tres hijos del pseudohistoriador, político y censor jefe franquista Ricardo de la Cierva. «Mi padre está orgulloso de mí en el cielo», alega a *El Mundo* en una extensa entrevista. El lema, cuya creación se le atribuye ahora a Chema por error, comienza a extenderse. De momento, eso sí, solo por entornos muy ultras. Durante unos días, hasta los miembros más radicalizados del PP se contienen de utilizarlo. Al fin y al cabo, no parece de recibo que un partido con autoproclamado sentido de Estado, por muy de derechas que sea, se sirva del nombre de un etarra como gancho propagandístico.

Es entonces cuando, en febrero de 2023, la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, finaliza una intervención en la Asamblea con un «Y sí, señorías, creo que lo único que me queda por decirles es... que les vote Txapote». Todo su grupo aplaude con ganas. Ella misma tuitea un extracto en vídeo de su diatriba que incluye ese instante. La destacada cabecilla del PP más trumpista acaba de dar el beneplácito para que cargos y militantes de su partido, como Bea Fanjul o Rafa Hernando, comiencen a utilizar a discreción la consigna arrebatada a Vox.

La nueva salida de tiesto de Ayuso suscita reacciones de repulsa de distintos colectivos. La Fundación Buesa declara: «Txapote fue uno de los miembros de ETA condenados por asesinar a Fernando Buesa, miembro del PSOE y, en aquel momento, portavoz de los socialistas vascos en el Parlamento Vasco. Por favor, pedimos respeto hacia las víctimas, hacia sus familias y hacia los partidos a los que pertenecían». Consuelo Ordóñez, la presidenta del Colectivo de Víctimas del Terrorismo, asegura: «Las víctimas merecemos ser tratadas con respeto, banalizar con un *hashtag* al asesino de tantos inocentes, entre ellos de mi hermano Gregorio Ordóñez, demuestra su falta de principios y lo poco que le importamos».

Da lo mismo. Las elecciones municipales —y autonómicas en varios territorios— se aproximan: son el 28 de mayo. Los acólitos de la presidenta han tomado buena nota de que disfrutan de licencia para su uso y no van a dejar que unas víctimas de ETA les agüen la fiesta de la democracia con trabas buenistas. En Castilla-La Mancha, el PP contrata furgonetas publicitarias con un montaje de los semblantes de Otegi, García-Page y Sánchez sobre fondo blanco y en grandes letras rojas una variación en plural del lema: «QUE OS VOTE TXAPOTE».

Judith Piquet, que se presenta a la alcaldía de Alcalá de Henares, utiliza en un mitin la coletilla en presencia de importantes líderes del partido como Rajoy, que aplaude entusiasmado. Judith recaba menos votos que el PSOE en esas elecciones, pero pacta feliz con la ultraderecha para lograr la alcaldía. Algo así sucede en muchos Gobiernos municipales y de comunidades. La derecha ha logrado mejorar sus representaciones locales y regionales con una campaña

rastrera que ha conseguido escamotear de la conversación política los problemas específicos de cada territorio por una fullera batalla cultural centrada en cuestiones estatales.

Cuando Pedro Sánchez convoca elecciones generales inesperada y repentinamente para el 23 de julio, en la derecha es palmario el convencimiento de que su orientación argumental debe ahondar en la misma estrategia de gresca en el barrizal con la que alcanzaron el éxito en las municipales. Miembros de las Nuevas Generaciones del Partido Popular de Rivas-Vaciamadrid lucen en sus redes sociales camisetas azul PP en las que una franja con la bandera de España se ha incorporado a la consigna que menciona al famoso miembro de ETA. Para junio ya se han comercializado con la susodicha expresión gorras, cuadernos, vinos de Madrid, cervezas, cojines, tazas, fundas de móvil, velas perfumadas, pegatinas o calcetines. En las descripciones de estos objetos en las tiendas *online* en las que se pueden adquirir remarcan mucho la condición de artículos «divertidos». En Madrid, un comercio denominado La Tienda del Humor se especializa en ellos. Su responsable, Antonio Durán Piñero, más conocido por ser también el propietario de la cadena La Tienda del Espía, presenta solicitud el 12 de junio en la Oficina Española de Patentes y Marcas para el registro de la frase «Que te vote Txapote». Nunca el nombre de un etarra estuvo impreso en tantos productos comerciales. La *txapotemanía* ya está aquí. El PP ha convertido a Txapote en una moda. *Cayetaners* piripis asaltan a reporteras callejeras en retransmisiones en directo de fiestas populares, como los Sanfermines, para soltar la gracia en la tele. Alguien incorpora al eslogan facha la pegadiza melodía de «Seven Nation Army», del grupo de Detroit The White Stripes, y se corea entre risas en cualquier situación en la que se reúna un grupo de gente borracha con ganas de pasárselo bien: bodas, corridas de toros, viajes de excursión a ver al papa... Vídeos caseros de todas esas situaciones se difunden en medios de comunicación y redes sociales. Javier de Andrés, el cabeza de lista del PP al Congreso por Álava, afirma en el programa *Hoy por hoy* de Vitoria-Gasteiz: «“Que te vote Txapote” es un lema del pueblo». Algunas víctimas del terrorismo, entre las que los periódicos destacan a Marimar Blanco y

Federico Jiménez Losantos, sí que apoyan el uso del cántico. En su defensa, firman un manifiesto promovido por la asociación «Dignidad y Justicia» de Daniel Portero, víctima y diputado del PP en la Asamblea de Madrid.

El éxito es tal que surgen versiones y reformulaciones. Para diferenciarse de la frase, que ya se identifica como más propia del PP que de Vox, Santiago Abascal intenta probar suerte en varios mítines con «Que te vote Txapote y Mohammed». No tiene éxito. Desde el lado opuesto ideológico se intenta lanzar como contraataque el parafraseo «Que te vote Tomasote», en referencia al hermano comisionista de la presidenta Ayuso. Tampoco prospera demasiado.

Tras el marrullero debate a dos, por fin llegan las elecciones generales del día 23 de julio de 2023. El recuento deviene en un jarro de agua fría para todos aquellos que habían confiado demasiado en las previsiones demoscópicas. En especial, para el candidato del PP, que debe salir al balcón de la sede del partido en Génova para intentar explicar el resultado. Durante unos minutos no consigue empezar a hablar porque los militantes allí congregados corean enfurecidos y acusadores, en un bucle insistente, el «Que te vote Txapote». Feijóo, con un hilo de voz temblorosa apenas perceptible bajo el estruendo del *txapoteo*, suplica: «A mí no, a Sánchez, a mí no».

Pocos días después, en un alegato ante los diputados y senadores, Feijóo, que en las semanas siguientes intentará cosechar apoyos para su investidura con un perfil menos agresivo que el adoptado durante la campaña, asevera categórico: «Estamos aquí para ser una excepción a la política maleducada y descortés que se lleva en España. Las formas son la garantía de las cosas». La *txapotemanía* va dejando de estar de moda.

Feijóo no consigue recabar los apoyos necesarios para ser investido en septiembre y llega el turno del candidato socialista. El 15 de noviembre de 2023, durante la primera jornada del debate de su investidura en el Congreso, Pedro Sánchez recuerda el episodio de la defenestración de Pablo Casado a manos de Isabel Díaz Ayuso del

que se habló en el capítulo anterior. Una cámara enfoca a la presidenta madrileña, que se encuentra en la zona de invitados. Molesta, mientras niega con la cabeza en señal de desaprobación, demasiado bajito para que lo capten los micrófonos, pero entendible de forma cristalina a través del movimiento de sus labios, parece decir muy claro: «HIJO DE PUTA». Los medios solicitan explicaciones al gabinete de la presidenta autonómica, cuyos integrantes responden aplicando una estricta táctica malista que, a estas alturas, ya no sorprende a nadie. No piden disculpas, no niegan los hechos. Reconocen el insulto y, de paso, lo apoyan con contundencia. «Es lo mínimo que se merece el candidato a la presidencia del Gobierno», sentencian. Pocas horas después, Ayuso en persona, en un discurso en el pleno de la Asamblea de Madrid, corrige a su propio equipo y afirma que lo que ella dijo entre dientes fue: «Me gusta la fruta». La ocurrencia naíf alcanza cierta repercusión por lo disparatado que resulta que un cargo político de su nivel suelte en un Parlamento autonómico una majadería infantil de semejante calibre.

En una manifestación *random* facha celebrada dos días después ya se ven afiliados y cargos del partido luciendo prendas personalizadas con el nuevo lema faltón. Noelia Núñez, portavoz del PP de Fuenlabrada, sube a sus redes sociales una fotografía de ella misma exhibiendo una camiseta en la que destaca un «ME GUSTA LA FRUTA». Su diseño con tipografía azul sobre fondo blanco respeta la identidad gráfica del partido, pero también incorpora un perturbador corazón cutrongo compuesto por coloridas piezas de fruta, al modo de un Arcimboldo de AliExpress. Noelia te llama hijo de puta, pero con amor y Microsoft Paint.

Muchos políticos del Partido Popular y sus medios afines sienten que ha surgido una nueva matraca con la que importunar al adversario ideológico y la promocionan en la medida de sus posibilidades. La ceremonia cumbre de la multitudinaria cena de Navidad de ese año del Partido Popular de Madrid, celebrada en un pabellón de la Casa de Campo, consiste en el reparto de desmesuradas cestas de fruta a cuatro afiliados: el más joven, la última inscrita, la de mayor edad y el que llevaba más tiempo registrado. Uno a uno van subiendo al escenario a recoger su regalo

y fotografiarse en poses divertidas junto a Ayuso, Feijóo, Almeida, la secretaria general del partido Cuca Gamarra y las mencionadas cestas de fruta. El mensaje del reportaje gráfico es confuso: no se sabe muy bien quién está ahí llamando hijo de puta a quién, pero esa misma semana, en una entrevista radiofónica, Pedro Sánchez expone su malestar por la felicidad exhibida por el líder de la oposición durante el espectáculo frutal. Cuando los periodistas solicitan a Alberto Núñez Feijóo una reacción a esas declaraciones concluye: «Esta es la censura de Sánchez».

En la web de Telemadrid, uno de los medios públicos controlados políticamente por el Gobierno de Ayuso, se publica un fantasioso artículo titulado «El “Me gusta la fruta” de Ayuso se hace viral» en el que aseguran: «La expresión “Me gusta la fruta” ha tenido tanto eco que muchos ciudadanos, en señal de respaldo a las palabras de Ayuso hacia Pedro Sánchez, han empezado a mandar cestas de fruta a la Real Casa de Correos, sede del Gobierno madrileño. Además, se ha disparado la venta de frutas e incluso de camisetas y sudaderas que un comercio madrileño ha empezado a vender. Ya han recibido 15.000 pedidos en tres días».

Pero la nueva cantinela ha nacido con un error de base que no había sido detectado por sus paladines: permite la bidireccionalidad de su uso. A principios de diciembre de 2023 se produce un rifirrafe dialéctico en la red social antes llamada Twitter entre Ayuso y Óscar Puente, ministro de Transportes y Movilidad Sostenible. La primera achaca a la «despreocupación de Sánchez» el extraño descarrilamiento de dos trenes en muy corto espacio de tiempo —los días 25 de noviembre y 5 de diciembre—, ambos a la entrada de la estación de Atocha y sin consecuencias graves, pero que obligaron a interrumpir la circulación de unas cuantas líneas de Cercanías durante varias horas. El segundo, en alusión a los derrumbes producidos por la catastrófica línea 7 del metro madrileño, responde a Ayuso lo siguiente: «Tranquila Presidenta. Céntrate en construir líneas de metro sin derribar las casas de nadie, que de los problemas que tenga la red de cercanías de Madrid ya se ocupa el Gobierno de España». Pese a que estamos más que acostumbrados al uso del tono y lenguaje coloquial sobrado entre políticos de derechas

durante los últimos tiempos malistas, no suele ser tan común ese proceder entre políticos socialistas con cargos de una cierta importancia, y menos en redes sociales. Algunos usuarios, en general maleducados y de derechas, se sorprenden y consideran inoportuno que un ministro se exprese en ese lugar de ese modo, y así se lo hacen saber con citas y réplicas a su tuit. Algunos de forma contenida, otros con insultos ligeros o graves. Sorprendentemente, el ministro responde a una docena y media de ellos con un «Me gusta la fruta» y variaciones como «A mí también me gusta la fruta» o «Me gusta la fruta muchísimo». Cualquier otra queja indignada a estas palabras puede responderse de nuevo con la misma fórmula. Jaque mate. La utilización de la ofensa desde la derecha ha sido desactivada. Al malograr su condición de uso exclusivo por parte de una camarilla ideológica determinada, el lema pierde su sentido de identificación y, con él, toda su fuerza.

Tras estos acontecimientos, la popularidad de ambos eslóganes se desvanece y solo emergen ya puntualmente en escenarios fanáticos desactualizados de relevancia residual o en canales de desinformación ultra como el Twitter de Miguel Ángel Rodríguez.

Nazis del misterio

De la izquierda mística demenciada a la ultraderecha
freak conspiranoica

Durante la larga marcha del aparente rechazo social generalizado a la extrema derecha española, los nostálgicos del régimen franquista y los admiradores de otras dictaduras militares tuvieron que refugiarse en entornos permisivos con seres de su naturaleza como gimnasios, tiendas de maquetas, clubs de juegos de mesa de estrategia, campos de fútbol y revistas de parapsicología. Espacios en los que no se veían mal intereses tales como cultivar el músculo, pintar en figuritas de plástico esos uniformes tan chulos que diseñó Hugo Boss para las SS, ejecutar pequeñas *Blitzkriege* sobre tableros, sacudirse con los seguidores de un equipo contrario o interesarse por la visita a Montserrat de Himmler en busca del Santo Grial. A veces, los más nazis exponían exteriormente su ideología en formato *skin* y se juntaban para divertirse repartiendo palizas callejeras. Pero al día siguiente de la razia sectaria o racista, que ellos denominaban «cacería», ya sin la protección del grupo, volvían a camuflar su condición en sus puestos de trabajo en los negocios familiares o en sus academias de oposiciones a policías.

Mientras tanto, el grueso de los adeptos a las pseudociencias, conspiraciones, terapias alternativas, tarots, *ouijas*, fantasmas y magias diversas se desenvolvían con mayor naturalidad en la sociedad. Como la eclosión de estas materias corrió paralela a la llegada de nuevas libertades tras la muerte del dictador —al igual que sucedió con las drogas, el juego o el destape—, se asociaron falsa pero intuitivamente a un concepto difuso de izquierda política. Si llevabas el pelo largo, veías pelis de señoras desnudas, fumabas

porros, te interesaba el Triángulo de las Bermudas y eras devoto de las flores de Bach, se consideraba que muy de derechas no podías ser. Al fin y al cabo, solo unos años antes, en esa etapa supuestamente pacífica que dicen añorar ahora algunos que no la vivieron, si hacías gala de tales aficiones, cualquier funcionario de la policía armada podía abrirte la cabeza sin pensárselo dos veces.

De la aleación de estos dos elementos clásicos de la transición —el criptonazi y el amante del misterio— deviene el nazi del misterio, de rabiosa actualidad. Si te crees la intervención extraterrestre en el trazado de las líneas de Nazca, las virtudes de la homeopatía, el prodigio de las caras de Bélmez, el monstruo del lago Ness o los alienígenas de Roswell, tampoco parece difícil que, a continuación, te tragues el plan Kalergi, que la Guerra Civil empezó en el 34, que el 11M fue ETA, que el Holocausto no existió, que el Gobierno socialista destruye presas de agua para incrementar los efectos de la sequía o que Irene Montero desea legalizar la pederastia. La pulsión ibérica a imitar todo lo que proceda de Estados Unidos ha tenido mucho que ver en la configuración de esta colectividad. La influencia de doctrinas conspiranoicas como QAnon y sus estrategias de divulgación de bulos han tenido una importancia decisiva. Pero la particular eclosión de los nazis del misterio patrios es el culmen de un proceso gradual en el que han intervenido factores también internos. Tres relevantes acontecimientos sociopolíticos autóctonos conforman, a mi parecer, decisivos puntos de inflexión en su desarrollo:

Uno: el 15M.

En 2011, algunas de las acampadas indignadas de este movimiento en numerosas plazas de las ciudades del Estado se transforman en asambleas populares abiertas organizadas en comisiones. La estructura horizontal y abierta de estos encuentros posibilita la explosión de ideas de participación social imaginativas que cuajarán en la práctica en iniciativas muy variadas, algunas de ellas con trascendencia indudable, como las distintas mareas sectoriales, la plataforma 15MpaRato o el partido Podemos, que llegará a formar parte del Gobierno del país. Pero en estas

asambleas se visibilizan también camarillas de tendencia pseudomagufa que comienzan a chirriar incluso en medio de la gran holgura ideológica y la multiplicidad de agentes que acogen las acampadas. En las chanzas que se escuchan sobre el terreno, en las comisiones de ciencia o en los blogs de científicos escépticos relacionados con el 15M se percibe que la integración de los partidarios de las pseudociencias es problemática. No son ya tan bien tolerados como lo habían sido tradicionalmente en anteriores experiencias colectivas de autogestión de inclinación autónoma o de izquierda imprecisa, como centros sociales okupados, ferias ecologistas, fanzines *underground* o manifestaciones de espectro amplio. El «Grupo de Trabajo de Amor y Espiritualidad» de Sol, que propone un difuso «cambio de conciencia global», es mirado con recelo. Llega a recibir acusaciones de estar infiltrado por el oscuro Partido Humanista, brazo político de El Mensaje de Silo, organización calificada como secta en varios países. La histórica alianza no escrita entre lo acientífico y lo izquierdista se evidencia resquebrajada.

Dos: el *procés*.

Durante el complejísimo e intrincado proceso soberanista catalán entre 2012 y 2022 se apelonan declaraciones, leyes, contraleyes, sucesos, desórdenes y reparto de hostias. La reacción del nacionalismo español ante estos acontecimientos incluye banderas de España en los balcones de viviendas particulares y un resurgimiento del rancio orgullo ultraderechista en muchos territorios del Estado. Según la Fiscalía de Barcelona, solo en 2013 se denuncian 243 delitos de odio y discriminación debidos a agresiones de ultras. A los medios de comunicación solo llegan algunos casos concretos. Como cuando en 2013, neonazis pertenecientes a las agrupaciones de extrema derecha Alianza Nacional, FE-La Falange y Democracia Nacional asaltan la librería catalana Blanquerna de Madrid durante un acto conmemorativo de la Diada catalana. O como cuando en 2017, durante las movilizaciones convocadas por la Comissió 9 d'Octubre del día de la Comunidad Valenciana, bandas de neonazis pertenecientes al

partido España 2000 agreden salvajemente a los participantes. Se hace evidente que la extrema derecha va saliendo cada vez más del armario. Sus prosélitos ya no se molestan en encubrir su condición autodenominándose liberales. Tras la convocatoria del referéndum del 1 de octubre de 2017 por parte del Ejecutivo catalán y la posterior proclamación de la fugaz República Catalana, el Gobierno de Mariano Rajoy aplica el artículo 155 de la Constitución en la nacionalidad histórica de Cataluña. Vox se persona como acusación popular contra el antiguo Ejecutivo autonómico. En 2018 se descalabra la meritoria excepción que había sido el Estado español al progresivo aumento de la representación institucional de la ultraderecha en Europa. Vox, la escisión de la rama más extremista del Partido Popular, creada solo cinco años antes, entra en el Parlamento andaluz con doce escaños.

Tres: la pandemia.

El 14 de marzo de 2020, el Gobierno del Reino de España presidido por Pedro Sánchez decreta el primer estado de alarma con motivo de la pandemia de COVID-19 y promulga el llamado confinamiento. Tras una larga desescalada por fases, la sexta y última prórroga del estado de alarma no se levanta hasta junio, cuando distintos tipos de vacunas de procedencias variadas empiezan a vislumbrarse ya como viables en seres humanos.

Ese mismo mes, el cantante Miguel Bosé publica un hilo en su cuenta de Twitter de cinco tuits de extensión en los que acusa al presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, de ser cómplice de un plan «macabro y supremacista» promovido por la fundación de Bill y Melinda Gates consistente en convencer de la existencia de una falsa pandemia para poder implantar microchips y nanobots disfrazados de vacunas a toda la población. En sus propias palabras: «Llevada a cabo esta fase, y una vez que activen la red 5G, clave en esta operación de dominio global, seremos borregos a su merced y necesidades». El domingo 16 de agosto del mismo año se convoca una manifestación en la madrileña Plaza de Colón contra las medidas de contención del virus en nuestras relaciones

sociales decididas por el Gobierno para luchar contra el coronavirus. El intérprete de *Amante bandido* ha anunciado su presencia. Entre los congregados, que no respetan la distancia social ni la obligatoriedad del uso de mascarillas, también se encuentra la conocida poeta y fotógrafa de la movida Ouka Leele. No es la primera convocatoria callejera autóctona que se declara antivacunas, pero sí la que consigue mayor repercusión mediática hasta entonces por reunir una asistencia considerable: entre 2.500 y 3.000 personas, según la Delegación del Gobierno. El individuo que comunicó por escrito a la autoridad gubernativa la concentración y la difundió a través de su canal de YouTube *Revelión en la granja* (sic) se llama Fernando Vizcaíno Carles. Es profesor de yoga y acroyoga, astropsicólogo, organizador de talleres «para el desarrollo de la intuición y sensibilidad energética» y escritor de libros como *El gran mapa de consciencia del amor y relaciones* o *El puente de la atención. La atención como un puente para la energía*. Todavía se avistan muy pocas banderas monárquicas o preconstitucionales, frecuentes en las caceroladas de cayetanos que habían comenzado en mayo en la calle Núñez de Balboa, pero que remitieron en cuanto se permitieron los desplazamientos y los pijos pudieron largarse a sus segundas viviendas. Nadie exhibe orgulloso tatuajes nazis con *Totenkopfs*, *wolfsangels* o soles negros. Ni siquiera hay cruces de Borgoña ni fachalecos. Tampoco se escuchan declaraciones de sus portavoces con *dog whistles* fascistas colocados oportunamente en un discurso que habla de libertades individuales. Sin embargo, la convocatoria no podría confundirse ya con una promovida por el candoroso «Grupo de Trabajo de Amor y Espiritualidad» de la acampada de Sol. Los reunidos portan carteles con leyendas como «EL DIÓXIDO DE CLORO CURA EL COVID-19», «SICOPLANDEMIA TERRORISTA» o «CORONA TIMO», pero un tipo con una gorra despliega también un estandarte de la campaña electoral de Trump que dice «KEEP AMERICA GREAT». Otro sostiene un cartel diseñado por ordenador y con ploteado profesional con la consigna «STOP AL VIRUS DEL PARTIDO COMUNISTA CHINO». Cantan lemas como «Bote, bote, bote, aquí no hay rebrote»,

«Fuera los bozales, no somos animales» o «Illa, Illa, Illa, fuera mascarillas», en referencia al ministro de Sanidad de entonces. Aunque también vociferan otros más belicosos como «El masón al paredón», «La vacuna de Bill Gates, por el culo os la metéis» o «Satanás, no vencerás». Además, insultan y hacen peinetas a periodistas y curiosos ajenos a su colectivo. Se palpa agresividad en el ambiente. Algunos hasta mantienen determinadas estéticas jipis características de los partidarios tradicionales de las paraciencias, como pelos largos y vestidos de flores, pero ya no se muestran tan pacíficos. En un momento dado, varios antivacunas zarandean violentamente a un equipo de trabajadores de TVE y lanzan escupitajos a su cámara. El giro es ya patente. El viaje de los amigos del misterio desde la paraciencia espiritual perroflauta a la iracundia facha es un hecho. A partir de este momento, todas las manifestaciones vernáculas de la extrema derecha plantean consignas conspiranoicas, y todas las manifestaciones antivacunas o negacionistas son ultras. De hecho, son ya prácticamente lo mismo.

Por supuesto, siguen existiendo personas no demenciadas que se oponen más o menos razonadamente a administrarse ciertas vacunas porque estiman la probabilidad de sus riesgos más alta de lo deseable. También quedan algunos aficionados al universo de «lo desconocido» sin inclinaciones políticas extremistas que lo consumen por intereses sociales, culturales o de simple entretenimiento. Y, sin duda, hay nazis que no son amigos del misterio. Pero el conjunto de la intersección entre los nazis y los amigos del misterio es tan prominente que lo paranormal y lo fascista, en vez de dos escenas, parecen ya solo una. Raro es ya el *podcast*, canal de YouTube o programa de televisión teóricamente especializado en la parapsicología apolítica tradicional que no se haya reformulado en propagandismo ultraderechista conspiranoico. Los más destacados desinformadores de la ciénaga de la fachosfera profunda son invitados habituales a los programas de Iker Jiménez. Y, al mismo tiempo, es difícil encontrar a un dueño de un perro con bandera de España como correa que no esté dispuesto a explicarte la teoría de

las estelas químicas, el último contubernio de Soros con las élites globalistas pedófilas del grafeno o que Begoña Gómez tiene pene.

Cualquier noticia es interpretada de forma disparatada por algunos de los miembros de la descabellada escuadra de los nazis del misterio. La erupción volcánica de La Palma de 2021 fue producida artificialmente con ondas HAARP con el objeto de desviar nuestra atención de la avalanchas de muertes producidas por las vacunas. Cuando Pedro Duque es nombrado ministro, lo apodan «el actornauta» porque creen que se trata de un intérprete dramático contratado por la NASA para que finja haber visitado la Estación Espacial Internacional. Tras la muerte de Isabel II, divulgan que la longevidad de la monarca era debida al consumo de adrenocromo, una presunta sustancia milagrosa que se extrae de la sangre de niños sacrificados y prolonga la vida humana (o reptiliana, hay debate interno). La artista serbia Marina Abramović, durante su estancia en Gijón con motivo de haber sido distinguida con el Premio Princesa de las Artes 2021, es objetivo de fervorosos escraches con crucifijos por su condición de «reconocida sacerdotisa satánica a nivel mundial». En noviembre de 2021, cientos de seguidores del movimiento QAnon se reúnen en Dallas para asistir a la esperada reaparición de John Fitzgerald Kennedy Jr., segundo hijo de JFK y Jacqueline Kennedy, que murió en un accidente de avioneta en 1999. Están convencidos de que fingió su muerte, pero que ahora va a volver y se presentará junto a Donald Trump a las elecciones de 2024. *Spoiler*: al final no aparece. En 2022, cientos de seguidores de Bolsonaro se concentran en una plaza de Brasil con sus teléfonos móviles puestos sobre sus cabezas con la intención de establecer comunicación con los extraterrestres para solicitarles que, por favor, acaben con el Gobierno de Lula.

Pero no solo propagan relatos enajenados y protagonizan chocantes acciones performativas que mueven al descojono. La incorporación del fanatismo colérico al pensamiento mágico crea monstruos. El tristemente célebre asalto violento al Capitolio de Estados Unidos el 6 de enero de 2020, en el que cinco personas resultaron muertas, no constituye un hecho aislado de ataque directo contra las instituciones democráticas. En octubre de 2021 es

detenido en Francia Rémy Daillet, antiguo político centrista que evolucionó a destacado *youtuber* antivacunas, acusado de «proyectos de golpe de Estado y otras acciones violentas». Con antecedentes por el secuestro de una niña, había reclutado a un ejército clandestino estructurado en células regionales de entrenamiento de unos trescientos miembros que incluía policías, gendarmes, militares en activo, varios médicos, un alcalde y un profesor de Química encargado de la fabricación de bombas caseras. Su minucioso complot para asaltar el Palacio del Elíseo planteaba la toma de la Asamblea Nacional, el Senado, el Ministerio de Defensa y una emisora, además de ataques a centros de vacunación, atentados contra logias masónicas, eliminación de periodistas y personalidades francesas, destrucción de antenas 5G y «ráfagas de *kalashnikov*» contra minorías étnicas. En diciembre de 2021, la policía alemana detiene a seis personas que se coordinaban en un grupo de Telegram de antivacunas y extrema derecha que planeaban asesinar a Michael Kretschmer, primer ministro del estado federal de Sajonia. En los registros se encontraron armas de fuego y ballestas. En 2022, en Alemania, las fuerzas de seguridad arrestan a veinticinco miembros de un grupo ultraderechista conspiranoico que planeaba asaltar el Bundestag, derrocar al Gobierno y atentarse contra las instituciones del Estado. Simpatizantes de movimientos como los Reichsbürger, los Querdenker o QAnon, pretendían derribar «el orden estatal existente en Alemania y sustituirlo por una forma de gobierno propia».

La relación entre la ultraderecha parlamentaria española —o sea, Vox— y los nazis del misterio es compleja. Es cierto que el PP, ahora mismo, en los territorios en que goza de mayor implantación, se ha convertido en algo así como un equipo de fútbol cuyos aficionados apoyan a pesar de saber que juegan como el culo. O como una virgen de pueblo cuyos lugareños celebran las fiestas en su honor con regocijo, aunque no sean siquiera creyentes. En esta coyuntura polarizada, es un partido al que se vota más como una forma de reafirmación identitaria que porque sus votantes sientan que de verdad representa sus ideas o defiende sus intereses. Pero, dejando

este específico comportamiento irracional a un lado, cualquier partido de cualquier ideología que aspire a llegar a un espectro amplio de votantes debe ser cauto en su programa e inconcreto en sus valoraciones, como bien deberían saber las formaciones a la izquierda del PSOE, en las que el menor desacuerdo no ya programático, sino incluso meramente organizativo, ha conducido a escisiones, desencantos y fugas a la abstención.

Respecto a este condicionante, un notable brete para Vox consiste en que, autopromocionados en términos populistas como «los que no se callan ante nada» o «los únicos que dicen de verdad lo que piensan», en la práctica han tenido que empezar muy pronto a no poder decir muchas cosas en público por miedo a perder el apoyo de su sector conspiranoico.

En julio de 2021, Macarena Olona, por aquel entonces secretaria general del grupo parlamentario Vox en el Congreso, escribe el siguiente tuit: «Pues ya está. Primera dosis. Gracias a todo el equipo del Hospital Isabel Zendal de la Comunidad de Madrid. La cara de susto es solo culpa mía. Ellos extraordinarios». Lo ilustra con una foto de ella misma recibiendo la vacuna contra el coronavirus en el hospital. Al instante, comienza a recibir airadas contestaciones provenientes de militantes del colectivo nazi del misterio de su propio partido que, en pocas horas, sumarán más de mil. Reproduzco aquí un puñado de ellas (de las que he corregido las faltas de ortografía, pero no los anacolutos): «Los cinco votos de mi familia que iban a ser destinados a Vox se quedarán en el baúl de los recuerdos. Espero que la gente vaya despertando y os mande a donde pican los pollos [emoji de zurullo]», «Me fallaste, Macarena, no te veía participando en este experimento», «¿Patria o globalismo? Está claro que habéis elegido globalismo, no tenía ninguna duda pero esta imagen lo confirma. Sois toda clase una basura globalista... Genética vendida», «Una pena, creía que no era una esclava más del NOM, supongo que ha visto el video del satánico de Bill Gates de hace años, en el que decía que había que diseñar una vacuna para reducir la población un 15 %», «Cuando te pongas malita por la inoculación, publícalo también, porfa. Gracias», «Ya se han caído todas las caretas. No me has decepcionado porque ya lo

imaginaba. Ascazo es poco a toda la clase política la que os tengo. Conmigo no contéis», «No hay mayor desilusión que cuando ves cómo te traiciona alguien que pensabas que era diferente, que lucharía por ti y tu libertad en contra del discurso único y este maldito genocidio. No solo queda Vox, de hecho, no queda nadie, estamos solos. Hasta nunca, Macarena».

Otro diputado de Vox, Juan Luis Steegmann, médico adjunto de hematología y hemoterapia en el Hospital de La Princesa, se hace conocido durante la pandemia por sus descalificaciones descarnadas contra Salvador Illa, al que llega a denominar «el ministro del coronavirus». Pero comete el pecado de animar en sus comparecencias públicas y redes sociales a vacunarse, e incluso insta al Gobierno socialcomunista a acelerar su calendario de vacunación. La jauría ultranegacionista que constituye una parte de sus votantes se lanza contra él y le perseguirá con insultos y memes durante años. Tanto Olona como Steegmann acabarán apartados de los puestos de responsabilidad que ocupaban en Vox por múltiples razones, pero, sin duda, su desgaste original procede de estos desencuentros con la conspiranoia.

El notorio pionero del malismo radiofónico, Federico Jiménez Losantos, entrevista en su programa a Santiago Abascal en septiembre de 2021 y le pregunta directamente si se ha vacunado. Si responde que no, aparecerá como un irresponsable a los ojos de sus votantes menos insensatos, y si responde que sí, despertará las iras de los místéricos. Opta por no responder. Se ciñe al relato que han diseñado sus asesores hace semanas. La postura oficial del partido es respetar «la libertad». El que quiera que se vacune y el que no, pues no. Lo significativo es que el presidente de Vox, el hombre que no tenía pelos en la lengua, se muestra tan acobardado que no se atreve a confesar en antena esta simpleza. Es paradójico: desde Vox afirman que todos los ciudadanos deben tener la libertad de decir o no decir si se han vacunado, pero solo los cargos de Vox no disponen de esa libertad, porque si confiesan que se han vacunado pueden molestar a la facción negacionista de sus votantes. El locutor, conocido por su maestría en el arte de la elaboración de motes vejatorios, bautizará a Abascal en su homilía radiofónica del

día siguiente como «Mudox», y a sus seguidores conspiranoicos, como «los bebelejías». Este último apodo hace referencia al CDS o dióxido de cloro, un falso remedio milagroso contra el coronavirus cuya ingesta Trump había hecho popular en aquellos días entre sus seguidores más crédulos provocando una ola de intoxicaciones. Comienza entonces una de las batallas de las llamadas *fachawars* entre ultras y ultras antivacunas enrabiados. Los bebelejías organizan un escrache a las puertas de la emisora portando una pancarta que dice «J. LOSANTOS TIRANO» y lanzan la campaña «APAGÓN A FEDERICO» colgando hirientes memes en la red y distribuyendo cartelería y pegatinas en las calles. Asimismo, aplican al locutor su propia medicina y, para enfatizar la acusación de haber recibido mordidas de la farmacéutica estadounidense, le adjudican el rebuscado mote de «Pfizerico Jerínguez Lostrombos». Este responde recrudesciendo los improperios en sus sermones diarios. En solo un par de ellos, estos son los calificativos que lanza a la sección antivacunas de Vox: ultracarcas, bebedores de lejía, gentuza, delincuentes comunes, cenutrios de extrema imbecilidad, imbéciles, siniestros, payasos, mugre intelectual, mendrugos, mamarrachos, ratas, asesinos, tontos, estafadores, extremistas descerebrados, nazis en paro, idiotas, basura, escoria, pirracas, virus de la bacteria de la rata, psicópatas, malignos, canallas y cucarachas. La turbia entidad Liberum, que se presenta en su página web como «asociación nacional por los derechos humanos», pero que parece otro grupúsculo más de abogados fachas que se dedican a emprender acciones judiciales a troche y moche para amedrentar a sus adversarios ideológicos, denuncia a Pfizerico por delito de odio contra «las personas que se niegan a vacunarse». En el enfrentamiento, como es costumbre en el ámbito del debate sectario malista, se cruzan todos los límites habidos y por haber. Losantos pide a Abascal que no lleve a sus hijos al colegio si sus padres no se han vacunado. Los del otro bando no se quedan atrás en la ceremonia de no respetar nada. Unos días antes de la entrevista motivo de la discordia, una compañera laboral de Losantos, la periodista Elia Rodríguez, había fallecido con solo treinta y ocho años de edad a causa de una caída en su domicilio. Como el locutor había

reconocido en una de sus pláticas haber obligado a todos sus trabajadores a vacunarse, los miserables del misterio señalan el accidente doméstico de la periodista como una tapadera, achacan su muerte a la administración de la vacuna y consideran a Losantos su asesino. Tantos años de criar cuervos acaban obteniendo espléndidos resultados.

Más allá de estrambóticas anécdotas puntuales y de las ratas peleándose por un churro con música de Linkin Park, lo relevante es que los nazis del misterio están ya influyendo palpablemente en la agenda mediática y política de nuestra sociedad. En octubre de 2023, en un pleno del Ayuntamiento de Burgos, durante el turno de preguntas de los ciudadanos, un grupo de negacionistas del cambio climático interviene con un confuso discurso. Ante el estupor de concejales y asistentes, aseguran que «los burgaleses» están siendo «envenenados» por medio de «la ingeniería climática de la Agenda 2030». Alertan de que todas las semanas escuadras de aviones lanzan «cadmio y yoduro de plata» que «rompen las nubes» para provocar «sequía, cáncer y alzhéimer». En Finlandia, uno de los ministros de extrema derecha de su Gobierno de coalición, Ville Tavio, ha hablado varias veces en el Parlamento finés sobre la teoría de la conspiración del «gran reemplazo», que afirma la existencia de un plan de «las élites» para sustituir a la población blanca por africanos, asiáticos y musulmanes. En Europa, líderes ultraderechistas como Viktor Orbán, Giorgia Meloni, Geert Wilders o Marine Le Pen, hayan tocado poder o no, suelen ser condescendientes con sus partidarios del misterio de exacto modo que lo es Abascal. No los contradicen para evitar perderlos como votantes, pero se cuidan bastante de no secundar demasiado abiertamente alguna de sus chaladuras para no ahuyentar otros apoyos de las derechas tradicionales. Ya se sabe, los Hitlers siempre van necesitados de Von Papens. En América, sin embargo, donde la corriente del fascismo esotérico goza de mayor raigambre, Trump, Bolsonaro o Bukele se han cortado menos a la hora de posicionarse junto a la frikada conspiranoica.

De cualquier manera, quizás el líder ultra que mayor afinidad ha demostrado con los nazis del misterio sea Javier Milei. Ante la presencia de los encantadísimos invitados españoles Santiago Abascal, Esperanza Aguirre y Cayetana Álvarez de Toledo, Milei es investido presidente de la nación argentina en diciembre de 2023. Según él, se presentó a las elecciones porque se lo recomendó Conan, un mastín inglés de su propiedad que murió en 2017, pero con el que conversa todos los días gracias a las habilidades paranormales de una de sus colaboradoras espirituales más cercanas, Celia Melamed, mentalista especializada en «comunicación interespecies». Sus poderes son sorprendentes; no solo puede platicar con toda clase de animales, sino que ni siquiera hace falta que dichos animales estén vivos. En su momento, además, Milei apoquinó cincuenta mil dólares a una empresa de preservación genética estadounidense para que clonase a Conan. De tal modo que ahora dispone de cinco mascotas: Murray, Milton, Robert, Lucas... y también Conan, porque aunque el afamado perraco palmase hace tantos años, Milei sigue refiriéndose a él como si no lo hubiera hecho y lo contabiliza entre sus «hijitos».

Es posible que, en un principio, la presencia de personajes estrafalarios con descabelladas invectivas nazis (con o sin misterio) en diversos programas de televisión se debiera a la simple obsesión de las cadenas por captar la atención con la finalidad de mejorar sus audiencias sin pensar en repercusiones sociales. Quizás ese interés fuera solo una consecuencia más del declive económico de la prensa, como lo es la proliferación de medios de bulos subvencionados por Administraciones públicas o la práctica del *clickbait*. El hecho es que hoy las narrativas contrafactuales o las especulaciones tronadas presentadas como argumentos son tendencia. La extrema derecha mistérica está ya tan asentada en todos los cauces que utilizamos para intentar recibir información — de las redes sociales a la televisión, pasando por nuestros grupos familiares de WhatsApp o las simples pintadas en el metro— que es muy difícil ya pasar un día entero sin recibir alguna de sus trastornadas consignas.

Un indicativo del desplazamiento del marco de debate a enloquecidos encuadres ultras es la forma en que ha cambiado en la última década nuestra percepción de algunas voces públicas conservadoras. Hemos aplaudido a Angela Merkel por ser capaz de mantener un posicionamiento ético decente ante las crisis de refugiados, a Juan Manuel de Prada por atreverse a llamar terrorismo al terrorismo sionista, a Aitor Esteban por su tono cordial en un debate parlamentario exaltado, a Josep Borrell por decir claramente que Israel ha provocado una hambruna como arma de guerra, al papa Francisco por asegurar que la homosexualidad no es delito o a Ramoncín por señalar la evidente inmoralidad de las comisiones millonarias arrampladas por el novio de Ayuso a una empresa que obtiene contratos millonarios de la Administración de la propia Ayuso. En suma, hemos rebajado tanto nuestras expectativas que nos conformamos con exposiciones de hechos objetivos y posiciones decorosas mínimas. La simple verdad sin reinterpretaciones chifladas en la conversación pública se nos antoja una singularidad que merece ser alabada, comentada y difundida. Cómo estarán las cosas para que, ante el enfrentamiento narrado unas líneas antes entre el abyecto predicador radiofónico malista por antonomasia y la descerebrada horda antivacunas, muchas personas hayamos llegado a empatizar con el primero.

En las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 2024, la agrupación electoral ultraderechista SALF (Se Acabó La Fiesta) obtiene sorpresivamente 800.763 votos y 3 eurodiputados. Su líder absoluto, Luis Pérez Fernández, más conocido en la buloesfera ultra como Alvisé, comenzó su carrera política en UPyD; más tarde, entre 2017 y 2019, fue jefe de gabinete del grupo Ciudadanos en las Cortes Valencianas —entonces encabezado por el comediante Toni Cantó— y, al estallar la pandemia en 2020, parecía haber acabado su proceso de radicalización establecido en la órbita ideológica de Vox. Pero en 2021, en el contexto de las *fachawars* internas explicadas unos párrafos antes, se posiciona en el bando antivacunas, acusa al diputado de Vox Juan Luis Steegmann de haber cobrado sumas millonarias de las farmacéuticas a cambio de

promocionar «la aplicación masiva de vacunas en fase III experimental» y materializa su ruptura con ese partido.

Un estudio demoscópico aparecido en el periódico *El País* revela que la mitad de los votantes de SALF en las elecciones europeas de 2024 habían confiado su voto a Vox en las generales de 2023. No está claro si Alvisé es un nazi del misterio por convicción o por conveniencia, pero es obvio que ha sabido captar un enorme filón de votos procedente de ese sector conspiranoico que no se sentía cómodo en la ultraderechita cobarde de Abascal.

Las redes del malismo telemático

Troles, bots, *influencers* andorranos y agencias de reputación

Las primeras BBS (Bulletin Board Systems) fueron puntos de encuentro virtuales anteriores a la llegada de internet. Sus miembros accedían directamente con un ordenador y un módem, a través de una llamada telefónica, a un disco duro central en el que estaba instalado un programa que, mediante una interfaz gráfica de carpetas, les permitía intercambiar *software*, imágenes o mensajes con otros usuarios registrados. Es cierto que en ellas siempre podías toparte con alguien un poco pasado de vueltas, pero más tarde, en una quedada *bebesera*, lo conocías en persona y no era tan chalado como aparentaba en sus interacciones telemáticas. Ofrecer a los demás una versión retocada de tu propia personalidad era posible en un sistema de comunicación en el que no era necesario mostrar a los demás ni tu cara ni tu cuerpo ni tu voz. Y aquellos usuarios temerosos de afrontar las reacciones de las personas en el espacio físico podían preferir adoptar versiones cibernéticas más chulescas de ellos mismos en uno intangible con menos riesgos. Sin embargo, al menos en las BBS autóctonas que yo conocí, fueran de pago o no, era obligatorio confiar tus datos personales al responsable del servicio y, a menudo, revelar tu nombre auténtico en los propios mensajes que se dejaban en las carpetas, por lo que la propagación de bulos a sabiendas o la estafa no eran todavía comportamientos relevantes en esos entornos. Para la aparición del trol puro que actúa desde la relativa impunidad de su anonimato habría que esperar a la llegada del IRC y los grupos de noticias de Usenet. Es decir, a los chats y los foros.

Durante el gran auge de los blogs de principios de este siglo, los troles se convierten ya en una considerable contrariedad en los sistemas de comentarios. Dediqué mi primera bitácora internetera a cuestiones relacionadas con mi carrera profesional: convocatorias de presentaciones de libros de historietas, anuncios de estrenos de obras de teatro o avisos sobre mis colaboraciones de ilustración para distintos medios. Muy temerariamente, decidí no moderar ninguna intervención de los lectores, aunque fuera anónima, porque no me parecía adecuado imponer lo que en aquel entonces todavía malentendíamos como censura. Una de las razones para ofrecer ese espacio era la interacción directa y libre con los seguidores de mi trabajo. Si alguno opinaba mal de algo que yo había hecho, mantenía algún desacuerdo conmigo en cualquier tema o incluso me quería insultar, su aportación incluso otorgaba mayor credibilidad a la sección que si esta hubiera recogido solo pareceres elogiosos. Entonces, algunos de mis odiadores asiduos a mi blog repararon en esta barra libre y fueron subiendo el nivel de las agresiones verbales y los bulos personalizados. Cuando uno de ellos escribió en un comentario: «Te he visto por la calle en Vitoria dando *goras* a ETA», no comprendí mucho los motivos que llevan a alguien a emplear tanto tiempo y energías en intentar arruinarle la vida a otra persona, pero sí concluí que no tenía sentido responder a mensajes de esta naturaleza. Necesitaba aplicar alguna técnica de moderación. El bloqueo de las IP funcionó bien en un principio porque había troles que comentaban a diario bajo muchos alias, pero no eran demasiados. El problema fue que, frustrados por no haber podido publicar sus barbaridades desde su casa o trabajo, se rebotaban más y acudían a cibercafés para poder hacerlo con saña redoblada. El procedimiento más eficaz fue el llamado *shadow banning* o supresión en la sombra, de forma que el trol proveniente de determinadas IP podía leer su ofensa después de enviada y creer que había sido publicada, cuando en realidad solo él era capaz de verla. Pero su eficacia disminuyó cuando se extendió el uso de internet en dispositivos móviles cuya IP iba variando según su punto de conexión. Los periódicos digitales acabaron viéndose obligados a

imponer el registro obligatorio de los usuarios que quisieran participar en los comentarios de sus noticias.

En todos esos canales, las distintas modalidades de trol se fueron diversificando y perfeccionando en paralelo al desarrollo de los métodos de intentar combatirlos. De manera que cuando las redes sociales aparecieron y mataron a las estrellas de los blogs, la práctica estaba tan evolucionada que ya se había convertido en profesión. En 2020, el diccionario de la RAE añadió a su única definición de trol —que aludía solo al ser maligno de la mitología escandinava— una nueva: «En foros de internet y redes sociales, usuario que publica mensajes provocativos, ofensivos o fuera de lugar con el fin de molestar, llamar la atención o boicotear la conversación». Estas tres posibles finalidades que se apuntan siguen siendo válidas, pero parecen sugerir una cándida afición infantil a tocar los cojones como método de diversión, que si bien es indudable que fue el propósito trol mayoritario en el internet original, se ha visto muy superada por la mercantilización progresiva de la red.

En 2008 se descubrió que McDonald's había pagado en Japón a un millar de personas para que hicieran colas delante de sus locales el día de lanzamiento de una nueva hamburguesa. En 2013, Movistar España recibió numerosas críticas en Twitter por haber despedido a un trabajador de forma improcedente. Al poco, surgieron cuentas que se identificaban como empleados de la compañía y que atacaban al despedido. Pronto se supo que estas últimas eran falsas y que habían sido compradas por la telefónica con el objetivo de contrarrestar las quejas. Ese mismo año, Samsung fue multada en Taiwán con 340.000 dólares por haber lanzado una campaña de desinformación contra el HTC One, un modelo de teléfono inteligente de una compañía rival, a través de miles de reseñas negativas de falsos clientes en diversas bitácoras de tecnología y tiendas digitales. En su momento, estos casos y otros parecidos obtuvieron gran repercusión tanto por su novedad como porque nos sorprendía que las empresas y agencias fueran capaces de semejantes estratagemas que entonces percibíamos como muy retorcidas. Hoy, sin embargo, nos llama la atención que artimañas

tan torpes recibieran siquiera atención en los medios. Este tipo de prácticas propagandísticas consistentes en simular un apoyo popular espontáneo a un producto, una idea, una persona o un partido político recibieron el nombre de *astroturfing* en referencia a Astroturf, la marca estadounidense más conocida de césped artificial, uno de los primeros artículos industriales de éxito comercial que simulaban ser algo que no eran. Los manuales de estrategias publicitarias de comunicación de la época indicaban que se trataba de una táctica arriesgada, ya que si la treta se descubría, la pérdida de reputación de la marca implicada podía ser desastrosa. Qué inocencia.

En 2014, una de las muchas piezas en las que se troceó el caso Púnica, dada la gran envergadura de la macrocausa y el número de corruptelas detectadas, fue la que investigaba la remuneración con dinero público de «trabajos de reputación *online*» de cargos del PP. En octubre de 2023, con la discrepancia de la Fiscalía Anticorrupción, el magistrado archivó provisionalmente esta causa para las cuarenta personas investigadas por delitos de falsedad en documento mercantil, malversación, prevaricación, tráfico de influencias y cohecho. Por supuesto, una de las razones que parecen más probables para este sobreseimiento provisional es que el juez encargado del caso, Manuel García-Castellón, ha demostrado en su trayectoria profesional poseer una sólida inclinación a no atisbar delitos en las conductas de aquellas personas investigadas que militen en el Partido Popular. Pero otra es que, una década después de abierto el procedimiento, es tan habitual la utilización de cuentas falsas por parte de partidos políticos para defender a sus cargos y descalificar a los contrarios que hasta un juez se atreve a defender la tesis de que costear esos engaños con dinero público no constituye una violación de la ley.

Actualmente, existen agencias especializadas que disponen de enjambres de cientos de miles de cuentas falsas automatizadas cuyos servicios se pueden alquilar para objetivos sencillos, como aumentar el número de seguidores, o mucho más complicados, como intentar crear una corriente de opinión que acepte que asesinar a decenas de miles de niños palestinos está justificado

moralmente. Aunque crear nuevos perfiles fraudulentos en cualquier red social es sencillo, los que se alquilan —o incluso venden— se pueden solicitar ya con seguidores, con alguna publicación ya subida o con una fecha de creación de hace unos años, para que no cante tanto que se acaba de abrir con un fin preciso. Si revisamos la identidad de los seguidores de, por ejemplo, supuestos usuarios prosionistas que defienden las matanzas de inocentes en Gaza a manos de Israel, detectaremos con facilidad entre ellos muchas cuentas falsas pornográficas y de publicidad de timos relacionados con las criptomonedas. Esto sucede porque una misma empresa maneja todas esas cuentas y las entrelaza a conveniencia para dotarlas de entidad, aunque queden restos de sus usos para otros servicios. Al fin y al cabo, la política, la pornografía y las estafas son sectores empresariales que cuentan con los recursos suficientes para contratar servicios de este cariz en un volumen ingente.

No me extrañaría que en algunas redes sociales el porcentaje de cuentas falsas automatizadas sea mayor que el de cuentas que de verdad corresponden a seres humanos tangibles, pero también existe un *astroturfing* aficionado. El propietario de un restaurante que pide a sus amigos que puntúen bien en Google Maps a su establecimiento y mal a la competencia no les paga por este amañete casero. El fanático regre que maneja cuatro perfiles en dos redes sociales con diferentes nombres falsos y que cree estar participando en una importante guerra cultural en la que es decisivo el número de veces por minuto que llame «Falconetti» a Pedro Sánchez tampoco suele cobrar por ello. Pero también hay pequeños emprendedores capaces de monetizar la opinión faltona. En los 90, una de las series de historietas con las que estuve colaborando en la desaparecida revista *Makoki* se titulaba «El parque de atracciones» y se localizaba siempre en este tipo de recintos de instalaciones recreativas. Dedicué una de sus primeras entregas a lo ridículo de desafiar cualquier norma social no por la inconsistencia de una imposición específica o por considerar otra un atentado contra tu propia libertad, sino solo por llevar la contraria y poder presumir de ser un malote. Dos *skins* nazis acuden a la atracción del tobogán

gigante. Suben alborozados su empinada escalera. Adolfo le señala a Josean, que está a punto de lanzarse de cabeza pendiente abajo, un cartel que dice: «Atención: no bajen dos en una esterilla, no se lancen de cabeza y no escupan en las instalaciones». Josean regaña a Adolfo por su actitud servil con el poder y le alecciona: debido a su condición de ser antisocial auténtico, debe ignorar las advertencias de cualquier cartel. A continuación, se deslizan por el tobogán los dos en una misma esterilla, lanzándose de cabeza y mientras escupan a las instalaciones. A la salida, Adolfo tropieza con el escalón y se propina un buen porrazo en la cabeza contra una farola. Josean le pregunta si no ha visto el escalón. Adolfo responde: «Sí, sí, pero mira...». Y, mientras la sangre chorrea de su nariz espachurrada, sonríe y le señala un cartel que indica: «Atención: no se tropiecen con el escalón».

Recordé muchas veces esta historieta durante el mandato de Alberto Garzón como ministro de Consumo en el primer Gobierno de coalición presidido por Pedro Sánchez, entre enero de 2020 y noviembre de 2023. En las redes, se puso de moda entre la ciberregresía exagerar cada recomendación de salud o propuesta del ministro, caricaturizarla como prohibición absoluta de determinada costumbre y subir a las redes sociales fotos desafiantes de uno mismo incumpliendo unas presuntas leyes que, en realidad, nadie había promulgado. Si Garzón recomendaba reducir la ingesta semanal de carne roja: «¡Nos quiere prohibir comer carne, he comprado dos kilos!». Y avalancha de fotos de churrascos. Si lanzaba algunas tímidas medidas para intentar atajar los problemas que entrañan la desmedida proliferación de las casas de apuestas y el juego *online*: «¡Nos quiere prohibir ir al bingo, bajo ahora mismo a la tragaperras del bar de la esquina!». Todo así, muy burdo. Pero iban con ello. No se trataba siquiera de verdaderos malismos, porque las pretendidas normas de cuyo incumplimiento se jactaban existían solo en su imaginación. Si bien la convicción de que autoexhibirse como un orgulloso infractor recibirá parabienes en vez de reproches, sí que apunta a una evidente afinidad con el fenómeno.

En 2021, Garzón anuncia su intención de regular al año siguiente la emisión de publicidad de alimentos y bebidas no saludables dirigida al público infantil y adolescente. El análisis populista inmediato no es asombroso: inos quieren prohibir los Bonys! En un acto del PP, Isabel Díaz Ayuso parodia así la medida: «Porros sí, pero que no se tome un bollo un niño, que no consuma carne un ciudadano... Eso sí, para la boda del señor Garzón, sí». En las redes, los regres que se pretenden insurgentes suben fotos zampando bollería industrial como si tamaña chorrada fuera un acto subversivo contra una terrible prohibición liberticida. El responsable de comunicación *online* del PP Ismael Sirio López, buscarruidos que lleva meses intentando llamar la atención, por fin lo consigue. Tuitea: «Que dice Alberto Garzón que va a prohibir nosequé». Y lo acompaña de la fotografía de un anodino señor de mediana edad con gafas, barba y poco pelo en la cabeza que resulta ser él mismo. Feliz, se introduce con la mano derecha en la boca una tableta de chocolate con leche Nestlé extrafino mientras sostiene un zumo de naranja industrial con la otra. Delante de él ha instalado un inestable centro de mesa en homenaje al aceite de palma compuesto por dos Donuts de chocolate, dos huevos Kinder, un paquete de galletas Chips Ahoy! a medio abrir que muestra parte de su contenido y el detalle malote definitivo: una caja de cartón de KitKat con forma de ataúd de la serie *Scary Break*, que luce en su tapa al payaso diabólico Pennywise. Curiosamente, a pesar de que en la imagen no aparece ningún Bollycao, a partir de esta acción, que será considerada astuto *marketing* de guerrilla por unos y una sandez como un piano por otros, este hombre pasa a ser conocido popularmente como «el calvo de los Bollycaos». En febrero de 2022, durante la crisis interna del PP que estalla cuando Pablo Casado se chiva a la prensa del chanchullo del hermano de Ayuso, el calvo de los Bollycaos dimite de su cargo. La guerra civil pepera le ha pillado en el bando que tiene más pinta de perder. Cuando en junio los ayusistas defenestran al presidente delator y lo intercambian apresuradamente por Alberto Núñez Feijóo, comienza un nuevo ciclo. Sirio no solo se libra de la purga, sino que su habilidad para desertar de la facción perdedora a tiempo y su capacidad para

hacerse fotos consumiendo bollería industrial le granjean un premio dotado con un salario anual de 59.740,82 euros: Ayuso le nombra asesor de su Consejería de Presidencia. Además, lo incluye en las listas del PP de las siguientes elecciones autonómicas y acaba consiguiendo un escaño en la Asamblea de Madrid.

Más allá de las grandes granjas de troles automatizadas, el caso del calvo de los Bollycaos ejemplariza un modelo de éxito personal redondo de la monetización con dinero público del comportamiento pseudotrol en redes, pero no constituye en absoluto una anomalía. La mayoría de los opinadores de auténtico calado malista que están a sueldo de grupos políticos suelen ocultar su identidad tanto para que sus burradas no puedan achacarse directamente al partido que los financia como para poder colar una imagen de independencia política que les suele gustar simular. Pero periódicamente se descubren más y más nombres influyentes de la tuitesfera política reaccionaria que aseguran «no casarse con nadie» y que, en la práctica, cobran sueldos como asesores del PP o de Vox.

Pero no solo de dinero público vive el trol dependiente. En 2009, solo tres años después de su creación, la red social Twitter se muestra incapaz de combatir eficientemente la plaga de cuentas falsas que desinforman, degradan la calidad de las conversaciones, producen mucho ruido y, a menudo, suplantando a celebridades montando unos pifostios importantes. Las quejas a la compañía por esta última razón por parte del artista Kanye West y la demanda del exbeisbolista norteamericano Tony La Russa apremian a Twitter a reaccionar y lanza el símbolo de verificación azul. La compañía parece dar por perdida la batalla de indicar lo engañoso, pero se muestra con fuerzas para subrayar lo real. La famosa marquita azul que se coloca junto al nombre del usuario de la cuenta es otorgada por la compañía de forma gratuita a organizaciones, empresas, informadores, líderes políticos o personalidades destacadas de la sociedad y la cultura que faciliten ciertos datos que demuestren sus identidades. La red social sigue sin poder garantizar que alguien no mienta, pero ahora, al menos, sí que certifica que las cuentas que

muestren un *blue check* son manejadas de verdad por aquellas personas o entidades que dicen ser. Lo cual no es moco de pavo.

Cuando el grotesco multimillonario Elon Musk adquiere Twitter en 2022, decide poner en venta el simbolito de verificación azul. Cualquier usuario de esta red que desee parecer alguien importante solo tiene que abonar una cantidad al mes para recibir uno. Además, en teoría, estas cuentas son favorecidas por el algoritmo dotándolas de mayor visibilidad. Las insignias azules que se habían ido repartiendo durante años tras rigurosos procesos de comprobación de las identidades son eliminadas. Twitter ya no se llama Twitter — se llama X—, y estos nuevos subscriptores de pago pueden obtener retribuciones mensuales proporcionales a la repercusión que alcancen sus publicaciones. Lo cual, en teoría, indicaría que están contribuyendo con contenidos de calidad apreciados por los usuarios. Pero, en la práctica, a estas alturas ya sabemos que la mejor forma de alcanzar gran impacto con unas palabras es soltar el mayor desatino que se te ocurra. Celebrar crueldades, aplaudir delitos, recomendar tratamientos pseudocientíficos nocivos, insultar a las minorías, reírse de los desfavorecidos o desear truculencias son procedimientos que, por un lado, recibirán aplausos del nuevo sector malista que se considera rebelde por ser malote, pero, por otro, también conseguirán reprobaciones de personas indignadas que, quizás con buena voluntad, señalen los abusos verbales. En ambos casos, lograrán aumentar la difusión de los tuits polémicos. De tal forma que, ahora mismo, un gran porcentaje de las cuentas con simbolito azul de X se dedican a idear meadas fuera de tiesto que puedan indignar al mayor número de personas para poder recolectar la mayor cantidad de dinero mensual. Incluso una simple mezcla de ingratitud, desprecio soberbio y mala educación puede ser provechosa. «Oigan @Planetadelibros y @penguinlibros, podéis dejar de mandarme decenas de libros al mes a casa para ver si suena la flauta y traigo el escritor al podcast. Me tenéis hasta los cojones con los paquetes. Gracias», tuiteó el *influencer* Jordi Wild en mayo de 2024.

En octubre de 2010, José Luis Rodríguez Zapatero remodela su Gobierno. Miguel Ángel Moratinos, ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación, es sustituido por Trinidad Jiménez, hasta ese momento ministra de Sanidad. Durante la alocución de despedida de Moratinos en la sede de Exteriores en el madrileño Palacio de Santa Cruz, ante sus colaboradores y media docena de ministros, se emociona un poco. Le tiembla algo la voz en sus últimas palabras y, además, en el gran aplauso final, aunque en el vídeo no se aprecia demasiado claramente, dicen que suelta alguna lágrima. El periodista y escritor de *best sellers* Arturo Pérez-Reverte, máximo representante de lo que Íñigo F. Lomana acertaría a denominar algunos años después como «prosa cipotuda», escribe en su Twitter: «Vi llorar a Moratinos. Ni para irse tuvo huevos». Ante la salida de tono, y al encontrarnos en una fase premalista en la que la opinión pública todavía no estaba tan acostumbrada como hoy a las impertinencias buscabroncas en el discurso público, cosecha una considerable reacción. Tras el alud de comentarios que desaprueban sus formas, debates mediáticos ligeros sobre la parida y tuits con hipérboles surrealistas que se burlan de su fanfarronería machirula bajo la etiqueta #PérezReverteFacts, Reverte no se arredra. «A la política y a los ministerios se va llorado de casa. Luego Moratinos, gimoteando en público, se fue como un perfecto mierda», insiste. Y añade: «No esperaba este éxito. 2.000 seguidores nuevos en 24 horas, gracias al extinto ministro. Si lo llego a saber, lo insulto mucho antes». En esta conclusión final del efímero pero intenso altercado, el académico de la Lengua condenado por plagio explícita, tres años antes de la creación de Cambridge Analytica, uno de los mecanismos de esencia trol para obtener notoriedad que hoy utilizan diariamente tertulianos camorristas, columnistas provocadores, los usuarios con simbolito azul de X de unas líneas antes, los *youtubers* buscabocas malistas de hace unos capítulos o Miguel Ángel Rodríguez. Porque muchas técnicas de atraer las atenciones como esta, cuya eficacia se ha comprobado en las redes, han inspirado a asesores que llevan años aplicándolas en comunicación política en la vida real.

En el contexto de las adicciones, al proceso de que la administración repetida de una sustancia a un sujeto ocasione que este vaya necesitando cada vez dosis mayores para experimentar un mismo efecto se le llama tolerancia. En ese sentido, la sociedad ha ido desarrollando en estos años gran tolerancia al discurso público sobrado y cada vez se necesitan disparates más sofisticados para captar atenciones. Sería ardua labor recopilar, analizar y contextualizar todas las frases polémicas que ha soltado Isabel Díaz Ayuso desde que llegó a la primera fila política, procedente, por cierto, de una ocupación laboral en redes idéntica a la del calvo de los Bollycaos y para el mismo cliente. En ocasiones, sus exabruptos han parecido solo una forma de obtener espacio mediático, otras una descarada resurrección de debates populistas ultras que creíamos muy superados y, a menudo, simples cortinas de humo para ocultar desastres de gestión, casos de corrupción de su entorno o incluso su responsabilidad directa en la muerte de 7.291 personas mayores. Siempre, en mayor o menor medida, han servido a sus objetivos. Pero, sin embargo, resulta apreciable cierta escalada en el calibre de sus declaraciones. Las simples memeces con trasfondo ideológico poco rotundo —como «Los atascos son una seña de identidad de Madrid», «Por eso se llama COVID-19, porque es “Coronavirus, Diciembre, 19”» o «Madrid es España, Madrid es España dentro de España. ¿Madrid qué es, si no es España?»— han ido reduciéndose en el conjunto de su discurso en favor de la preponderancia de otras afirmaciones, superficialmente igual de chorras, pero en el fondo mucho más elaboradas. «Que el concebido no nacido sea considerado como un miembro más de la familia», «Cuando hablan de empleo basura me parece que es ofensivo para la persona que a lo mejor está buscando un empleo basura», «Un día de estos os vais de vacaciones y cuando volváis, como consideran que la casa está vacía, se la dan a los amigos okupas», o aquella ruindad nauseabunda de llamar «mantenidos subvencionados» a las personas que se vieron obligadas a agolparse en las colas del hambre durante la pandemia, forman parte del tipo de declaraciones que han acabado convirtiéndose en su arsenal malista habitual. Su elaborada mezcla de desinformación, desprecio

por los desfavorecidos y provocación al adversario político sintetizada en consignas no es casual. La dosis de barbarie del espectáculo debe ser cada vez mayor para conseguir los mismos resultados ante una audiencia curtida en redes con una dieta rica en despropósitos.

Los avatares del mal

Este criminal me representa

Los creyentes siempre se sienten más cercanos a ídolos propios con atributos y narrativas locales que a un aburrido y lejano dios genérico que debe ser compartido con todos los demás prosélitos de la misma religión. Para conjugar esta pulsión politeísta del pueblo con el pretendido monoteísmo cristiano, el catolicismo consiente la adoración de la miríada de vírgenes y santos de su panteón bajo enrevesadas disquisiciones teológicas. Según ellas, a los santos se les puede orar y pedir favores, pero solo para que «intercedan» ante el único Dios (que son tres, pero esa es otra). Si gracias a rezarle varios padrenuestros a san Antonio encuentras, por ejemplo, una papelina extraviada, no ha sido mérito suyo, sino de su jefe superior. Aquel lo único que ha hecho es pasarle el recado. El caso de las múltiples vírgenes se apaña de otra manera: todas las vírgenes son la misma. Sus distintos nombres, tradiciones, atributos y apariencias son solo «advocaciones». Para evitar enfrentamientos, no se recomienda comentarle este particular a, por ejemplo, un fanático seguidor de la Reina de las Marismas durante la romería del Rocío, pero doctrinalmente es así. Las vírgenes católicas locales son algo parecido a los avatares del dios hindú Visnú: encarnaciones de un solo ser divino.

Aunque en castellano el término «avatar» se ha adoptado con el sentido de «vicisitud», el significado original de «avatar» en sánscrito es «dios encarnado». Que es un concepto más cercano a la acepción de esa palabra que utilizamos hoy en día con mayor frecuencia: la representación gráfica de la identidad de un usuario

real en un entorno digital. En videojuegos y redes sociales, los avatares pueden personalizarse para que se asemejen a nosotros mismos en su forma o fondo. En muchas de las redes sociales consisten solo en una imagen. Si se opta por una de uno mismo, la mayoría prefiere aparecer con buen aspecto, para lo cual existen varias prácticas como, además de cuidar mucho la selección de la foto, utilizar una de cuando éramos jóvenes, una con escasa iluminación o maquillar digitalmente mediante filtros u otros procedimientos el retrato original. Hay personas que desean demostrar en ese espacio sus afectos por otras criaturas y se presentan en compañía de hijos, sobrinos, mascotas o famosos. Otras prefieren desdibujar su individualidad en una identidad colectiva, manifestando su pertenencia a un grupo con la exposición en su propio avatar de logos de partidos políticos, símbolos religiosos, escudos de fútbol o banderas de aquellos territorios con los que sienten vinculación. Cuando se delega la representación de la propia identidad en un solo individuo real o legendario, se confiesa un grado de afinidad con el mismo o, al menos, un interés por su historia, su obra o su significado simbólico. El retrato de un filósofo, un literato, un emperador romano o un historiador de la Edad Antigua es la opción, a menudo presuntuosa, de quienes desean exteriorizar su supuesto conocimiento de ese periodo.

Pese a que Menéndez Pidal y otros forjadores del relato fundacional español intentaron seleccionar, redefinir y promover personalidades históricas que pudieran servir como iconos del nacionalismo hispano, sus hallazgos no lucen demasiado presentables en pleno siglo XXI. Isabel la Católica fue una usurpadora que introdujo el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en la Corona de Castilla. El Cid Campeador, un líder militar mercenario que, al frente de su propia mesnada privada, combatió indistintamente a las órdenes tanto de los caudillos cristianos como de los musulmanes. Los paladines autóctonos decimonónicos tampoco cumplen las expectativas de dignidad y credibilidad requeridas. La historicidad de la leyenda que asegura que Agustina de Aragón, durante el Sitio de Zaragoza, consiguió una retirada

puntual del experimentado ejército francés con solo prender la mecha de un cañón resulta hoy bastante dudosa. Según la crónica de tintes legendarios, en la guerra de Cuba, el soldado Eloy Gonzalo se presentó voluntario para una misión casi suicida: prender fuego a un bohío desde el que los indígenas rebelados estaban asediando a las fuerzas coloniales españolas refugiadas en la localidad de Cascorro. Un héroe cuyo atributo icónico es una lata de petróleo con la que quemó vivos a otros seres humanos, que representa el fracaso militar del ejército ocupante y que ni siquiera murió en su pretendida gesta, sino un año después a causa de una enterocolitis ulcerosa gangrenosa, no parece la mejor elección para plasmar la grandeza de un espíritu nacional.

Por eso, desde hace una década, con el propósito de entresacar un candidato a símbolo un poco más digno que los señalados en las líneas anteriores u otros del mismo palo, el nacionalismo español rebuscó lo suyo y relanzó la figura del almirante Blas de Lezo a base de prédicas de Pérez-Reverte, libros de la editorial del exministro Manuel Pimentel, afectados cuadros de Ferrer-Dalmau y estatuas anacrónicas en municipios gobernados por la derecha. De tal manera que, aunque no faltan desacomplejados chovinistas españoles que muestran en los avatares de sus redes sociales imágenes de Rodrigo Díaz de Vivar, Isabel la Católica, Agustina de Aragón o incluso Eloy Gonzalo, la elección de Blas de Lezo se percibe como más moderna y, en la actualidad, son cientos los avatares de redes sociales que muestran su efigie.

Recuerdo que de muy crío, en los 70, la primera vez que me topé con el nombre de *Los Vengadores* en el título de una serie de televisión británica di por supuesto que versaba sobre las vicisitudes de una banda de delincuentes. Me volvió a suceder cuando, un par de años después, descubrí la existencia del grupo de superhéroes de igual nombre creado por Stan Lee. No encajaba en mi incipiente ordenamiento ético que un concepto como la venganza —denigrado en mi entorno familiar, educativo y religioso— pudiera ser una característica tan definitoria de una asociación de justicieros que diera lugar a su denominación. Una vez que conocías sus aventuras,

entendías que el título era una licencia expresiva exagerada, que en realidad ambas agrupaciones luchaban contra el crimen noblemente y que la mayoría de sus miembros mantenían sistemas de valores morales convencionales.

Sin embargo, en la posmoderna industria de la ficción de los años 80 se puso de moda una estructura argumental de apología de la venganza que, si bien no era del todo nueva —con antecedentes tan exitosos como la película *Perros de paja* de Sam Peckinpah—, a partir de ese momento acabó convirtiéndose en un subgénero. Un hombre decente, a menudo un policía, tras un episodio personal muy traumático —el asesinato de toda su familia, la violación de sus hijas, una condena en una cárcel muy chunga por un crimen que no cometió o todo eso junto—, se tropieza con la inutilidad de un sistema judicial que, por corrupto o burocrático en exceso, se evidencia frustrante e ineficaz para parar los pies a los malvados. Por tanto, el pobre hombre, muy a su pesar, se ve impelido a tomarse la justicia por su mano. Cuanto mayores sean las humillaciones sufridas en un principio por el protagonista, más fuerte será la identificación del espectador o el lector con él y podrá disfrutar de la violencia con una supuesta mayor coartada ética cuando llegue la esperada represalia sangrienta.

Surgieron nuevos pseudohéroes recurrentes que encajaban en este esquema. Charles Bronson llegaría a trabajar en media docena de largometrajes interpretando al resentido arquitecto Paul Kersey y, en tropecientos más, a muchos otros amargados semejantes, variaciones del mismo tipo duro de gesto inmutable aniquilador de malhechores. Además, el código de conducta de otros personajes creados con anterioridad y que hasta entonces habían cumplido con las reglas de la justicia se va enturbiando en esa década. Es el caso de Harry Callahan, más conocido como Harry el Sucio. En su origen setentero es un policía con métodos discutibles, pero más respetuoso con la ley de lo que se suele recordar. En la segunda entrega de la serie de películas, incluso desarticula una banda parapolicial criminal de vigilantes formada por unos compañeros de su comisaría. Pero en la tercera ya manipula las pruebas para dejar libre a la culpable de casi todos los asesinatos cometidos durante el

metraje al llegar a la conclusión de que los había perpetrado en venganza por una violación grupal de la que fue víctima.

En la primera aparición de Frank Castle, alias El Castigador, en un cómic de Spiderman de los años 70, este sangriento homicida, que se reconoce por una gran calavera blanca en su pecho sobre su uniforme de licra negra, es presentado como poco más que un adversario del paladín arácnido. En la siguiente década, sin embargo, un justiciero como Castle, capaz de asesinar a todo aquel que le venga en gana por encima de cualquier ley que no sea su criterio personal, merece ya el honor de ser un protagonista del Universo Marvel con varias miniseries propias. Enseguida se convertirá en uno de los más destacados héroes —o algo parecido— de ese panteón y pronto obtendrá serie regular, apariciones constantes en distintas cabeceras, adaptaciones a otros medios y trasuntos e imitaciones por doquier.

El Juez Dredd es un agente de la ley en una distopía fascista en la que los poderes judicial y ejecutivo más el derecho legítimo a ejecutar penas, incluso de muerte, se concentran en las mismas figuras: los «jueces». Fue creado por John Wagner y el aragonés Carlos Ezquerro para el número 2 de la revista británica *2000 AD* en plena eclosión del movimiento punk y se desarrolló a lo largo del extenso mandato neoliberal de Margaret Thatcher. Obviamente, se trata de una hiriente sátira de un régimen autoritario descabellado y su intención irónica resulta evidente para cualquiera que no sea un ultraderechista o un imbécil, o alguno de los responsables de la película de 1995 basada en el personaje e interpretada por Sylvester Stallone, donde la loca premisa de organización política de esta sociedad es tomada en serio sin ánimo paródico detectable.

El sádico y perturbado vigilante Rorschach, que pese a no poseer ninguna habilidad superhumana destaca en la miniserie de cómics *Watchmen*, de Alan Moore y Dave Gibbons, es uno de los responsables iniciales de la ola ochentera de antihéroes oscuros. Su icónico aspecto se sustenta en tres elementos: una gabardina, un sombrero y una máscara dinámica que reproduce diseños aleatorios inspirados en el célebre test psicodiagnóstico del que adoptó su pseudónimo de guerra. En la serie televisiva de 2019 se opta por

continuar la narración treinta y cuatro años después de los acontecimientos reflejados en los cómics. En esa época opera una banda callejera paramilitar de extrema derecha obsesionada por el legado de Rorschach cuyos integrantes utilizan remedos cutres de su máscara como divisa identificativa. Damon Lindelof, el creador de esta secuela audiovisual, capta bien la tendencia ultra contemporánea a manifestar un decidido apoyo al orden y las leyes mostrando afinidad con personajes conocidos por saltarse el orden y las leyes.

Y es que en las redes sociales contemporáneas abundan los avatares de justicieros vengativos sin miramientos. X está petado de Bronsons, Eastwoods, Castles, Dredds o Rorschachs, bajo cuya imagen se difunden diatribas machistas, amenazas racistas y mensajes de odio en general.

Y no solo de justicieros. Cualquier macho heterosexual de ficción orgulloso de cometer delitos para satisfacer sus intereses particulares es apropiado para que la ralea de nuevos fachitas malotes que se pretenden transgresores se identifiquen con él. Robin Hood, no. Robar para ayudar a los demás traspasa todos los márgenes porque atenta contra la propiedad privada con un trasfondo buenista abominable que alude a la redistribución de la riqueza y a la justicia social. Por el contrario, el Jordan Belfort ficcionado de *El lobo de Wall Street*, que fue interpretado en la película por Leonardo DiCaprio, sí que mola. Robar para comprarse cochazos caros, financiar tu afición a la prostitución y poder meterte clenchas de farlopa en cantidades escalables, eso sí que resulta un modelo de conducta al que da gusto aspirar.

Tyler Durden, el narrador de *El club de la lucha*, padece un trastorno de identidad disociativo y es el creador de una secta machirula de majaretas sudorosos con la que aspira a convertirse en terrorista suicida. John Shelby, el líder de la pandilla mafiosa de *Peaky Blinders*, maneja su imperio criminal con mano de hierro, pero lo hace como obligado por las circunstancias y en ocasiones revela que también posee su corazoncito en escenas con música extradiegética sentimental. En *Breaking Bad*, cuando el profesor de Química Walter White descubre su cáncer, comienza a fabricar

metanfetamina para poder costearse un tratamiento que le resulta inaccesible económicamente en un estado sin sanidad pública, pero poco a poco se va convirtiendo en un retorcido facineroso sin escrúpulos. Avatares con la imagen de todos ellos se repiten a gogó en cuentas de usuarios con mucha intención de parecer rebeldes y poca imaginación a la hora de elegir efigies alegóricas no explotadas hasta la saciedad.

Pero vayamos un paso más allá: ¿por qué no sentirte representado por un asesino de masas? Keyser Söze, el despiadado adicto a matar seres humanos de la película *Sospechosos habituales*, el sangriento superhéroe trucho el Patriota —del que hablaremos en el siguiente capítulo— o Thanos, el supervillano que en el Universo Cinematográfico de Marvel exterminó a la mitad de la población mundial para poner en práctica una excéntrica teoría personal demográfica, son también avatares muy manidos en este entorno.

Una de las características de las ficciones de creación colectiva de amplio recorrido —sean leyendas tradicionales del folclore, mitologías clásicas, relatos religiosos o modernas franquicias de cultura popular— es que sus personajes principales, a pesar de conservar un nombre idéntico, una indumentaria similar o algunos de sus atributos clásicos como poderes sobrenaturales o biografía vital, pueden variar su esencia en sus diversas formulaciones en obras de distintos autores. El vengativo Dios del Antiguo Testamento tiene muy poco que ver con el del Nuevo, aunque ambos sean canon de esa misma teología cristiana que, al mismo tiempo, asegura que su ser supremo es uno, eterno e inmutable. El cándido Batman interpretado por Adam West de la serie de televisión *camp* de los 60 no se parece ni en su disfraz al Batman de veleidades filofascistas del cómic *The dark knight returns*, de Frank Miller.

En 2019, el largometraje *Joker*, dirigido por Todd Phillips, reelaboró por enésima vez —al margen de cualquiera de los cánones conocidos del Universo DC— el origen de este famosísimo payaso supervillano, némesis del hombre murciélago. La idea central no es originalísima, pero sí de flamante actualidad. Combina con ingenio la estructura de ficción del vengador ochentero comentada hace unos

párrafos con la realidad de la comunidad *incel* del siglo XXI. La subcultura de los autonominados célibes involuntarios agrupa a jóvenes varones heterosexuales frustrados por no haber podido mantener nunca relaciones sexuales con mujeres. Achacan la culpa de esta circunstancia personal a varios factores, pero principalmente a las mujeres. En especial, a aquellas con las que han mantenido algún tipo de relación amistosa o sentimental, pero que, por lo que fuera, no les apeteció follar con ellos. De ese resentimiento surge un odio considerable por la humanidad que se exterioriza en distintos grados: desde la simple invectiva machista en *streaming* hasta el asesinato en masa con armas de fuego. Varios autores de conocidas matanzas se han autclasificado en internet con anterioridad a sus crímenes bajo la etiqueta *incel*. En 2014, el veinteañero Elliot Rodger, que en distintas localizaciones de Isla Vista (California) acabó con la vida de cuatro hombres y tres mujeres, explicó en un vídeo que subió a YouTube las razones por las que creía que todo el mundo, excepto otros *incels*, merecía la muerte. Las mujeres, por rechazar sus proposiciones de fornicio, y los hombres sexualmente activos, por disfrutar de una existencia mejor que la suya. Se desconoce cómo, a la hora de elegir a qué varones apuñalar, fue capaz de distinguir entre los hombres con activa vida sexual y el resto.

El reinventado Joker de esta película sufre abundantes penurias y vejaciones, hasta que un día se cansa y es él el que se dispone a humillar y asesinar a otras personas con la finalidad de que se le note menos lo soplapollas que sigue siendo. Todo esto aderezado con trajes y maquillajes de colores chillones, bailes histriónicos a ritmo de *glam rock* setentero y palabrería vacía epatante. Apostaría que el recado de esta parábola audiovisual pregonaba que, si eres un pobre pringado acosado por matones asquerosos, no dejas de ser un pobre pringado por convertirte tú en un matón todavía más asqueroso. Pero una cantidad abrumadora de *incels* y otros ultras misántropos interpretaron el largometraje como una oda aprobatoria de su apuesta por el rencor violento y adoptaron el rostro del personaje como avatar representativo de su identidad. El malismo es

así. Se nutre de entendederas no especializadas en dilucidar mensajes sutiles o imprecisos.

Aunque menos habituales que los avatares cimentados en iconos de la ficción, tampoco es raro toparse con cuentas que exhiben como carta de presentación retratos de asesinos reales de distintas épocas históricas. El payaso y asesino serial John Wayne Gacy, el narcotraficante Pablo Escobar o Vlad el Empalador, príncipe de Valaquia del siglo xv cuya fama de crueldad, quizás exagerada por sus enemigos sajones, inspiró a Bram Stoker para concebir al vampiro protagonista de su novela *Drácula*, son solo tres ejemplos de seres sanguinarios, artífices de un gran número de actos brutales, que son fáciles de encontrar en avatares y pseudónimos de redes sociales.

Cuando hoy en día un usuario de una red social se atreve a exponer cualquier crítica, entre las contestaciones a su comentario lo acostumbrado es que reciba una o más de ellas ajustadas al bravucón estilo infantil popularizado por Andrea Fabra. Si se queja de la sustitución del césped de la piscina municipal de su barrio por cemento: «Te jodes». Si señala un ostensible montaje policial y judicial contra un activista molesto: «Mamanding». Si reseña la anomalía anticonstitucional de la okupación del Consejo General del Poder Judicial por jueces conservadores desde hace más de una década: «A llorar a casa». Si demuestra indignación porque el líder de la ultraderecha española, al día siguiente de una nueva masacre de niños quemados vivos por el ejército de Israel, viaje en persona a felicitar al caudillo sionista: «Hemoal forte». Si el usuario es mujer, diga lo que diga: «Cállate, Charo».

Aunque la ya extendida costumbre de utilizar estos clichés naífs y malistas no es exclusiva de la derecha, si comprobamos las cuentas desde las que provienen, no hay duda de que encontraremos en ellas muchos de los poco edificantes avatares comentados en los últimos párrafos.

Malismo en la ficción

Ejemplos de ficciones audiovisuales que han comprendido cómo opera el fenómeno

Comencemos con un raro precedente histórico. En la comedia *Cómo matar a la propia esposa*, Jack Lemmon interpreta a Stanley Ford, un adinerado dibujante de una famosa tira diaria sindicada para periódicos. Fue dirigida por Richard Quine en 1965, en un momento en el que el modelo de estrella de los cómics de prensa mujeriego y juerguista iniciaba su decadencia, pero todavía resultaba creíble. Alex Raymond, célebre y espléndido creador de *Flash Gordon* o *Rip Kirby*, había muerto algunos años antes cuando estrelló el Corvette descapotable de su compañero Stan Drake, refinado dibujante de la tira *Juliette Jones*, contra un árbol. Drake, que le acompañaba como copiloto en el accidente y sobrevivió, señaló, junto a algunos biógrafos de Raymond, la posibilidad de que la intención de este fuese suicidarse. Sus numerosas relaciones extramaritales, la negativa de su esposa a concederle el divorcio y el hecho de que se hubiera visto involucrado en otros cuatro accidentes automovilísticos el mismo mes de su muerte apuntan en esa dirección.

En la película, Stanley es un pseudotrasunto del Raymond menos dramático. Pese a su aparente misoginia, en una parranda etílica nocturna termina casado con una tremenda italiana, interpretada por Virna Lisi, que irrumpe en su cotidianidad como una locomotora de energía, embrollos domésticos, sexo y lasaña a la boloñesa. La tira diaria, que refleja el espíritu del modo de vida de su dibujante, cambia de género e incluso de título cuando su protagonista, a imitación de su creador, se casa: pasa de ser *Bash Brannigan*, una

aventura de agente secreto pop tipo *James Bond*, a *Los Brannigan*, una *sitcom* familiar de protagonista patoso a lo Desi Arnaz. Con la intención de encauzar la deriva de la serie, que le ha convertido en un hazmerreír social, el dibujante resuelve matar a la mujer de Brannigan. Para obtener documentación gráfica de cómo su personaje se deshace del cadáver, Stanley pide a su mayordomo que le tome fotos mientras arroja un maniquí a los cimientos de un edificio en construcción que hormigonan al día siguiente. Esta ingeniosa idea argumental es probable que le suene al lector porque diez años después, intercambiando el maniquí por una muñeca hinchable, sería reappropriada por el novelista británico Tom Sharpe y utilizada como episodio central de su más exitosa novela, que acabó reformulada también en película: *Wilt*.

La mujer de Stanley abandona su hogar enfadada por lo relatado en la tira y, por supuesto, él es detenido y acusado de haberla asesinado. Entonces comienza el tercer acto del largometraje y la razón de que lo hayamos incluido aquí. Durante el juicio, su abogado se muestra bastante incapaz de afrontar el cúmulo de pruebas circunstanciales fotográficas que acusan a su defendido, así que Stanley determina pasar a defenderse a sí mismo. Su original estrategia, incluso tratándose de una comedia de enredo, resulta muy perturbadora. Decide no negar su culpabilidad. Busca la identificación con los miembros de un jurado mayoritariamente masculino y detalla todas las presuntas situaciones en las que una esposa puede sacarte de tus casillas y, por ello, debe ser asesinada. Al final de su larga exposición, todos ellos confiesan que también matarían a su propia mujer, y aunque siguen convencidos de que Stanley es culpable, creen que, por haberse atrevido a ello, merece un premio, no un castigo, con lo que decretan su inocencia en un apoteósico clímax malista.

En el contexto de la época y del tono de la película, semejante incorrección argumental, cuyo primer visionado me inquietó siendo niño, solo puede interpretarse como humor desmadrado y retorcido, pero el planteamiento inherente ya presagia una perversión —un estamento judicial declara inocente a un acusado a sabiendas de su

culpabilidad— que hoy en día no solo nos parece factible, sino que no resulta difícil señalar algún ejemplo similar en la vida real.

Situándonos ya en este siglo, el malismo, a pesar de que constituye un fenómeno reciente entre la ciudadanía y sus representantes políticos, se ha extendido con tal celeridad epidémica en la cultura occidental que ya ha sido reflejado en abundantes obras de ficción. De momento, por lo poco intuitiva que todavía percibimos su mecánica, suele mostrarse a partir de un inesperado giro de guion en el que los personajes, tras una reacción popular que premia una acción suya poco ejemplar, abren los ojos.

Un ejemplo perfecto que sigue esta pauta lo encontramos en *The Boys*, serie televisiva basada en los cómics del mismo título creados por Garth Ennis y Darick Robertson. En su universo actúa un grupo de superhéroes llamado Los Siete que es propiedad de Vought, una empresa con cliente mayoritario gubernamental, al estilo de lo que en nuestra realidad serían Wagner, Academi, STTEP o Triple Canopy, pero con la particularidad de que los mercenarios de la ficción poseen poderes sobrehumanos. Que entre los integrantes de este equipo haya acosadores, adictos, psicópatas, homicidas o gilipollas no supone un problema para la multinacional, siempre y cuando la opinión pública desconozca estas características y la reputación de sus protegidos se mantenga indemne. Con tal finalidad, emplea muchos recursos en operaciones de comunicación, tapa los desmanes de sus asalariados con relatos mediáticos contrafactuales y recaba valoraciones sociales de popularidad a tiempo real. Este escenario tiene gran importancia en el desarrollo de muchas de las tramas.

El Patriota es, además del líder del grupo, un asesino sádico, fascista y desequilibrado. Pese a poseer los poderes más mortíferos, vive obsesionado por su fama. De tal forma que, durante un buen número de episodios, el único método de pararle un poco los pies consiste en chantajearle con revelar a sus seguidores algunos pasajes de su biografía criminal ignorados por el gran público, lo cual parece razonable pensar que haría tambalear su consideración popular y, con ella, su estatus laboral. Entonces, en el último

capítulo de la tercera temporada, Patriota, en compañía de su hijo, también sobrehumano, se acerca volando a visitar a un grupo de demenciados manifestantes ultraderechistas *freaks*. De esos que, si hace falta, se convocan para asaltar el Capitolio de Estados Unidos en Washington, la delegación territorial de la Junta de Castilla y León en Salamanca o la sede del PSOE de Ferraz. Tras presentarles a su vástago, un infiltrado progre en la protesta le grita a Patriota: «¡Que te jodan, fascista!». En un arrebató de furia, y sin reparar en que está siendo observado no solo por los asistentes a la concentración, sino también por las cámaras de varias televisiones, Patriota utiliza su visión desintegradora para hacer estallar la cabeza del temerario alborotador en un amasijo de sangre y masa encefálica. Por un instante, sus seguidores vacilan sin saber cómo reaccionar. Pero, tras unos segundos de dubitativo silencio, poco a poco comienzan a jalearse al asesino con más ímpetu que nunca. Su mirada se ilumina. Entiende que no tiene ya por qué ocultar todas sus aficiones. O, por lo menos, no la de matar gente. El Patriota acaba de descubrir que una acción manifiestamente malvada no solo puede ser disculpada. No se trata solo de aquello que dijo Trump con toda la razón del mundo: que podría disparar a alguien en la Quinta Avenida y no perder ni un solo voto. No, el malismo va más allá: las acciones malvadas producen un beneficio en la consideración popular de aquel que las realiza. Si disparas a alguien en la Quinta Avenida, ganas votos.

Veamos un último ejemplo reciente más. Existe una tendencia en la ficción audiovisual de género contemporánea que consiste en presentar como parodia un nuevo producto de una franquicia cuya característica definitoria, en realidad, es más la libertad argumental respecto al canon de la misma que el humor en sí, que suele ser tangencial. Frutos de este subgénero son la película *Liga de supermascotas*, del Universo DC; la serie *The Orville*, presentada como una falsa parodia de *Star Trek*; o *Lower Decks*, una serie de televisión de dibujos animados para adultos perteneciente de forma oficial al universo *Star Trek*, aunque no quede muy claro dónde encaja en el intrincado rompecabezas de cánones de la franquicia.

La serie original de *Star Trek* —la de Spock, Kirk, Uhura y compañía— fue creada en los 60 con un trasfondo cultural de buen rollo jipi, liberación sexual, humanismo internacionalista y abolición de la segregación racial. A pesar de que la evolución de los tiempos fue corroyendo un poco su esencia, los sólidos fundamentos éticos sobre los que su creador, Gene Roddenberry, edificó la franquicia han conseguido mantener, pese a alguna incursión puntual en la desesperanza y el cinismo, y a través de un maremágnun de secuelas, *spin-offs*, *remakes*, *reboots* y cánones paralelos, cierta sutil moral de gran respeto a la diferencia que rara vez esquiva señalar las contradicciones de cualquier sistema de creencias. *Lower Decks* mantiene ese regusto buenrollero, pero, como toda buena obra de ciencia ficción, más allá de *tricorders* y razas con pieles de colores, no puede dejar de ser un reflejo del tiempo en el que ha sido creada.

En una de las tramas del episodio cinco de su tercera temporada, Mariner y Boimler, dos de los oficiales de bajo rango protagonistas, son destinados a una feria del planeta Tullana IV para instalar y gestionar en ella durante un día una caseta de reclutamiento de la flota estelar. Los desencuentros con diversos visitantes al puesto se van sucediendo. Uno de ellos muestra su desprecio por la flota, otro reinterpreta datos de su historia conocidos por los seguidores de la franquicia bajo un prisma conspiranoico irracional. La mujer que atiende la caseta contigua sabotea la curiosidad de algunos interesados destacando lo tedioso de algunas labores del mantenimiento de una nave o recordándoles el riesgo que correrían en la flota de ser asimilados por los Borg. Finalmente, unos científicos de una organización civil empiezan a bromear con la jerarquía y el diseño de los uniformes de los miembros de la flota y, entre chufas, la insignia de rango de Boimler, cuyo talante es escrupuloso en especial con los protocolos y los símbolos, acaba en el barro. El joven oficial estalla en exaltaciones bastante militaristas de la seguridad planetaria que proporciona su organización, descuajeringa a patadas una caseta y distribuye insultos entre los presentes, a quienes considera unos vagos y unos cobardes. Su misión de reclutamiento parece haberse ido a la porra

definitivamente. Pero esta demostración, que revela que no es la persona intachable que pretendía aparentar, alguien capaz de no caer en provocaciones y que se mantiene siempre fiel a los principios de la flota estelar, tiene un efecto inesperado. Una alienígena declara que desea tener la confianza en sí misma de esa persona en uniforme y se alista. Y lo mismo hacen otros a los que la conducta camorrista parece haberles impresionado de forma positiva más que los fundamentos éticos de la federación de planetas.

De vuelta a la nave, Boimler no es expulsado de la flota, tal y como suponía muy compungido. Solo es amonestado levemente y arrestado en el calabozo por una única noche. Una vez liberado al día siguiente, la teniente al mando pide hablar con él. Entre risas, le solicita que le narre con pelos y señales cómo pateó la mesa de la caseta de los putos científicos cargantes.

El modo en el que opera el mecanismo del malismo contemporáneo —la exhibición de una personalidad negativa provoca la recompensa de la credibilidad entre la concurrencia—, aunque en este caso concreto se accione de forma involuntaria, se explica aquí a la perfección.

Malismo y subculturas juveniles

Del jipi al punk y del punk al fascista que se cree punk

El egoísmo surge en las primeras etapas del crecimiento de los seres humanos como mecanismo de defensa instintivo, pero a medida que las niñas y los niños socializan con otros semejantes, si su desarrollo emocional es ordinario, tienden a descubrir que la conducta cooperativa genera mayores ventajas al individuo. Sin embargo, tampoco es raro escuchar a chavales mayores o preadolescentes chulear entre sus congéneres de la realización de pequeñas cabronadas, ya sean falsas, ciertas del todo o ciertas pero exageradas, para conseguir un beneficio, que puede ser la simple atención, pero que también puede emanar de la necesidad de sobrevivir en un entorno hostil.

Quienes fuimos niños y adolescentes durante la transición convivíamos a diario con la violencia. Recuerdo encontrar, de muy pequeño, agujeros de balazos en el 1430 familiar de mi tía Maribel en el que nos llevaba al colegio a mis primos y a mí, provocados por un tiroteo nocturno cuando el coche estaba aparcado en la calle. El 3 de marzo de 1976, la policía armada nos disparó pelotas de goma a niños de once años que, a la salida del colegio, estábamos refugiados en un tunelcito del parque romántico de la Florida de Vitoria, pocas horas antes de que esa misma policía asesinara con balas de verdad a cinco obreros congregados en la iglesia de San Francisco de Asís, en el barrio de Zaramaga. Tres años después, ETA mató a Juan Cruz Montoya, el portero de mi colegio, que era un señor bien majo que nos trataba a todos los críos muy bien. Por lo visto, lo confundieron con un exguardia civil que, según decían, había sido torturador, alguien que al parecer no tenía muchas luces y

que también trabajaba allí de amo de llaves o algo parecido. Era un poco todo el rato así.

En paralelo a esa violencia que en los medios llamaban política, existía otra violencia callejera de menor intensidad pero que, siendo chavales, nos incumbía más directamente: las pequeñas bandas de atracadores adolescentes que abundaban en todas las urbes de la península. Constituían un grado previo a la delincuencia juvenil recreada en el cine quinquí. Sus miembros eran más jóvenes y sus objetivos más modestos: robar paquetes de tabaco, calderilla, trencas o, como mucho, medallitas de oro que en aquellos tiempos era costumbre colocarles en el cuello a los bebés al ser bautizados con la peregrina idea de que las conservaran ahí puestas toda la vida. Estas pandillas eran conocidas como «los chanos» y estaban especializadas en atemorizar, acosar y atracar a otros menores de edad. Casi siempre mediante simple extorsión, humillaciones ocasionales como tortazos en la cara con la mano abierta o secuestros exprés bajo amenazas que sus víctimas adolescentes no eran muy conscientes de que lo fueran. Para conseguir sus fines era raro que llegasen a necesitar enseñar sus navajas —que ellos denominaban bardeos y nosotros chafis—, aunque los usos y características de las que te aseguraban que llevaban en todo momento en el bolsillo eran uno de sus temas de conversación recurrentes. El término «chanos» parece derivar de «tanos», apócope de «gitanos», pero no lo eran. A muchos les gustaba simularlo porque sabían que así amedrentaban más, pero los gitanos, incluso aquellos que también atracaban, tenían maneras, empeños y códigos muy diferentes. También era frecuente, cuando te atrapaban en algún callejón, que para acojonarte más te narrasen con todo detalle los numerosos delitos con violencia que afirmaban haber protagonizado. No había un solo compañero de EGB que no hubiera sufrido algún asalto de los chanos, y en ciudades pequeñas como la mía, además, te topabas con frecuencia con algunas pandillas concretas que ya te conocían y te volvían a asaltar.

Cuando teníamos unos dieciséis años, mis tres amigos más cercanos y yo formamos un grupo de música punk bajo el nombre de «Letrinas» y decidimos que no era propio de punks aceptar este

tipo de vejaciones. Había en concreto una microbanda con la que ya habíamos tenido varios episodios de extorsión y que estaba comandada por un pequeño delincuente llamado Piquitas. Convenimos en que la siguiente vez que se acercaran estos pandilleros —que también eran cuatro— y empezaran a hablarnos nos abalanzaríamos sobre ellos sin entrar en discusiones. En la plaza de la Virgen Blanca esquina con la calle Mateo Moraza se acercaron, nos pararon y nos dijeron algo. Alberto, guitarra del grupo, conocido entre nosotros como Flash debido a que su padre tenía un estudio de fotografía, le soltó una patada voladora con giro de medio lado —que había ensayado mucho porque tomaba clases de kárate— a Piquitas, que cayó al suelo ante la estupefacción de sus tres secuaces. Nadie más golpeó a nadie. Nosotros cuatro echamos a correr y nos refugiamos en un bar cercano, el Carajo, que estaba regentado por unos colegas de Cecilia, la hermana de Ajuria, nuestro batería. Les pusimos sobre aviso de lo que había pasado, bajaron a medias el cierre metálico del local y esperamos una carga de la banda, que quizás llegaría con refuerzos. No pasó nada, no vino nadie a buscarnos al bar. Vivimos un par de semanas atemorizados, esperando la venganza de la banda de Piquitas. Nunca llegó. Un día nos encontramos con ellos, nos saludaron desde el otro lado de la calle y pasaron de largo. Tal vez decidieron que, como ya había chavales de sobra que no pondrían problema alguno a ser robados y humillados, no era necesario tentar a la suerte con aquellos que sí que se habían atrevido a hacer frente a sus abusos. Involucrarse en un intercambio de acciones y reacciones con estas premisas no era lo más aconsejable. Tampoco les convenía que se divulgase en su entorno que eran vulnerables. Lo contrario de lo que nos convenía a nosotros en el nuestro. A todos nos venía bien parecer más malos de lo que éramos de verdad.

En el 81 todavía no existía el *rock* radical vasco, y el único grupo punk de Vitoria que había tocado alguna vez en directo eran los Freak. Nosotros éramos más críos y los mirábamos con admiración cuando nos cruzábamos con ellos por la calle. Hasta nos hizo ilusión cuando nos enteramos de que nos llamaban «los punkitos». Puede

que lo hicieran con sorna, pero estábamos orgullosos de ser lo suficientemente revoltosos para que supieran que existíamos.

Un fuerte dolor de muelas le sobreviene a Freddie Mercury el 1 de diciembre de 1976. Se ve obligado a acudir al dentista y suspende la entrevista que su banda de *rock*, Queen, tenía acordada en el programa *Today* de la Thames Television. EMI, su discográfica, propone entonces a la cadena televisiva como sustituto a otro de sus grupos musicales: los Sex Pistols, una formación de chavales muy jóvenes, representantes de un movimiento callejero incipiente denominado punk. Acuden acompañados de un puñado de miembros del Contingente Bromley, su pandilla original de amigos y seguidores cercanos, de estética y modales igualmente gamberros. Entre ellos se encuentra, por ejemplo, Siouxsie Sioux, música novata que poco después se convertirá en la influyente reina del *rock* gótico. El presentador cuarentón Bill Grundy, un tanto ebrio, no calcula bien el potencial destabilizador de los invitados. Bromea sobre su supuesto posicionamiento antisocial, flirtea de forma muy casposa con Siouxsie y los azuza para que intenten ser transgresores. Los Pistols no se achantan y, en solo noventa segundos que dura el rifirrafe, los espectadores en horario familiar escuchan más veces la vetadísima palabra *fuck* que en toda la historia de la televisión británica hasta ese momento. El intercambio de insultos y exabruptos se convierte en un escándalo de trascendencia inesperada a pesar de ser una emisión de alcance regional. Aunque para los televidentes de hoy en día, acostumbrados a las sobradas en cualquier medio de comunicación, la grabación resulta bastante naíf, en ese contexto temporal catapultó a la banda a la fama. La estrategia promocional ideada por su representante Malcolm McLaren, consistente en llamar la atención haciendo y diciendo cosas que iban más allá de las convenciones sociales, fue un éxito.

Como toda doctrina social o cultural que nazca sin libro de normas escrito por sus creadores, el punk es un barullo de ideas en ocasiones contradictorias e intuiciones llevadas a la práctica a lo bruto. No está muy claro quiénes fueron los Juan Bautista y Jesús de

Nazaret del punk. Quizás Iggy Pop y Richard Hell. Pero no hay duda de que Malcolm McLaren fue su Pablo de Tarso. Entendió el potencial comercial del movimiento, puso cierto orden al jaleo de conceptos que irrumpieron al eclosionar en su cuna neoyorquina y sistematizó sus hallazgos mediante el uso de una moderna publicidad de guerrilla. Subrayó el DIY (hazlo tú mismo) que despreciaba el virtuosismo técnico, la falta de respeto a lo solemne, la utilización de la violencia como contraposición al pacifismo jipi y un orgulloso aunque confuso enfoque político. Pero desechó cualquier concesión a escenas musicales anteriores recientes —a las que sí aludían en América: ahí estaban los pelos largos de los Ramones o de los Dictators—, redefiniendo una estética para la corriente británica del punk que, a la larga, se convertiría en canon. Lo decorativo puede parecer un añadido de poco calado conceptual, pero fue una carta de colorida presentación inmediata que le permitió al punk divulgarse con rapidez e influir en muchos movimientos culturales y políticos posteriores. Ya lo dijo Frank Zappa: «Ningún cambio de estilo en la música sobrevivirá si no va acompañado de un cambio de estilo en la forma de vestir. El *rock* es para disfrazarse».

Por supuesto, en escaso tiempo brotarían múltiples escisiones que renegarían de esta o aquella peculiaridad del punk y reformularían nuevas aproximaciones. Los Crass, por ejemplo, inciden mucho en el «hazlo tú mismo» y en lo político, pero se muestran contrarios a la violencia gratuita. Son pacifistas, antirracistas, ecologistas, feministas y autogestionarios. Abominan de la integración comercial en el sistema de otras bandas como los Clash, también muy involucradas políticamente pero, en la práctica, asociadas a multinacionales discográficas. Eso sí, en el otro extremo político de este anarcopunk también emergería pronto una escena nazipunk con distintas ramificaciones que saltarían de nuevo entre continentes.

Los *beatniks*, los *hipsters*, los *rockers*, los *mods*, los jipis, los punks, los *heavies*, los hiphoperos... Desde principios del siglo xx, prácticamente todas las subculturas juveniles relacionadas con la música han manifestado en mayor o menor medida desprecio por las normas sociales y querencia por la transgresión. Más allá de la

necesidad de la paradoja que consiste en reafirmar la propia identidad con la integración en un grupo, este tipo de rebeldía juvenil siempre aparece como respuesta a una situación vital que se percibe como alienante. La impotencia ante un futuro desesperanzador se mitiga con diversión despendolada, intenso consumo cultural de características muy específicas, la asunción de una estética distintiva y cierta actitud combativa o, al menos, no colaborativa con lo establecido. Los objetivos de las invectivas de esta disconformidad juvenil con el sistema solían ser otras personas con más poder o con más dinero. La policía, los políticos o los millonarios aparecen a menudo como blanco de críticas en lemas y canciones. Solo en los casos más extremos de exaltación de la agresividad descerebrada en ramas determinadas de algunas de estas comunidades, como en el *black metal* dentro del *heavy* o el *gangsta* rap dentro del hip hop, la violencia ha degenerado puntualmente en truculentos asesinatos entre semejantes. Excepciones no significativas entre los comportamientos de millones de personas que se han considerado en algún momento de su vida como integrantes de alguna de estas subculturas.

En castellano, en el lenguaje coloquial, utilizamos el vocablo «jevi» para calificar situaciones intensas, que pueden ser deseables o todo lo contrario. También llamamos «jipis» a aquellas personas que se conducen al margen de alguna norma social, pero de una manera amable no demasiado disruptiva. Y aplicamos el término «punk» al temperamento desafiante con las reglas establecidas, sean estas de índole creativa o moral. Pero la auténtica rebeldía solo existe contra una opresión. Un empresario que abusa de sus trabajadores saltándose las leyes y la decencia no es un punk, es un sinvergüenza. Un universitario veterano que impone crueles novatadas a estudiantes primerizos no es un punk, es un desgraciado. Y, sin embargo, autodenominarse punk o creerse disidente desde el privilegio está de moda. Los programas de televisión competitivos con figuras de autoridad que humillan a los concursantes haciendo un uso perverso de su posición de poder se han erigido en una especialidad dominante en el género de los concursos. El publicista Risto Mejide, por ejemplo, alcanzó la

popularidad mediática en este tipo de programas a base de malismo puro vendido como punk indómito. Si una concursante de *Masterchef*, harta de tanto trato degradante, mandara a la mierda a sus opresores y se meara encima de un plato de *risotto* meloso de tinta de calamar con alioli de *codium*, sí sería un acto punk. Porque si el desacato es la falta de respeto debido a los superiores, la irreverencia es patrimonio exclusivo de los de abajo. El hatajo de cantamañanas que nos presentan en estos programas de entretenimiento como pretendidos maestros, expertos o jueces, cuando maltratan a aquellos que han sido etiquetados como subalternos, estén o no interpretando un guion, no son punks. Son el remedo de una estructura social abusiva en la que el de arriba oprime a los subordinados. Que es exactamente aquello a lo que la desobediencia del punk hace frente.

El propietario de La Peligrosa, uno de los establecimientos de restauración que mencionamos en el capítulo dedicado al *naming* malista, define su concepto gastronómico en la narrativa publicitaria del negocio como «punk aristócrata». Una posible interpretación de este oxímoron es que ofrecen el discreto servicio culinario de un *gaztetxe*, pero con los precios inflados de un restaurante para adinerados venezolanos de la Little Caracas madrileña. En cualquier caso, más allá de lo ridículo de la anécdota, el concepto de «punk aristócrata» es un hallazgo léxico que define bastante bien a una ralea de petulantes que cree que comportarse muy chungamente con los menos favorecidos —al mismo tiempo que son serviles con los más poderosos que ellos— les da derecho a considerarse provocadores. El verdadero punk de origen humilde que desafía a la jerarquía del orden social no es un arquetipo celebrado en nuestros días. Lo que triunfa es el culto a los potentados que van de gamberros desde la seguridad que proporcionan el dinero y el poder. La policía, los millonarios o los políticos son ovacionados con frecuencia solo por el hecho de serlo. El argumento *ad verecundiam* es una de las falacias más socorridas en las redes sociales y otros medios de comunicación. Se aceptan a la ligera noticias inciertas que reproducen sin más versiones policiales no contrastadas ni cuestionadas. Los gobernantes desvergonzados que hablan mal de

«los políticos», como si ellos fueran otra cosa distinta, calan en un público amplio, a menudo juvenil. Las corruptelas de los ricos se disculpan como pícaras triquiñuelas de golfillos espabilados. Aplaudir al multimillonario que estafa, al político bravucón o al periodista de las cloacas que miente está en boga.

Es cierto que siempre han existido personajes acaudalados carismáticos cuyos mangoneos se disculpaban por amplios sectores de la población debido a su campechanía personal populista. El marqués de Salamanca utilizaba información privilegiada para obtener ganancias ilícitas en la bolsa, pero un día de la semana invitaba en el Lhardy a cenar y emborracharse a un grupo de estudiantes jueguistas. Los tejemanejes como constructor de Jesús Gil produjeron la muerte de cincuenta y ocho personas en Los Ángeles de San Rafael, pero era muy simpático y presidente del Atlético de Madrid. Ruiz-Mateos fue condenado por alzamiento de bienes, pero le quedaba muy gracioso su disfraz de Supermán, y qué risas cuando le arreó un puñetazo muy mal dado a Miguel Boyer al grito de «¡que te pego, leche!». En las elecciones europeas de 1989, la candidatura de su agrupación obtuvo 608.000 votos y 2 diputados. Todos estos y otros entrañables caraduras de similar estofa tuvieron estimables carreras políticas, aunque obviamente palidecen al lado de la de Trump.

Hoy, sin embargo, muchos adolescentes excusan los trapicheos de los ricachones más fantoches no solo porque les caigan bien, sino sobre todo porque se identifican con ellos. Gracias a un desconocimiento profundo de las estadísticas de movilidad social y de las leyes de probabilidad, calculan que no resulta descabellado que ellos mismos acaben siendo también millonarios. Y además ansían, cuando lleguen a serlo, no tener que pagar impuestos. De tal forma que ven estupendo que sus ídolos del *streaming* establezcan sus domicilios fiscales truchos en Andorra. Si desean disponer de mucho dinero no es precisamente para contribuir a la construcción de escuelas públicas o para poner fin a una enfermedad en el tercer mundo. Solo aquellos multimillonarios que han participado decididamente en la creación de organizaciones benéficas o

colaborado en proyectos humanitarios de importancia —como Bill Gates o George Soros— son sospechosos y objeto de enrevesadas teorías conspiranoicas.

La jerga adolescente siempre ha recogido el signo de los tiempos. Los chavales de ahora no dicen «no me apetece» o «no quiero», sino «no me renta». Cuando el beneficio personal es la única motivación que anima a hacer algo y confesarlo no está mal visto, es lógico que el verbo «rentar» se convierta en casi sinónimo de «apetecer». Si algo no te renta, no te puede apetecer.

—Recoge tu habitación.

—No me renta.

—¿Por qué no me ayudas a preparar la comida?

—No me renta.

—¿Por qué sales con ese imbécil de familia bien, si ni te cae bien?

—Me renta.

Otro neologismo juvenil que viene también a cuento en estas páginas es «basado». Se aplica a alguien que es capaz de emitir una opinión muy controvertida o realizar determinada acción pasada de vueltas sin miedo a las reacciones que pudiera suscitar. Si quemas una bandera LGTBI y subes la grabación a tu Instagram, eres basado. La legión de columnistas y tertulianos de extremo centro que buscan casito diario a base de ofender al mayor número de minorías posible quiere ser basada. Insultar de gravedad al rey de España en un rap es una acción basadísima. Pero esto último se da menos en los últimos tiempos porque acabar en el telediario por basado mola más que acabar, por lo mismo, en el talego.

En junio de 2024, el presidente ultraderechista del Parlamento Balear, Gabriel Le Senne, arranca del ordenador de una diputada socialista una fotografía de tres mujeres fusiladas por el dictador Francisco Franco y la rompe. Un medio de comunicación publica esta noticia en su cuenta de Twitter. Alberto Pugilato, un neonazi que, solo unos días antes, había acudido al espectáculo del cómico Jaime Caravaca para agredirle en el escenario, respondió así al tuit: «Basado. Ese gesto le honra».

A pesar de que la inmensa mayoría de las veces obrar basado supone contravenir cualquier consenso moral de mínimos, el término se utiliza siempre de forma positiva. Alguien muy basado puede recibir insultos y descalificaciones o incluso denuncias, pero a menudo también obtiene una rentabilidad evidente, como una simple atención puntual, un repunte de su popularidad en su esfera colectiva, una mayor difusión de su discurso político expresado en un acto electoral o incluso una recompensa económica directa si, como vimos en el capítulo sobre el malismo telemático, posee una cuenta de X verificada con *check* azul que le reporta beneficios proporcionales a la repercusión de su parida.

Cristianismo malista

La decadencia de las religiones del amor y el auge de las carismáticas

Frente a la cara norte del madrileño parque del Retiro, en el cruce de las calles Alcalá y Lagasca, sobre el solar en el que se encontraba la antigua plaza de toros de Madrid, se levanta la parroquia de San Manuel y San Benito. Pese a la gran envergadura del edificio, la apariencia de castillo del terror de parque de atracciones alerta de su condición de historicismo locuelo del siglo xx. En concreto, se trata de un exponente de la no muy abundante en nuestro país arquitectura neobizantina. Y no solo da miedo el edificio. Un murete sobre el que se sujeta una reja de apretados barrotes negros rematados con cabezas de lanzas doradas —que las personas de mi generación asociamos con la traumática muerte del hijo de Romy Schneider— rodea sus cucos pero inaccesibles jardines privados. Quizás el agresivo detalle que más llama la atención al ojo atento es que todo el perímetro del estrecho trocito de muro que sobresale de la verja está protegido con una currada zarza forjada en hierro muy poblada de agudísimas puntas que impide que cualquiera se atreva siquiera a apoyarse en él. En Google Maps no figura el horario de visitas de la iglesia, aunque sí se recogen numerosas reseñas negativas de parejas que el día de su boda fueron extorsionadas y obligadas a utilizar los servicios de un carísimo fotógrafo conchabado con el párroco.

En la misma ciudad, la iglesia de San Antón despierta la curiosidad de los transeúntes de la calle Hortaleza porque sus puertas están siempre abiertas de par en par las veinticuatro horas del día con el objeto de ofrecer no solo un lugar donde rezar a los creyentes, sino

un refugio techado y con calefacción a cualquier persona que lo necesite. Una *webcam* visitable en su muy actualizada página en internet nos muestra en todo momento lo que sucede en su interior. El templo es conocido porque el 17 de enero se bendicen allí animales domésticos y porque, además, las mascotas son bien recibidas en su interior durante todo el año. Popularmente se le suele llamar «la parroquia del padre Ángel» —el fundador y presidente de la fundación Mensajeros de la Paz—, pero la perífrasis no es precisa, ya que en realidad no tiene un único párroco. Su órgano de gestión es colectivo. La iglesia cuenta con médico, psicoterapeuta y psicólogo a disposición de quienes requieran de su asistencia. En su interior se permite que las mujeres den pecho a sus bebés lactantes, se ofrece conexión wifi y suelen verse muchas maletas porque brinda un servicio gratuito de consigna para cualquier viajero que de paso por la ciudad necesite la custodia temporal de sus equipajes. Si se desea, en unas máquinas expendedoras mecánicas de aspecto retro, se pueden obtener a distintos precios cajitas vacías de cartón en las que figuran rotulados los kilos de distintos tipos de alimentos que, con el dinero introducido, la parroquia podrá adquirir para familias sin recursos.

Dos iglesias de la misma ciudad e idéntica religión interpretan de estas dos maneras tan diversas lo que debe ser un templo católico. El modelo de San Antón habría pasado casi inadvertido en los 70, cuando los párrocos pseudojipis animaban sus eucaristías campestres con canciones en directo de los Beatles o Bob Dylan con la letra en castellano cambiada y cuando muchos curas de barrio lucían pantalones vaqueros. Pero hoy sorprende porque es contrario al *Zeitgeist* contemporáneo malista. Su altruismo incluso ha sido atacado virulentamente en diarios digitales de bulos que viven de la publicidad institucional de administraciones del PP o incluso en publicaciones religiosas de catolicismo convencional. «Los actuales curas no somos mercaderes de buenismo vacío ni ejecutores de filantropía sincretista», señaló en Infovaticana.com, en 2016, un religioso oculto tras pseudónimo en una breve columna titulada «El padre Ángel debe ser relevado de San Antón».

En 1986, el papa Juan Pablo II modificó la oración católica del padrenuestro tergiversando el original griego que aparece en el Evangelio de Mateo. Donde antes decía: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», ahora dice: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». La decisión de la enmienda resulta tan descaradamente neoliberal que casi parece la ejecución de una orden directa del FMI. La solicitud de condonaciones de deuda es una cuestión demasiado sensible en la ordenación geopolítica mundial como para que figure con tal ligereza en una oración que se dirige a un simple dios, en vez de a los poderes supranacionales que deciden de verdad estos asuntos. Juan Pablo II, con el decidido apoyo de su mano derecha, Joseph Ratzinger —que acabó sucediéndole en su cargo con el sobrenombre de Benedicto XVI—, combatió con dureza el movimiento renovador de la teología de la liberación en América Latina y suele ser citado, por los cronistas de legendarias gestas liberales ochenteras, junto a Reagan y Thatcher, como uno de los artífices de la caída del muro de Berlín.

En comparación con esos dos pontífices, el actual papa Francisco, sin ser tampoco un dechado de progresismo obrerista, sí que mantiene una sorprendente inclinación de respeto y conciliación con la diversidad, los trabajadores y los desfavorecidos que armoniza poco con la intransigencia plutócrata dominante en nuestros tiempos. Este talante le ha valido continuas descalificaciones de la derecha más reaccionaria. Su encuentro con la vicepresidenta Yolanda Díaz fue calificado por Cuca Gamarra como «cumbre comunista». Francisco Marhuenda, tertuliano televisivo y exasesor de Mariano Rajoy, ha dicho de él: «Es populista y demagogo y solo gusta a los ateos». El pseudoperiodista de las cloacas Eduardo Inda va más lejos. A su parecer, el vicario de Cristo es «el representante del Diablo en la tierra». El líder de la extrema derecha patria Santiago Abascal ni siquiera parece reconocerlo como papa y se suele referir al obispo de Roma como «el ciudadano Bergoglio». Federico Jiménez Losantos, el telepredicador radiofónico ultraderechista, ha confeccionado innumerables mote denigrantes para el papa Francisco. Algunos de ellos son: «el Tonticristo», «el

Papanatas», «el Antipapa», «el tío tonto de Valdano» y «el Papacisco».

La afirmación de la existencia de un dios único o varios diferentes no es la esencia que determina que un conjunto de creencias se considere una religión. El budismo, el jainismo o el taoísmo son religiones no teístas. La verdadera condición *sine qua non* que define a un credo como religión es su convencimiento de la existencia de seres con poderes sobrenaturales.

Pero hasta esta obviedad es desconocida por la inmensa mayoría de los creyentes católicos declarados en países occidentales. Prueben a preguntar por el significado de dogmas sencillos de doctrina católica elemental a algún familiar o amigo que se diga católico. Pocos de ellos sabrán aproximarse a conceptos como la parusía, la Asunción de la Virgen o la Inmaculada Concepción. Y aprovecho para desmentir que este último postulado guarde alguna relación con el hecho de que la madre de Jesucristo follase o no para quedarse embarazada, como sospechan multitud de españoles.

Cuando me preguntan si como carne, suelo decir de guasa que soy vegano no practicante. Me gustaría serlo de verdad por razones éticas, pero no lo soy por motivos variados, entre los que no descarto el antropocentrismo egoísta. Algo así sucede con los llamados «católicos no practicantes», cuya opción espiritual es mayoritaria: un 37,7 por ciento de la población total del Estado, según el barómetro del CIS de febrero de 2024, seguido de un 17,9 por ciento conformado por los católicos de verdad. Es ilustre costumbre autodenominarse católico y participar en algunos ritos sacramentales porque se considera norma social, pero también es asentada tradición desoír los preceptos del mismo catolicismo al que se asegura pertenecer. Proclamarse no católico está mal visto en la distinguida sociedad vernácula porque revela un razonado desarraigo de lo castizo, pero el cumplimiento de todos los mandamientos de tu propia religión se juzga propio de beatos panolis. Y la beatería se aproxima peligrosamente al aborrecido buenismo. Por eso es normativo entre rancios caballeros españoles ser católico y putero. Porque los dogmas de la propia confesión dan un poco lo mismo. Lo

tradicional es ser de una religión o un partido político como se es de un equipo de fútbol. Por acogedora pertenencia al grupo e identificación corporativa. Obviando las incoherencias, resaltando los símbolos, despreciando los axiomas, justificando las ineptitudes y corruptelas. O incluso los crímenes de pederastia. De tal manera que tampoco es excepcional combinar la integración voluntaria en una teórica religión de amor con la práctica diaria del odio sectario.

Es apenas conocido el hecho de que en el Reino de España viven sacerdotes católicos casados, en ocasiones con numerosos hijos, que ejercen su ministerio con total normalidad. La Iglesia católica española, siempre poco amiga de cualquier transparencia, oculta las cifras exactas, pero se calcula que superan el centenar. El término con el que el derecho canónico se refiere a ellos es *virī probati*. Existen varias excepciones prácticas conocidas al celibato sacerdotal dentro de la Iglesia católica que permiten que un hombre casado pueda ser cura. Una es la escasez de vocaciones en un territorio concreto, pero no es el caso de los que se encuentran aquí. Otra es la pertenencia a iglesias católicas de rito oriental que tienen esa tradición, la cual se respeta en plena comunión con la Santa Sede. Acogidos a esta singularidad, sí que existe por estos lares un considerable grupo de curas casados procedentes de la Iglesia grecolatina rumana o de la grecocatólica ucraniana. Por último, el conjunto más nutrido de sacerdotes católicos casados establecidos en nuestro país es el que ha emanado de las copiosas conversiones al catolicismo de pastores protestantes, en especial de episcopalianos. Pero la razón de que en los últimos años se haya producido esta ola de conversiones no tiene nada que ver con una epidemia de epifanías de naturaleza espiritual.

Tras la Revolución americana y la independencia de las trece colonias británicas, la Iglesia anglicana americana perdió su conexión con la estructura institucional del Reino Unido. Se reorganizó y pasó a llamarse Iglesia episcopal protestante de Estados Unidos, sin dejar de ser teológicamente parte de la comunión anglicana. Sin embargo, su autonomía organizativa le ha permitido ser una Iglesia abierta a cambios que han implementado

una cierta tolerancia en su jerarquía poco habitual en confesiones cristianas. Desde que en los 70 fuera nombrada la primera mujer sacerdotisa, ha ido avanzando en esta dirección y contagiando su determinación igualitaria a otras Iglesias del mismo credo. Similar recorrido ha tenido lugar con la aceptación de la homosexualidad. Pues bien, esta apertura ha ido asustando a los pastores protestantes más retrógrados, que han acabado buscando acomodo en una confesión más tradicionalista. Así, la Iglesia católica ha admitido las conversiones de estos renegados, permitiéndoles mantener su condición de sacerdotes sin exigirles renunciar a sus esposas y familias.

Como acabamos de ver, la Iglesia católica actual en nuestro país es hoy, pese a que la carcunda regre sea crítica con las veleidades humanistas de su padre espiritual, una institución considerada sólida entre los cristianos conservadores. Y su fe, aunque las estadísticas indiquen un progresivo descenso anual de su relevancia y el grueso de sus prosélitos ignoren en qué consiste su compleja doctrina, sigue manteniendo arraigo sociocultural entre la población nativa.

Pero un simple paseo atento por los barrios de nuestras ciudades nos muestra el palpable auge de nuevas Iglesias de cultos pseudocristianos que no acertamos a clasificar con precisión y que ocupan locales en ubicaciones destacadas o incluso construyen llamativos nuevos edificios. En la última década, desde el continente americano no solo nos han llegado franquicias, técnicas trumpistas de propaganda, ultraderechización o venezolanos millonarios maleducados. Asimismo ha recalado la amenaza de las Iglesias neopentecostales, también conocidas como carismáticas. Tras los 22.000 lugares de culto católicos, la siguiente confesión con más templos en el Estado español no es el islam, con sus 1.500 mezquitas, sino las Iglesias evangélicas, con 4.348 iglesias dispersas por todo el territorio.

Bajo el término «evangélicas» solemos englobar de manera burda a una multitud de Iglesias cristianas protestantes con credos diferentes, en ocasiones contradictorios entre sí. Y lo hacemos no solo por desconocimiento de sus particularidades, sino porque sus

adeptos también se autoidentifican de tal modo, lo que hace complejo desentrañar su esencia. Entre los evangélicos de las Iglesias luteranas y calvinistas del protestantismo clásico que surgieron tras la Reforma protestante del siglo XVI, los de las Iglesias de la Alianza Bautista Mundial o los de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días —o sea, los mormones— hay diferencias considerables de creencias, ritos y procedimientos. Pero las Iglesias evangélicas con un mayor carácter retrógrado, cuya expansión parece imparable y que en muchos países están interviniendo en política de forma decisiva, son las neopentecostales. Entre sus sonados triunfos políticos figuran los siguientes: colocar en 2016 al humorista y pastor neopentecostal Jimmy Morales en la presidencia de Guatemala, ser determinantes en el fracaso del referéndum del acuerdo de paz de Colombia en 2016 o conseguir la presidencia en 2019 para el exmilitar Jair Bolsonaro. Tres años antes de su victoria electoral, Bolsonaro fue bautizado por el pastor Everaldo Pereira de la Iglesia evangélica neopentecostal Asamblea de Dios Victoria en Cristo en las aguas del río Jordán.

El Nuevo Pensamiento es una magufada que inventó el mentalista Phineas Quimby en 1854. En síntesis, asegura que si padeces una enfermedad y deseas muy fuerte curarte, pues te curas. «Curación mental», le llaman a eso. Más allá de su aplicación a modo de placebo psíquico en trastornos de origen psicosomático, la tesis de la ocurrencia carece de cualquier fundamento científico. Los 7.291 seres humanos que, durante la pandemia, fueron abandonados sin asistencia médica en residencias geriátricas madrileñas por el Gobierno regional de Isabel Díaz Ayuso no murieron por carecer de pensamiento positivo. Murieron porque los protocolos de la vergüenza de la Comunidad de Madrid obligaron a los responsables de estos centros a no medicalizarlos y a no trasladar a hospitales a las personas mayores residentes que carecieran de seguro médico privado, condenándolas a una muerte segura y horrible en soledad.

Desde su inicial conexión con la salud, la misma especulación mágica del Nuevo Pensamiento se ha extendido a otros apartados de la existencia hasta llegar a la «ley de la atracción», que afirma que

podemos alcanzar cualquier propósito terrenal de cualquier índole si nos lo proponemos de verdad. Aprobar un examen. Que te toque la lotería. Mantener relaciones sexuales con quien te apetezca. ¿Eres un periodista palestino y el Mossad te ha advertido por SMS de que te va a asesinar junto a toda tu familia por haber documentado y divulgado algún crimen de guerra del Estado de Israel? No pasa nada. Tú piensa muy positivamente y seguro que, de pronto, los sionistas cambiarán de idea.

Hay mucho de Nuevo Pensamiento en las películas de *Matrix*. En ellas, Neo solo necesita tener la certeza de que va a ser capaz de saltar entre dos rascacielos o esquivar las balas para alcanzar sus fines. O en *Nicky, la aprendiz de bruja*, largometraje de animación de Miyazaki en el que la encantadora niña protagonista solo recupera la capacidad de poder volar con su escoba cuando vuelve a confiar en sí misma. Pero las implicaciones filosóficas de lo que de entrada puede parecer una simple majadería de autoayuda incluso simpática por su candidez son, en realidad, aterradoras. Pues responsabiliza al individuo de todos sus sufrimientos. Si un fondo buitre echa a los vecinos de un bloque para convertir el edificio en una colmena más de apartamentos turísticos, la culpa no es de las autoridades que permiten especular así con las viviendas de los habitantes de esa ciudad. Ni siquiera de la codicia descomedida de los oligarcas y sus cómplices. Es de los afectados, que no pensaron muy fuerte en que no los echaran a la calle.

La teología de la prosperidad de las Iglesias neopentecostales recoge la idea fundamental del protestantismo de que la salvación se consigue mediante la simple fe —no como en el catolicismo, donde las buenas obras son también necesarias—, pero le añade elementos del Nuevo Pensamiento. No hace falta esperar a otra vida prometida, pero intangible, para conseguir todo lo que se desee. Se puede obtener en esta. Aunque la clave para el milagro no es ya el pensamiento positivo, sino la creencia en Dios en general y en los poderes de la tercera persona de la Santísima Trinidad en particular. Los tratamientos médicos pueden sustituirse por frases instrumentales como «Por las llagas de Cristo, ya estoy sanado»,

siempre y cuando creas mucho que el ser supremo te va a curar. Si no te cura, es que no crees en él de verdad. La culpa de no poder volar de Nicky la brujita no es de su escoba, es de ella, sus pecados contra el Señor y su carácter pusilánime.

Porque, de nuevo, la responsabilidad, tanto de los fracasos como de los éxitos, corresponde al individuo. Lo cual abre una siniestra puerta que anima a despreciar a los desfavorecidos, a los enfermos, a los oprimidos o a los parados, ya que, según esta lógica, todos ellos son criaturas despreciables que no creen en Cristo lo suficiente. Y, por otro lado, se anima a considerar a los potentados como inmaculados seres virtuosos, sin cuestionar nunca los orígenes de sus fortunas, puesto que es decisión del Todopoderoso haberlos premiado con bienes terrenales y pasta gansa.

No es extraño que muchos teólogos y pensadores cristianos — católicos, pero también evangélicos— señalen que las Iglesias carismáticas, por mucho que sus predicadores griten el nombre de Cristo cientos de veces en sus espectaculares ceremonias colectivas y en sus programas de radio y televisión, se apartan demasiado de la doctrina del cristianismo como para poder ser consideradas verdaderamente como pertenecientes a esta religión.

Por si fuera poco, en el cóctel de la teología de la prosperidad también se introducen mecanismos de las estafas piramidales clásicas. Los pastores exigen que sus fieles demuestren la fortaleza de su fe donando las mayores cantidades de dinero que sean capaces de reunir. Si no entregan mucho es que no confían en el Espíritu Santo. Y si no confían en el Espíritu Santo, no será posible que reciban el dinero que pretenden que les llegue mágicamente. Los mandos superiores que, en efecto, sí que consiguen la acumulación de riqueza que buscaban pueden empezar a gestionar franquicias de sus iglesias matrices o incluso llegar a independizarse y fundar nuevas. Siempre que se establezcan en otros territorios todavía vírgenes, claro. Intentarlo en los ya controlados por organizaciones neopentecostales de importancia no se recomienda, como no se recomienda ponerse a comercializar fentanilo en las calles de un barrio donde ya lo esté distribuyendo otra banda.

Si todo esto recuerda a la próspera organización del tricantino Amadeo Llados y otros ciclados vendehumos de la timoesfera tatuada, no es por casualidad. En efecto, la estructura piramidal de su negocio es una clara reformulación de una secta carismática en la que, en una vuelta de tuerca, solo se ha sustituido a Dios por la figura del propio cabecilla y se han aplicado ligeros cambios cosméticos. La enunciación repetida de consignas taumatúrgicas que abastecen de una jerga específica a los iniciados es similar. Solo que, en vez de «aleluya, hermano», «hossana en el cielo» o «eres hijo de Dios», se utilizan las expresiones «ganando, bro», «vibra alto» o «*fucking* bestia». En los cultos neopentecostales, los ajenos a la doctrina o incluso los prosélitos imperfectos son estigmatizados como «pecadores»; aquí son «milleuristas», «plebeyos», «panzas» o «*fucking* pobres». La cansina exhortación a orar es, en este caso, a realizar *burpees*. Pero la exhibición jactanciosa de la riqueza del líder, la búsqueda de fieles entre personas que estén atravesando malos momentos existenciales, el desprecio por los necesitados por achacarles su suerte o la promesa de un cambio de vida y altos beneficios económicos solo para aquellos que confíen ciegamente en el credo son exactos a los mecanismos neopentecostales.

En mayo de 2024, Llados celebra un evento en el Casino Gran Madrid de Aranjuez. Entre ciento cincuenta y doscientos jóvenes feligreses pagan los mil euros que cuesta el paquete básico consistente en una *masterclass* de cuatro horas. Para acceder al *coaching* personalizado y la cena con el líder se necesita otra entrada más exclusiva de un precio cinco veces superior. Un breve vídeo del encuentro se filtra en las redes sociales. En una amplia sala con un gran escenario, todos los asistentes se han levantado de sus sillas y realizan un extraño ritual colectivo a ritmo de una canción. No es *rock* cristiano, es el «2 For 1» del rapero afroamericano Key Glock. No alzan los brazos ni corean salmos. Tampoco vibran poseídos y caen desmayados. Pero sí se lanzan al suelo, ejecutan una flexión, se vuelven a poner de pie y repiten el ciclo. No rezan, hacen *burpees*.

El venezolano Gustavo Aláin Eustache Soteldo, a su llegada a Madrid en 2010, trabaja como cantante de reguetón, vendedor de planes de pensiones o «administrador solidario» de una falsa consultora del sector petrolero que sirvió de pantalla a las actividades delictivas de José Trinidad Márquez, un famoso estafador internacional reincidente. Cuando Eustache se afilia al Partido Popular, comienza a ocupar cargos en tiempo récord. En 2019 es nombrado personalmente por Ayuso secretario general de un departamento del PP denominado Nuevos Madrileños que se presenta como una suerte de enlace del partido con la inmigración latina. Descripción que no es del todo falsa, pero que escamotea un importante detalle. Eustache es «hermano de la fe evangélica», y esa inmigración latina con la que establece alianzas con Génova es, en realidad, la alta jerarquía de las Iglesias carismáticas de la ciudad.

Los contactos, visitas e intercambio de favores entre el partido y los líderes neopentecostales se van acumulando, si bien de momento sin demasiada trascendencia mediática. Para las elecciones municipales y autonómicas de 2019, por ejemplo, un todavía desconocido José Luis Martínez-Almeida coloca en su lista electoral a Eustache en un puesto 32 con el que no conseguirá ser concejal. Almeida, a cambio, es bendecido en un ritual evangélico por la pastora colombiana Yadira Maestre Wilches, fundadora del Centro Apostólico Cristo Viene establecido en Usera, franquicia de un negocio familiar que, a su vez, es escisión de la estadounidense Iglesia de Dios. Sus hermanas Esther y Mery predicán como ella, pero en Miami; su hermano lo hace en una radio del estado de Georgia, en Estados Unidos; su marido, Florentino Barceló, también es pastor en el centro de Usera. Además de ser capaz de sanar a los enfermos, Yadira asegura atesorar un poder mágico muy extendido entre los predicadores neopentecostales bien relacionados con el Paráclito: el don de lenguas que permite hablar en idiomas que se desconocen.

En junio de 2021, el PP instala en el Centro Apostólico usereño un puesto de recogida de firmas contra los indultos a líderes independentistas promovidos por el Gobierno de Pedro Sánchez. En junio de 2022, Eustache y el vicesecretario electoral del PP de

Madrid, Jorge Rodrigo, se reúnen con Yadira en Génova. Unas fotografías que de vez en cuando vuelven a circular por redes sociales y en las que aparecen varias personas sonrientes en una salita, con una mesa de reuniones de madera clara bajo un colosal primerísimo primer plano de Isabel Díaz Ayuso de cuatro metros de altura a lo Kim Jong-un como única decoración, sirven de documento gráfico de aquel encuentro. En septiembre de ese mismo año, el secretario general del PP regional, Alfonso Serrano, acude a un multitudinario evento neopentecostal, llamado Invasión Fest Madrid, donde la pastora Maestre le hace entrega de un premio otorgado al alcalde de Madrid y la presidenta de la Comunidad «por su apoyo a la Iglesia evangélica». En el mismo acto se produce un milagro. Una mujer siente el poder de Dios y se desmaya. Cuando se levanta, está curada de su miopía. «He venido aquí, he tenido que ponerme las gafas porque no veía el escenario y, ahora, desde que me he levantado del suelo y el Espíritu Santo me ha tocado, veo todo con claridad y Dios es maravilla», confiesa desde el mismo escenario en el que el líder popular ha recogido el galardón.

A principios de marzo de 2023, el presidente de las Nuevas Generaciones del PP en el distrito de Fuencarral, Joaquín Torremocha, y el alcahuete evangélico Gustavo Eustache asisten a una ceremonia en la Iglesia Cristiana Hossana de Carabanchel. El pastor Henry Svensson señala desde el pseudoaltar la presencia de ambos, los califica como «cargos políticos fuertes» y cede el micrófono a Eustache. «Para que ustedes vean lo increíbles que son las cosas de Dios, la presidenta Isabel Díaz Ayuso y el Partido Popular han confiado en un cristiano para llevar adelante esta misión», asegura Gustavo. Y emplaza a los fieles a una cita político-religiosa de importancia el día 26 de ese mismo mes en el centro cultural Auditorio Parque El Paraíso de San Blas-Canillejas.

En esa fecha y lugar, dentro de la precampaña electoral para los comicios autonómicos y municipales del 28 de mayo, el PP organiza en un recinto público municipal de Madrid un acto denominado Europa es Hispana. El empeño reconocido por el partido es «unir las relaciones con las Iglesias evangélicas en torno al programa y el proyecto del PP de Madrid». Esta vez, además de los habituales

Eustache y Rodrigo, acuden tres destacados dirigentes: Alberto Núñez Feijóo, Isabel Díaz Ayuso y José Luis Martínez-Almeida. La actuación musical corre a cargo del reguetonero dominicano Henry Méndez, pero el plato fuerte de la ceremonia acaba siendo Yadira Maestre Wilches, cuyo tratamiento religioso en los últimos meses ha ascendido de «pastora» a «apóstol». Como cualquier otra perorata de charlatán neopentecostal, su prédica resulta errática. La falta de contenido se camufla echando mano de palabrería cristiana vacua que no viene mucho a cuento, pero declamándola, eso sí, con vocalización rotunda y vehemente entonación teatral. Transcribo a continuación un fragmento del sermón para hacernos una idea del despropósito:

Señor, pedimos, padre celestial, que cada día el amor halle en el corazón de este partido, desde el número uno, nuestro señor Feijóo, hasta nuestro querido alcalde José Luis Martínez-Almeida. Y creemos, Dios mío, que tú eres el Dios todopoderoso, aleluya, para que se siga expandiendo tu palabra y, como dice tu palabra en el Libro, aleluya, de los Reyes, que gobernaba Josías y cuando Josías gobernaba dice que se celebraba la Pascua. Señor, estamos a pronto de la Semana Santa. Pedimos, Dios, que nuestros gobernantes, señor Jesús y todos nuestros queridos hispanos de diferentes países, podamos celebrar una Pascua este año gloriosa, Señor, de una reconciliación contigo, de una presencia contigo, porque dice tu palabra que Jesús vino al mundo y murió por nosotros para darnos salvación. Señor, bendice a nuestro alcalde, bendice Señor, aleluya, a nuestra presidenta y bendice al señor Feijóo, que en este tiempo, aleluya, de Semana Santa tengamos una semana gloriosa donde sepamos que solo tú, mi Jesús, diste tu sangre, diste tu vida, por la humanidad. Muy buenos días, y a disfrutar de este tiempo hispano. ¡Bendecimos a España y a toda su gente!

Al día siguiente de este acto, varios vídeos de esa convocatoria se hacen virales y los medios de comunicación muestran, por fin, cierto interés por la estrecha conexión de uno de los principales partidos políticos del país con sectas carismáticas que intervienen en política. Las comparaciones con las decisivas implicaciones de estos cultos en las campañas de Trump o Bolsonaro son innegables. Surgen grabaciones y testimonios de Yadira Maestre controvertidos. En ellos, sostiene que la pandemia y las vacunas son «corrientes para oprimir a la población» dentro de «una manipulación global orquestada» por

«un espíritu de rebelión y brujería». Asegura que su madre se curó del cáncer rezando. A ella misma la medicina oficial le dio solo tres meses de vida debido a «una bacteria en el corazón». También se curó a base de rezos. Las reacciones públicas oscilan entre la estupefacción y el cachondeo.

Esteban González Pons, vicesecretario general institucional del Partido Popular, tuitea: «Si al acto hubiéramos llevado a un imán o a un obispo, como solemos en Bruselas, nadie habría dicho nada, pero una pastora evangelista, que representa a los que más sufren, hace que los socialistas y alguna tele se burlen de esta comunidad. Qué hipocresía y qué racismo». Entonces, se revela que uno de los milagros favoritos de la apóstol Yadira consiste en «sanar» homosexuales. El PP considera oportuno ya intentar desvincularse del revuelo. Retira de su página web el vídeo del acto de Europa es Hispana y borra varias reseñas en su sección de noticias de otras colaboraciones anteriores entre representantes del partido y líderes neopentecostales. González Pons borra su tuit. Las declaraciones de los voceros habituales del partido, como Borja Sémpér o Cuca Gamarra, son ya muy escaqueantes. Javier Maroto va un poco más allá en el distanciamiento: «El PP no lo comparte, el cáncer se cura con la medicina y la homosexualidad no es una enfermedad».

La polémica mediática se va desinflando. Llegan las elecciones. En Madrid, el PP consigue tanto en el Ayuntamiento como en la Comunidad sendas mayorías absolutas con el apoyo de la comunidad neopentecostal. Ningún medio de comunicación destaca que Gustavo Eustache, el secretario ejecutivo de la oficina de Nuevos Madrileños del PP, un «hermano de la fe» que figuraba esta vez en la lista electoral de Ayuso para la Comunidad, consigue ser diputado de la Asamblea de Madrid. Gracias al PP ya tenemos dentro de nuestras instituciones a por lo menos un destacado miembro de las nocivas Iglesias evangélicas carismáticas.

Epílogo

Por qué voy a matar a Herminio Bolaextra

Uno de los mecanismos del humor más utilizados en un sinfín de variaciones para elaborar artefactos de ficción jocosos es el que denomino «ruptura de protocolos». Ante las reglas consensuadas y ampliamente conocidas de cualquier proceso social, se introduce un elemento discordante que las incumple con rotundidad, lo que nos puede servir para ver las cosas desde un punto de vista no habitual, para denunciar la instauración de una injusticia o para revelar un dispositivo narrativo tan común que habíamos dejado de percibir como tal. Es decir, para mirar detrás de la tramoya. El personaje que habla a cámara en el cine o el que se salta el espacio entre las viñetas en una historieta evidencia mediante el juego metalingüístico estas convenciones. Del mismo modo, el niño, el señor de pueblo, el borracho o el punk que, por inocencia, ignorancia, enajenación transitoria o irreverencia, comenta sin miedo a la represalia social una obviedad que pocas veces se enuncia puede señalar una injusticia grave, una burocracia ilógica, una tradición disparatada o una simple moda ridícula. El Jaimito de los chistes populares, el Cristobalito Gazmoño de Toni Leblanc o el muñeco Monchito del ventrílocuo José Luis Moreno son ejemplos de personajes infantiles cuyas salidas de tono se percibían como humorísticas al expresar impresiones adultas con la franqueza directa que permitimos a los niños que desconocen las normas sociales. Pero en la tradición del humor español, el arquetipo de aldeano bruto aunque espabilado tiene incluso mayor trayectoria. El Agamenón de los tebeos de Bruguera, el Paco Martínez Soria recién llegado a la ciudad desde la aldea en tantas películas, el Tío Honorio de la banda de igual

nombre, el Supermaño de los cómics, el rústico paleta interpretado por Esteso que cantaba *La Ramona*, Marianico el Corto, el Gañán de los chanantes, el tío de la vara de José Mota... Todos ellos son personificaciones del pueblerino bestia, a menudo violento pero con un trasfondo crítico y licencia para la grosería.

En 1987 empecé a publicar las historietas de mi personaje más exitoso: el periodista Herminio Bolaextra. Su esencia proviene en parte de esa tradición del buen salvaje con boina y en parte de otra que se suele reivindicar como muy hispana, pero que también trascendió a otros países: la picaresca. El pícaro es un aprovechado que, sin embargo, suele caer bien por su origen humilde, su lucidez retorcida y una tendencia a buscar víctimas mezquinas de alto rango que percibimos, desde una óptica judeocristiana, como merecedoras de castigo. Pero es cierto que Herminio es adicto, además de al Ricard y a las drogas en general, a las gamberradas, y si se le ocurre una contundente, no discrimina sus objetivos por raza, género o pertenencia a clase alguna. Un proceder que no es tan igualitario como pudiera parecer, porque lo justo es que reciban más los que más se lo merecen.

La primera vez que leí la locución «políticamente incorrecto» fue en 1993, en una crítica al primer recopilatorio de Herminio Bolaextra, dentro de una publicación antológica de textos sobre los cómics autóctonos más destacados aparecidos a lo largo de aquel año. Reconozco que el calificativo le encajaba bastante bien: todavía no se había convertido en un vacío comodín muy recurrido para justificar la bajeza moral de quien es camorrista con las minorías pero sumiso con los poderosos. Entre el más de medio centenar de libros de historietas que llevo publicados, aquel del que más ejemplares he vendido en mi vida ha sido otro libro con el mismo protagonista: *Cómo convertirse en un hijo de puta. La enciclopedia del mundo de Herminio Bolaextra*, cuya primera edición apareció en 2004. Un manual de bromas pesadas, ingeniosas fórmulas de faltar el respeto al prójimo, chascarrillos zafios, micromalismos y sabotajes urbanos de pequeña envergadura. «Un periodista malnacido y drogadicto, pero como persona extraordinaria», reza una de las descripciones más conocidas del reportero. Pero Herminio, en

realidad, es solo un aprendiz de hijoputa. Es el borracho que te meó el portal de tu casa, no el director de oficina bancaria que le cagó la vida a tu abuela vendiéndole preferentes.

En una entrevista que el cronista Álvaro Corazón Rural realizó a Begoña Villacís en la revista *Jot Down* en 2015, este juguete roto de la política comentaba que de joven leía las historietas de Herminio Bolaextra y que seguía manteniendo muchos guiños extraídos de ellas con su hermano. Siete años después, como vimos en el primer capítulo, Begoña consideró buena idea promocionarse documentando gráficamente su participación personal en el desalmado derribo de infraviviendas de personas sin hogar. Desconozco si al hermano al que se refería Begoña en aquella entrevista era el mayor o Borja Villacís, el pequeño. Es sabido que este último era a principios de siglo un nazi que se dedicaba a dar palizas con una banda de *skins* ultraderechistas. En 2004, a la tierna edad de veintiún años, ya contaba con varios antecedentes en esa dirección y fue detenido tras una de sus cacerías racistas en un vagón del metro de Madrid. El juicio no se celebró hasta 2012. Fue condenado a seis meses de prisión e indemnizaciones que ascendieron a 9.403 euros por dos delitos de lesiones infligidas a sendos ciudadanos que intentaron defender a una chica negra de la agresión grupal de la jauría de matones de extrema derecha que él comandaba. En el transcurso de la Operación Águila-Frazen de 2021, Borja fue, junto al Niño Skin —cabecilla del grupo neonazi Outlaw y exlíder de Ultrasur—, uno de los 27 detenidos en un dispositivo policial en el que se requisaron 239 kilos de farlopa y unos 700 de resina de hachís. Imputado por narcotráfico y blanqueo, fue asesinado en junio de 2024 en la carretera de Fuencarral-El Pardo. Al parecer, por miembros de una organización criminal rival que le dispararon varios tiros de escopeta en la cabeza.

Bajo el pseudónimo de Richard Bachman, Stephen King publicó en 1977 *Rabia*, su primera novela. Al menos dos asesinatos en masa estudiantiles se inspiraron directamente en ella en 1988 y 1997. Al segundo de ellos se le encontró un ejemplar de ese libro. King decidió no volver a editarlo nunca. Espero que ningún lector de Herminio haya llegado a esos extremos ni creo yo que llegue a lo de

King. Pero casi cuatro décadas después de concebir al reportero de los tres huevos e idear sus aventuras de barra de bar durante todo este tiempo para todos y cada uno de los números de la revista *TMEO*, ya no me apetece continuar dibujando sus sobradas. Estoy decidido a matar a mi personaje dentro de unos meses y, a partir de entonces, no volver a realizar nuevas historietas suyas. Sé que los autores, en principio, no somos responsables de las interpretaciones extremas que de nuestras ficciones puedan realizar los lectores en la vida real, pero sucede que también percibo que, en la actualidad, su fórmula humorística funciona peor. Introducir un comportamiento desvergonzado en una reunión social muy pacata puede resultar gracioso. En una coyuntura malista dominante en la que existen representantes públicos de alto nivel que hacen peinetas, presentadores de la televisión que insultan a los concursantes, *youtubers* que vejan a trabajadores para monetizar, empresas que se ríen de sus clientes, partidos que convierten faltones exabruptos de instituto en lemas electorales o iglesias cristianas que aplauden el enriquecimiento personal a costa de los semejantes, un gamberrete callejero no es ya un elemento discordante. La incorrección tiene ya poca gracia como broma, porque la incorrección ha sido asimilada por los poderosos y es ya una de sus armas recurrentes.

Este opúsculo que aquí finaliza no plantea soluciones claras ni proporciona moraleja concreta. Como casi siempre hacemos los humoristas, solo recoge indicios, conecta evidencias y señala un síntoma. Uno preocupante, eso sí. Pero reconoce su incapacidad para diagnosticar la posible afección social que lo produce y proponer un tratamiento que pudiera combatir a la que parece que se nos viene encima.

Índice

Portada

Malismo. La ostentación del mal como propaganda

01. Introducción. A qué llamamos malismo

02. *Naming* malista. La tendencia a denominar productos, pertenencias o establecimientos comerciales con nombres que celebran el mal

03. La Agenda 2030. Un montón de buenos propósitos que suscitan odio

04. Buenismo. Mejor ser cándido con buenas intenciones que un mierdas

05. El canal de Telegram de tus propios crímenes. La moda de grabar tus delitos solo por gusto o para presumir ante los colegas

06. Comunicación comercial malista. Cómo vender servicios y productos sin dejar de insultar a tu posible clientela

07. Las justificaciones del mal. La decadencia de las explicaciones a la opinión pública

08. Malismo entre amigos. Confesar faltas a tus discípulos entraña menos riesgo

09. Masas malistas. Linchar al inocente o mantener como presidenta de tu comunidad autónoma a una granuja a sabiendas: solo no puedes, con cómplices sí

10. Del «que te vote Txapote» al «me gusta la fruta». Comunicación política malista

11. Nazis del misterio. De la izquierda mística demenciada a la ultraderecha freak conspiranoica

12. Las redes del malismo telemático. Troles, bots, «influencers» andorranos y agencias de reputación

13. Los avatares del mal. Este criminal me representa

14. Malismo en la ficción. Ejemplos de ficciones audiovisuales que han comprendido cómo opera el fenómeno

15. Malismo y subculturas juveniles. Del jipi al punk y del punk al fascista que se cree punk

16. Cristianismo malista. La decadencia de las religiones del amor y el auge de las

[carismáticas](#)

[17. Epílogo. Por qué voy a matar a Herminio Bolaextra](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Mauro Entrialgo](#)

[Créditos](#)

Malismo. La ostentación del mal como propaganda



Llamamos «malismo» al antiintuitivo mecanismo propagandístico que consiste en la ostentación pública de acciones o deseos tradicionalmente reprobables con la finalidad de conseguir un beneficio social, electoral o comercial.

Quizás sea en política donde el desarrollo de este fenómeno asentado en la última década en Occidente resulta más llamativo. Una representante pública entiende la destrucción de las infraviviendas de las personas sin hogar como un acto autopromocional. Otra aumenta su aceptación popular tras calificar de «mantenidos subvencionados» a los desfavorecidos afectados por una pandemia. Un alcalde se jacta de que no hará nada en absoluto por aquellos estudiantes y trabajadores que no pueden acceder a una vivienda digna en la ciudad que él gestiona. El insultar a alguna minoría o mostrarse contrario de forma muy agresiva a consensos de mínimos como la justicia social o la Agenda 2030 es hoy en día tendencia en la propaganda política.

Pero el malismo está también muy presente en cualquier forma de comunicación a pequeña o gran escala. Una compañía aérea se mofa en sus redes sociales de las quejas de sus propios clientes. Los bares de moda ostentan nombres canallitas. En los concursos de televisión son bien recibidas las figuras de poder que humillan a sus concursantes. El nuevo cristianismo neopentecostal que triunfa en

nuestros barrios no es ya una supuesta religión de amor sino una de declarado odio al diferente. Soldados sionistas difunden con orgullo pruebas audiovisuales de sus propios crímenes de guerra.

Lo malote ha dejado de ser solo un sistema ingenioso para vender el producto musical de un grupo de jóvenes punks de barrio o un videojuego gamberro. Es ahora una eficiente fórmula publicitaria dominante que, además, no se dirige ya contra los poderosos, sino que es una herramienta común utilizada por estos.

Mauro Entrialgo, ha trabajado como humorista gráfico para multitud de periódicos como *El País*, *Diario 16*, *Diario Vasco*, *Egin*, *Gaceta del Norte* o *Público*; y revistas como *El Salto*, *El Víbora*, *Makoki*, *El Gran Musical*, *Interviú*, *Primera Línea* o *Cinemanía*. La mayoría de su obra se caracteriza por la presencia del sentido del humor con una crítica contundente y directa de la realidad social. Lleva más de una década comentando la actualidad sociopolítica y cultural en la radio. Ha publicado medio centenar de libros de historietas y ha escrito un exitoso largometraje, cuatro obras de teatro y algunos episodios de dibujos animados. También ha ilustrado portadas de discos, carteles, videoclips, álbumes de cromos, conciertos en directo, posavasos, ensayos, calcetines o recopilatorios de poesía. Desde hace un cuarto de siglo mantiene una página semanal en *El Jueves* y es socio fundador de la longeva revista satírica vasca *TMEO*. Con sus grupos *Fat Esteban*, *Esteban Light* y *Tyrexitone* ha grabado un puñado de discos que recogen muchas de sus propias canciones. *Trocitos de mi vida* es el título de su más conocida serie de videoarte doméstico.

© Del libro: Mauro Entrialgo
Edición en ebook: agosto de 2024

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-12875-74-4

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Manuel Pérez Subirana
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Ceremonia

Marmon Silko, Leslie

9788412953060

288

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Tayo, un veterano de la Segunda Guerra Mundial de ascendencia mixta, regresa a la reserva de los lagunas. Está profundamente marcado por su experiencia como prisionero de los japoneses y herido por el rechazo de su pueblo. Solo sumergiéndose en el pasado indio puede empezar a recuperar la paz que le fue arrebatada. Pero, por muy poderosa que sea la historia de Tayo, el triunfo perdurable de Ceremonia se extiende mucho más allá de la narración de los acontecimientos. Entretejidas en la historia del héroe de Silko, que dan estructura a la novela y añaden significado a sus ideas, están las antiguas historias del pueblo Laguna: historias que exploran la naturaleza de la magia, que profundizan en los orígenes del mal y que también pueden señalar un camino hacia la purificación y la redención.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Los osos que bailan

Szablowski, Witold
9788412030020
240

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Durante cientos de años, los gitanos búlgaros entrenaron osos para bailar, integrándoles en sus familias y llevándolos de gira por

carretera para actuar. A principios de la década de 2000, con la caída del comunismo, se vieron obligados a liberar a los osos en un refugio de vida silvestre. Pero incluso hoy, cuando los osos ven a un humano, todavía se levantan sobre sus patas traseras para bailar. En la tradición de Ryszard Kapuscinski, el galardonado periodista polaco Witold Szablowski descubre historias extraordinarias de personas en toda Europa del Este y en Cuba que, al igual que los osos bailarines de Bulgaria, ahora son libres, pero que parecen nostálgicos de la época en que no lo eran.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Por qué dormimos

Walker, Matthew

9788412099362

416

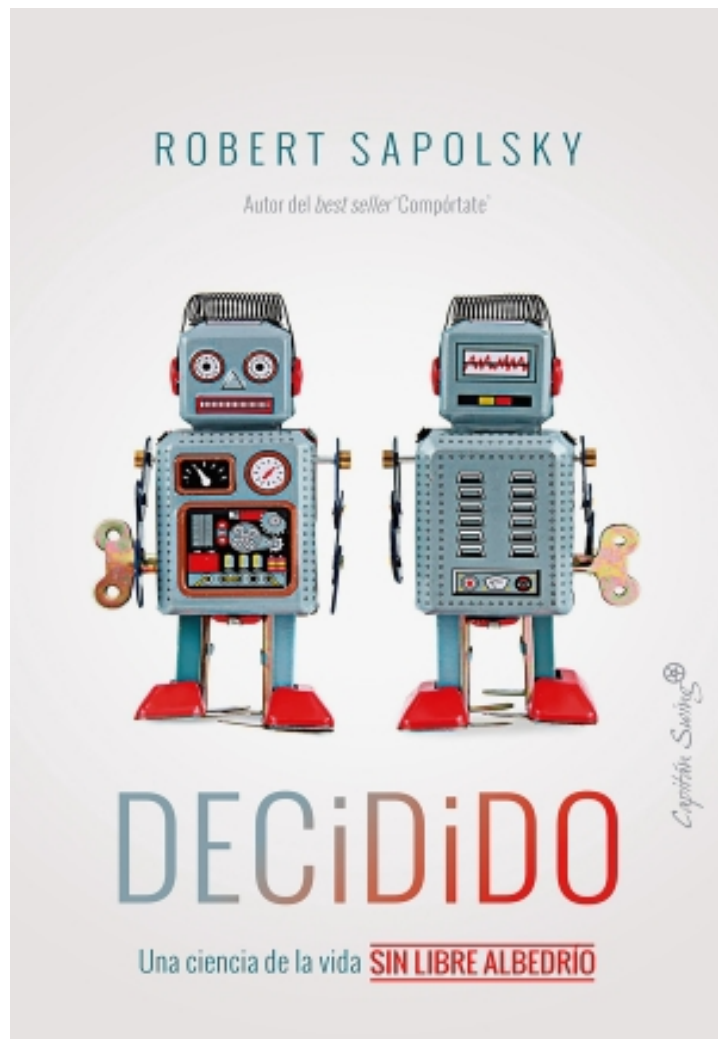
[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Dormir es uno de los aspectos más importantes pero menos comprendidos de nuestra vida.

Hasta hace muy poco, la ciencia no tenía respuesta a la pregunta de por qué dormimos, a qué servía o por qué sufrimos consecuencias tan devastadoras para la salud cuando está ausente. En comparación con los otros impulsos básicos de la vida (comer, beber y reproducir), el propósito del sueño sigue siendo más difícil de descifrar.

Matthew Walker ofrece una exploración revolucionaria del sueño, examinando cómo afecta cada aspecto de nuestro bienestar físico y mental.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Decidido

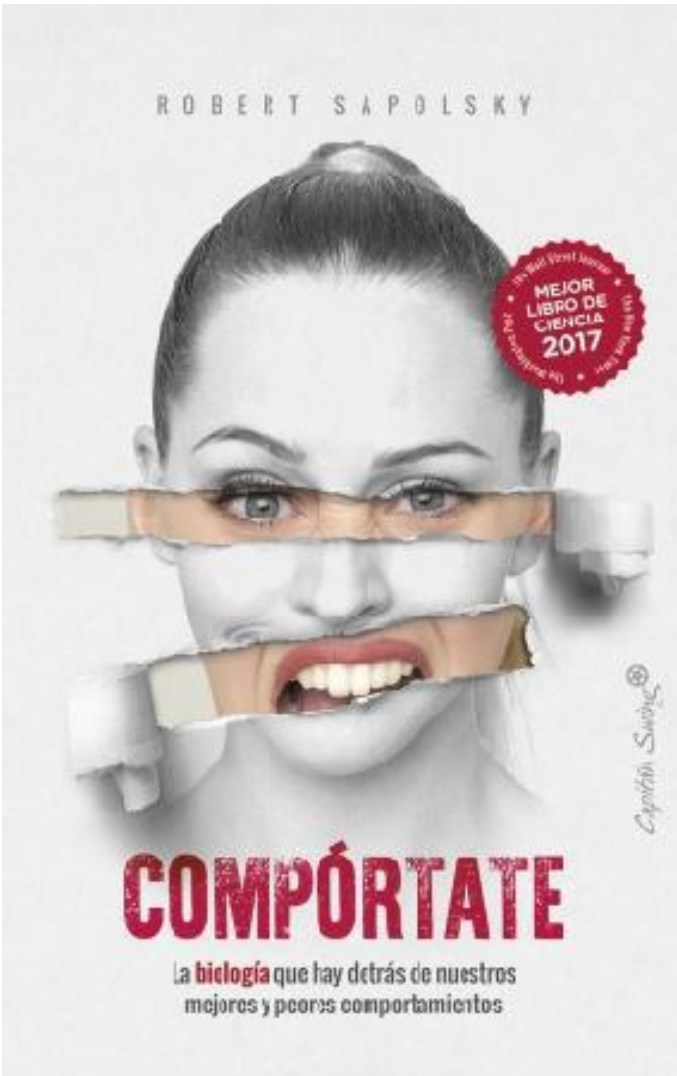
Sapolsky, Robert
9788412779738
560

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Uno de los grandes científicos del comportamiento sondea las profundidades de la ciencia y la filosofía de la toma de decisiones para presentar un argumento devastador contra el libre albedrío. En

Compórtate, su ya clásico ensayo sobre por qué los seres humanos hacen el bien y el mal, apuntaba a una conclusión inquietante: puede que no comprendamos la combinación precisa de naturaleza y educación que crea la física y la química en la base del comportamiento humano, pero eso no significa que no exista. Ahora, en Decidido, Sapolsky lleva su argumento hasta el final, montando un brillante asalto frontal a la agradable fantasía de que existe un yo separado que dice a nuestra biología lo que tiene que hacer. El libro ofrece una síntesis maravillosa de lo que sabemos sobre el funcionamiento de la conciencia: el tupido tejido entre razón y emoción y entre estímulo y respuesta en el momento y a lo largo de la vida. Sapolsky nos muestra que la historia de la medicina es en gran parte la historia de aprender que cada vez menos cosas son «culpa» de alguien. Sin embargo, es muy difícil, a veces imposible, desligarnos de nuestro afán por juzgar a los demás y juzgarnos a nosotros mismos. Sapolsky aplica la nueva comprensión de la vida más allá del libre albedrío a algunas de las cuestiones más esenciales en torno al castigo, la moralidad y la convivencia.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Compórtate

Sapolsky, Robert
9788412135596
984

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Un examen minucioso del comportamiento humano y una respuesta a la pregunta: ¿por qué hacemos las cosas que hacemos?

Sapolsky analiza los factores en juego, desde el momento previo hasta los factores arraigados en la historia de nuestra especie y su legado evolutivo.

Partiendo de una explicación neurobiológica —¿qué sucedió en el cerebro de una persona un segundo antes de que se comportara así?, ¿qué visión, sonido u olor hicieron que el sistema nervioso produjera ese comportamiento?—, pasamos a pensar en el mundo sensorial y la endocrinología: ¿cómo fue influenciado ese comportamiento por cambios estructurales en el sistema nervioso durante los meses anteriores, por la adolescencia, la infancia y la vida fetal de esa persona, e incluso por su composición genética? Y, más allá del individuo, ¿cómo dio forma la cultura al grupo de ese individuo, qué factores ecológicos milenarios formaron esa cultura?

El resultado es uno de los recorridos más deslumbrantes de la ciencia del comportamiento humano jamás propuestos, que puede responder a muchas preguntas profundas y espinosas sobre el tribalismo y la xenofobia, la jerarquía, la competencia, la moral y el libre albedrío, la guerra y la paz.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

MALISMO

MAURO

ENTRIALGO



La ostentación
del mal como **PROPAGANDA**

